

MUJERES: GUERRERAS QUE BUSCAN LA PAZ

DOCE CONVERSACIONES HISTÓRICAS

Juliana Castellanos Díaz
Mauricio Barrantes Chavarro
Noé Orlando Pernía Peñalver

Editores académicos





Mujeres guerreras en busca de la paz: doce conversaciones históricas / Juliana Castellanos Díaz; Mauricio Barrantes Chavarro y Noé Orlando Pernía; editores académicos. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano., 2025.

214 p.; il ; col. ; 15x23 cm.
eISBN 978-628-7662-95-7

1. Mujer y violencia -- Colombia. 2. Procesos de paz -- Colombia. 3. Violencia en Colombia -- Investigaciones 4. Crónicas I. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano II. Título.

SCDD 305.40986

Co-BoIUP

*Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.*

Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

Calle 61 N.º 7 - 69
Tel: 7455555, ext. 1516
Bogotá, Colombia

© 2025. Todos los derechos reservados.
Primera edición, septiembre de 2025

Mujeres guerreras que buscan la paz: Doce conversaciones históricas
eISBN: 978-628-7662-95-7

Editores académicos

Juliana Castellanos Díaz, Mauricio Barrantes Chavarro y
Noé Orlando Pernía Peñalver

Realización de entrevistas

Paula Valeria Gallo, María Camila Paladines, Miguel Ángel Cruz Amaya, Jefferson Ramírez, Carlos Mayorga Alejo, Valeria Arias y María Angélica García, Juan David Cáceres Morales, Juliana Castellanos Díaz, María Fernanda Carrillo Carrillo, Valeria Parra Acuña y Sara Martínez Pedreros.

Equipo editorial

Director editorial
Eduardo Norman Acevedo

Analista de producción editorial

Guillermo A. González T.

Corrector de estilo

María Elvira Mejía Pardo

Diseño y diagramación

Leidy Tatiana Castillo Romero

Ilustraciones

Vanessa Sthefany Martínez Ospina

Julian Mauricio Salamanca Rodríguez

Iván Santiago Beltrán Rodríguez

Isabella Yara Roa

Impresión

Xpress Estudio Gráfico y Digital

¿Cómo citar este libro?

Castellanos Díaz, J, Barrante Chavarro, R. y Pernía Peñalver N.O. (Eds.) (2025). *Mujeres guerreras que buscan la paz: Doce conversaciones históricas*. P. 228. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Compartir igual.



El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano pertenece a la ACEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma ISO 9001:2015, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.

Tabla de contenido

Introducción.....	5
Patricia Ariza Flórez.....	16
Aída Avella Esquivel.....	30
Vera Grabe Leovenherz.....	50
Marina Gallego Zapata.....	74
Luz Amparo Sánchez.....	88
Diana Sánchez Lara.....	106
Paula Gaviria Betancur.....	124
Francia Márquez Mina.....	142
Natalia Botero Duque	160
Juanita Goebertus Estrada.....	180
Ángela María Escobar.....	196
Doris Suárez Guzmán.....	212
Conclusiones.....	227

Introducción

En Colombia, mujeres de distintas regiones dedican su vida a pensar y actuar en cómo poner fin a más de seis décadas de conflicto armado, mitigar el impacto de las violencias en comunidades vulnerables y visibilizar las historias reales de la guerra. A pesar del importante liderazgo, solo hasta años recientes han empezado a ser reconocidas como actrices políticas clave en la construcción de paz, aunque desde finales de la década del ochenta lo hacen a través de organizaciones sociales, la academia, el periodismo, el arte, la función pública, entre otros escenarios.

Sin embargo, en el país han predominado los discursos y las posiciones masculinas sobre el conflicto armado y la paz. Basta observar el icónico grupo de violentólogos que en 1987 intentó explicar las violencias que vivía el país: todos eran hombres. Veinticinco años después, en 2012, cuando se conformó la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, en el marco del proceso de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), solo una mujer hizo parte del equipo de doce expertos: María Emma Wills. Así mismo, las distintas mesas de negociación que los gobiernos del país han establecido, desde la década del ochenta hasta la segunda década del siglo XXI, han sido conformadas por una mayoría masculina.

La situación se complejiza, si se considera que el Gobierno colombiano presentó solo hasta el año 2022 una propuesta para dar cumplimiento a la resolución 1325 del 2000 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que pone en la agenda política internacional el rol que desempeñan las mujeres como constructoras de paz. Dicho en otras palabras, debieron pasar dos décadas para que el país suscribiera el mandato de la ONU que exige la participación de

las mujeres en todos los niveles para la gestión y la solución de conflictos (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 2000).

Frente a la indiferencia de los gobiernos, en el país, muchas mujeres no solo se han concentrado en trabajar por la paz, también se han organizado para exigir su presencia en procesos políticos clave con los que buscan el fin de las violencias. Cinco hitos son fundamentales para ilustrar sus luchas:

El primero es la Constitución de 1991, un proyecto de modernización política con el que se buscó la paz¹ en tanto incluía el reconocimiento de posturas políticas diversas a las tradicionales (liberales y conservadoras). Distintas organizaciones de mujeres se articularon en la Red Nacional de Mujeres, para gestionar con los constituyentes el establecimiento de derechos reproductivos y derecho a la igualdad de género. Se alcanzó, entre otras cuestiones, el derecho a la participación política de las mujeres, pero se fracasó en la búsqueda de derechos reproductivos.

El segundo hito se produjo durante el proceso de paz que el gobierno de Andrés Pastrana intentó, fallidamente, con las FARC entre 1998 y febrero del 2002; en la mesa de negociación solo había una mujer. De acuerdo con Gómez y Willis (2006, pág. 308), en el marco de estos diálogos se constituyó una Asamblea Nacional de Mujeres por la Paz, contra la Impunidad y por la Vida. Su objetivo era posicionar la participación del movimiento social de mujeres en el proceso. No obtuvieron la repercusión esperada.

1. Colombia inicia la década del noventa con el primero proceso de paz exitoso, que condujo a que el Movimiento 19 de Abril (M-19), una guerrilla urbana y de izquierda, entregara las armas y se insertara en la política nacional impulsando con ahínco la Constituyente de 1991.

El tercer hito lo consolida la Marcha de Mujeres Contra la Guerra que se llevó a cabo el 25 de julio del 2002 en Bogotá. “Ni un día más, ni un peso más, ni un hombre más, ni una mujer más para la guerra. Todo para la vida”, era uno de los lemas que movilizaba a más de 20 mil mujeres impulsadas por 600 organizaciones femeninas. Los estudios de Gómez y Willis (2006) exponen que la icónica acción demostró el poder de convocatoria de las organizaciones de mujeres y les generó un reconocimiento político contundente.

El cuarto hito ocurre durante la presidencia de Álvaro Uribe Vélez. El plan de gobierno titulado Seguridad Democrática buscaba derrotar por la vía armada a las guerrillas, mientras establecía un proceso de desarme con las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), nombre bajo el que se agruparon distintos ejércitos de paramilitares contrainsurgentes. El proceso generó divisiones entre las organizaciones de mujeres por cuenta de la discusión de si debían considerar a las AUC como un actor político.

A pesar de las fricciones que vivía el movimiento, una de las grandes plataformas denominada Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz consolidó la Mesa Nacional de Incidencia, para participar, entre otras cosas, en la construcción del proceso de justicia transicional, denominado Justicia y Paz, y documentar los casos de violencia sexual cometidos por las AUC² (Ibarra, 2011, p. 255). Aunque se relacionan algunos logros, no todas las exigencias de la Mesa fueron aceptadas en ese marco de justicia.

2. En los documentos de la JEP (2023) se encuentra que frente a los 35.178 registros de víctimas por violencia sexual, reproductiva y otras violencias de género en el marco del conflicto, en el 33 % de los hechos los responsables fueron grupos paramilitares o de autodefensas, en el 5,82 % las FARC, y en el 3,14 % la fuerza pública. En el porcentaje restante no hay información.

El quinto hito tiene su origen en el 2012, cuando ocho plataformas de mujeres feministas, víctimas, indígenas, campesinas y negras se unieron en la Cumbre Nacional de Mujeres y Paz, para evaluar el papel político que ellas debían desempeñar en el proceso entre las FARC y el gobierno de Juan Manuel Santos; un proceso que tampoco contaba con mujeres. Por lo tanto, el lema de la Cumbre fue: “Las mujeres queremos ser pactantes y no pactadas” (Muñoz y Ramírez, 2023, p. 46). En respuesta a las exigencias que surgieron de la acción colectiva, en septiembre del 2014 el Gobierno instaló la subcomisión de género, encargada de incorporar el enfoque de género en los acuerdos.

La trayectoria presentada resuena con la explicación que sobre esos procesos entrega la investigadora Ibarra Melo (2011) experta en el tema:

Las mujeres han demostrado su capacidad para organizarse con el fin de responder a las necesidades de sus hogares y de promover sus derechos políticos y sociales, que antes no habían logrado a pesar de su masiva incorporación en organizaciones sociales, sindicales y económicas mixtas en las cuales participaban conjuntamente con los varones. Por lo tanto, un resultado preliminar de su participación en acciones colectivas por la paz, es su reconocimiento como líderes comunitarias y sujetos de derecho que se constituyen en un actor social con capacidad de negociación.

La investigadora norteamericana en temas de seguridad y género Carol Cohn indica que “la diversidad de las experiencias y las relaciones de las mujeres con las guerras se debe tanto a la diversidad entre las mujeres como a la diversidad entre las guerras” (2015, p. 34). La autora es enfática en señalar que en la diversidad hay múltiples formas de acción política. Unas muy evidentes como las de quienes se unen a los

ejércitos estatales o de otros grupos armados; otras que se involucran en los procesos de paz o en acciones colectivas en territorios marcados por el conflicto.

Para la autora existen otras maneras menos públicas, pero no por ello menos políticas como las que se desarrollan en escenarios de la vida cotidiana: la madre que asume un discurso sobre la guerra y los replica a sus hijos; la maestra que cuenta la historia del conflicto y decide a quiénes presentar cómo héroes y a quiénes como perpetradores.

Frente a quienes asumen que no hay acción política en lo que desarrollan la madre o la maestra, Cohn resuelve la cuestión citando a las teóricas feministas de la última década, que rechazan “la construcción tradicional liberal occidental de la vida social dividida en dos esferas – el ámbito público, masculinizado, político de la gobernanza, y la esfera privada, doméstica, feminizada, ‘no política’ del hogar y la familia” (2015, p. 190). Así trae de vuelta la célebre y trascendente frase feminista: “lo personal es político”.

Bajo esta premisa, el proyecto de la Unidad de Investigación Periodística del Politécnico Grancolombiano se propuso dialogar con mujeres que han trabajado por la paz desde múltiples escenarios: movimientos sociales, partidos políticos, organizaciones de la sociedad civil, salas de redacción, espacios culturales, instituciones gubernamentales, y otras que tras deponer las armas han optado por acciones encaminadas a la reconciliación.

Las conversaciones que este libro contiene son ricas en recuerdos amables y dolorosos; revelan las tensiones que se tejen entre la vida privada y profesional, y el costo que tiene para ellas la decisión política de no apoyar la guerra y, por el contrario, apostar por un trabajo crítico frente a las vio-

lencias. Por este camino el libro pretende, además, revelar la complejidad de este tipo de trabajos por cuestiones de género.

Vale señalar que este proyecto editorial no parte de la falacia naturalista que relaciona a los hombres con la guerra y a las mujeres con la paz. No en vano, las entrevistas hechas a Vera Grabe, firmante de paz del Movimiento guerrillero 19 de Abril (M-19), y Doris Suarez, firmante de paz de las FARC, dan cuenta de mujeres cuya opción política frente a la realidad del país desde los años ochenta fue la lucha armada; después, tras procesos políticos de desarmes y acuerdos, optaron por la paz.

Optar por la paz no es una cuestión sencilla. En efecto, sorprende en todas las conversaciones que este libro muestra la tenacidad de las entrevistadas. La historia de Aída Avella, una de las pocas sobrevivientes del genocidio de la Unión Patriótica (UP), partido político de izquierda creado en 1985 tras los diálogos entre el gobierno de Belisario Betancur y las FARC, es una muestra contundente: “¿En qué lista estás?, le preguntaron en una de sus visitas a la Alcaldía de Bogotá, — en la de los sicarios— contestó riendo”. Solo puede bromear así, con la muerte, quien se salvó de un rocket y 40 balazos, un 17 de mayo de 1996, en plena Autopista Norte de Bogotá. En el país, entonces, se daba una persecución histórica contra los miembros de la UP; y ella era la joya de la corona: la presidenta del partido.

Otra sobreviviente del genocidio de la UP es Patricia Ariza, reconocida en Colombia por trabajar por la paz desde el Teatro la Candelaria, un escenario y compañía emblemáticos del teatro social y político.

“Duré cuatro años con escoltas, con chaleco antibalas. Sobreviviendo en condiciones muy duras. Pero lo más duro no era solamente estar amenazada de muerte, lo más duro era la estigmatización. El Teatro la Candelaria sufrió la represión directa: fue allanado por el ejército. Se llevaron las armas de utilería de plástico y de madera. ¡Hicieron el ridículo!”.

Francia Márquez, quien llegó a la vicepresidencia de Colombia en junio del 2022, también está hecha a fuerza de batallas. Sin que fuera su propósito, como ella misma lo relata, se fue convirtiendo en una líder ambiental en uno de los territorios más asediados por grupos armados ilegales: el departamento del Cauca.

“La primera amenaza que yo recibí fue a través de una llamada [...]. Entonces empezaron a decir —que sos muy ‘machita’— que —vamos a ir por vos—, que —vamos a ir por tus hijos—. [...]. De todas maneras, me asusté mucho porque estaba comprometiendo la vida de mis hijos. Si algo me les pasaba yo qué iba a hacer, me empecé a sentir como responsable y culpable a la vez”.

Este fragmento de la entrevista da cuenta no solo de los riesgos que ha corrido en la lucha contra la minería ilegal sino también la tensión que se establece entre la decisión política asumida y el rol materno, una complejidad de género que pocas veces se pone en discusión.

La fotógrafa Natalia Botero, cuya carrera se ha centrado en retratar las historias de las víctimas que deja la guerra, da cuenta también del impacto de la maternidad en los giros de su trayectoria:

“Yo tuve a mis hijos en el 2005; y en esa época, en la que estaba en embarazo, [...] Vicente Castaño y alias “Mono Leche” entraron en proceso de desmovilización, en un

programa de erradicación de coca manual en Amalfi (departamento de Antioquia), una zona donde ellos, los paramilitares, tenían influencia. A mí me tocó cubrir esas erradicaciones. Fueron caminatas largas [...] fue muy exigente físicamente y yo en embarazo; inclusive pensé que había perdido los bebés (mellizos). [...] Tener familia como mujer no es un impedimento, pero sí es una limitante”.

Otro asunto de género es el trabajo que las mujeres hacen con ellas mismas para creer que sus ideas y acciones son importantes, que son capaces; que no son inferiores a los hombres en la escena política. Diana Sánchez, reconocida defensora de derechos humanos, lo cuenta en la entrevista:

“yo siempre tenía ese complejo de inferioridad presente. Siempre creía que lo que yo decía era una tontada, que lo que yo iba a decir no tenía sentido y a veces me callaba. Siempre me movía en un mundo muy masculino, porque hasta ahora es que hay mujeres en la política”.

En la misma línea, Paula Gaviria Betancur, la primera directora de la Unidad de Víctimas, recuerda que cuando el entonces presidente Juan Manuel Santos le entregó el proyecto que él consideraba “el más ambicioso de su gobierno”, enfrentó situaciones complejas porque la política es un mundo con una mayoría masculina:

“Ese cargo tenía una importancia simbólica. Lo que siento es que había una combinación de ‘y ¿esta señora de dónde salió?’, por ser joven y mujer. No era tan fácil negociar con otras autoridades del gobierno.

Lo bello de los diálogos que este libro trae es que además de hablar de sí mismas, las entrevistadas visibilizan los trayectos que otras mujeres han construido en un país sumergido en violencias, propiciadas incluso por el mismo

Estado. Luz Amparo Sánchez, antropóloga experta en la Comuna 13 de Medellín, sector de la ciudad que sufrió la Operación Orión, un operativo militar — en alianza con paramilitares —, relata:

“Yo voy a narrar en diferentes periodos la Comuna 13. A la llegada, en condiciones tan difíciles, fueron las mujeres las encargadas del rancho, de levantar a sus hijos. Luego, ellas se encargaron de hacer unos comités para que la vida no fuera de sufrimiento individual, sino de tejido colectivo [...] Yo creo que hoy son las madres, las mujeres, quienes se hacen cargo, primero, de que esto no quede en el olvido (la Operación Orión); segundo, son ellas las que siguen clamando la verdad y la justicia”.

En Colombia, como pasa en otros países en guerra, las mujeres víctimas se han organizado para tramitar justicia y pedir el fin del conflicto. En este libro, Ángela María Escobar, víctima de violación sexual por parte de paramilitares, relata el complejo camino que la ha conducido de víctima a lideresa. Fue una de las mujeres que entregó su testimonio en la mesa de negociación con las FARC, en Cuba, un momento de victoria en su trayectoria:

“Creo que sirvió mucho que las víctimas de violencia sexual estuviéramos en La Habana, porque logramos que quedara la violencia sexual como un delito autónomo y específico que no va a tener amnistía ni indulto. Cuando uno empieza todo ese proceso, empieza a construir paz”.

Desde otra orilla, la del gobierno, Juanita María Goebertus trabajó en los Acuerdos de Paz con las FARC. Hizo parte del equipo del entonces alto comisionado para la paz Sergio Jaramillo. Para esta abogada y politóloga las mujeres fueron parte clave de los diálogos de paz.

“En el caso de la delegación de gobierno, el 60 % de nosotras éramos mujeres. Yo comparto las críticas de quie-

nes insistieron en que el grupo de plenipotenciarios, sobre todo al inicio, era todo masculino, pues apostarle a la equidad de género implica superar ese techo de cristal que existe en el que en el nivel técnico o de asesoría hay más mujeres, pero luego, en los rangos de mayor jerarquía dejan de haber suficientes mujeres”.

Una de las que interpeló al gobierno por la falta de mujeres en el equipo de plenipotenciarios fue Marina Gallego, reconocida por liderar en el país una de las organizaciones más grandes de mujeres que ha trabajado por la paz: La Ruta Pacífica de las Mujeres. Su postura es contundente: “yo creo que los hombres creen que la paz es de ellos, ¿no? así como la guerra fundamentalmente está dirigida por ellos, casi que un 90 %. Pues ellos también creen que es de ellos lo que negocian”. Por eso, después de una serie de foros en los que participó la sociedad civil cuando se negociaba la paz en La Habana, y de notar que el gobierno tenía una visión de las mujeres marcada por los roles tradicionales (madres, lactantes, cabeza de familia) Marina hizo parte de quienes prendieron las alarmas que culminaron en una de las acciones colectivas más importantes de los últimos años: la Cumbre Nacional de Mujeres. Porque como ella lo señala: “Sin las mujeres, ¿qué paz se va a construir?”.

Las historias, contadas a través de diálogos íntimos, dan forma a este libro, cuyo propósito es visibilizar el trabajo por la paz que ellas realizan desde distintas orillas, a menudo a riesgo de sus vidas y desafiando estereotipos de género. El proyecto nació antes de la pandemia, y desde el principio tuvo la intención de ser un libro; sin embargo, el giro que vivió el mundo el 2020 lo llevó a transformarse en un proyecto multimedia que ganó en 2022 dos premios de periodismo: el Premio Nacional de Periodismo Digital Xilópalo y el Premio Nacional de Periodismo Mujeres, Paz y Seguridad.

Con este proyecto editorial esperamos llegar a otras audiencias, otros escenarios, para seguir visibilizando a estas mujeres que buscan la paz, porque el poder de sus historias está en que son, al unísono, la compleja e increíble historia del país.



Referencias

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. (2000). Resolución 1325 sobre las mujeres, la paz y la seguridad (S/RES/1325). [https://undocs.org/es/S/RES/1325\(2000\)](https://undocs.org/es/S/RES/1325(2000))

Cohn, C. (2015). Las mujeres y las guerras: Hacia un nuevo marco conceptual. En C. Cohn (Ed.), Las mujeres y las guerras (pp. 33-85). Institut Català Internacional per la Pau.

Gómez Correal, D. M., u Wills, M. E. (2006). Los movimientos sociales de mujeres (1970-2005): Innovaciones, estancamientos y nuevas apuestas. En F. Leal Buitrago (Ed.), En la encrucijada: Colombia en el siglo XXI (pp. 291-321). Grupo Editorial Norma / Uniandes-CESO.

Ibarra Melo, M. E (2011). Mujeres, verdad, justicia y reparación en Colombia. Universitas Humanística, (72), 247-273. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-48072011000200011&lng=en&lng=es.

PATRICIA
ARIZA
FLÓREZ



El trabajo con las víctimas, por ejemplo, me ha enseñado a convertir el dolor en fuerza, en resistencia... puedes vivir del dolor para el dolor, o transformar ese dolor.

Patricia Ariza Flórez

Por Valeria Parra Acuña / VPA

El encuentro se pactó a las 8 de la mañana en el Teatro La Candelaria, en Bogotá: una casa con paredes blancas, con puertas y ventanas de madera, y un piso semi empedrado. Los actores comenzaron a llegar a las instalaciones para sus ensayos y reuniones. Se podían ver folletos y pósters de las próximas obras por estrenarse y de las que ya estaban en función. En el centro, un patio con una fuente. Pocos minutos después llegó ella, una mujer de mediana estatura, tez blanca, cabello rojo, y con una destacada elegancia. Vestía un gabán gris, pantalón a juego, bufanda morada, zapatos rojos y, bajo el abrigo, un suéter morado con detalles rosados. Llegó acompañada de sus escoltas en una camioneta blindada.

Patricia Ariza Flórez nació en Vélez, Santander, en 1946. Es una destacada figura del teatro y del activismo por la paz en Colombia. Fue cofundadora del partido Unión Patriótica (UP), el cual sobrevivió al exterminio sistemático de sus miembros. En 2022 el presidente Gustavo Petro la nombró ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes, estuvo seis meses en el cargo.

Como dramaturga, actriz y poetisa, su obra explora temas de violencia, memoria y paz en Colombia. Su rol en el Teatro La Candelaria le ha permitido crear producciones que honran a las víctimas de la violencia y mantienen viva su

memoria. Patricia se presentó como una mujer fuerte pero amable, dispuesta a abrirse y compartir su historia.

VPA: ¿Cómo inició en el mundo del arte?

R/: En realidad entré a estudiar Artes Plásticas en la Universidad Nacional, pero allá llegó Santiago García (el que después fundó conmigo el Teatro La Candelaria) a hacer un montaje. Él necesitaba actores para un montaje de Galileo Galilei, entonces yo fui y le dije que quería estar ahí. Él me pidió que hiciera la bitácora de todo el proceso de montaje, y como era un gran maestro del teatro me cautivó.

Él tuvo problemas con la universidad y decidió retirarse. Después, tomó la decisión de crear un teatro independiente porque era la única manera de ser libre, la única manera de poder crear sin depender de una institución. Lo acompañé en esa aventura y creamos el Teatro La Candelaria, y montones de cosas como el método que denominamos creación colectiva.

La creación colectiva nace de un laboratorio que hicimos en el Teatro Experimental de Cali con Enrique Buenaventura y el Teatro La Candelaria con Santiago García; la creación colectiva que acaba de ser nombrada Patrimonio Inmaterial de la ciudad de Bogotá.

VPA: ¿Esto contribuyó a que usted sea reconocida como dramaturga?

R/: Sí, yo también me convertí, en todo este proceso, en dramaturga, o sea, yo escribo obras. He formado muchos grupos y también hago performance con las víctimas, y también soy activista por la paz. Me considero una activista por la paz porque trabajo con la política, pero también con otras

disciplinas, con el arte, sobre todo con el arte. Siempre, digamos, he trabajado en la paz desde la cultura y las artes.

VPA: De cara a todo el trayecto que ha consolidado en el mundo del teatro ¿cuál cree que es el papel del arte en la construcción de la paz?

R/: La construcción de la paz en Colombia ha tenido un problema, y es que no se le ha otorgado la dimensión cultural, porque para que haya paz, la paz se tiene que socializar y aclimatar en el imaginario de los colombianos. Por ejemplo, aquí hubo un plebiscito que hizo el expresidente Juan Manuel Santos³. En el plebiscito la gente le dijo no a la paz porque de tantos años de guerra y de violencia, el imaginario de muchos colombianos, no de todos, está afectado porque es un país que ha vivido más de 60 años en guerra. Eso afecta la manera de pensar, afecta la manera de ser, afecta la manera de decidir en la sociedad. Entonces es necesario trabajar desde la cultura y particularmente desde las artes en desengatillar el imaginario de los colombianos y colombianas, en romper ese estereotipo de guerra perpetua.

Por ejemplo, la Unión Patriótica fue un movimiento, un partido político y un movimiento no solamente al que le declararon una guerra de exterminio contra el cual se cometió un genocidio, sino que también la gente fue estigmatizada porque “eres una persona de izquierda”. Entonces eso es parte de la guerra cultural a la que ha sido sometida la paz.

VPA: Usted fue parte de la Unión Patriótica...

R/: Yo soy cofundadora de la Unión Patriótica y, por supuesto, víctima de las amenazas, atentados y estigmatización.

3. El plebiscito por la paz fue una consulta realizada el 2 de octubre de 2016 en Colombia, en la que los ciudadanos votaron si aprobaban o no el Acuerdo de Paz firmado entre el Gobierno y las FARC-EP. El “No” ganó con el 50,2 %, lo que llevó a renegociaciones.

VPA: A partir de esa experiencia ¿usted emprende un activismo por la paz?

R/: Haber vivido la guerra, haber vivido la estigmatización desde la Unión Patriótica, haber sido víctima, esa es la motivación principal por luchar por la paz. Hubiera podido irme del país, por ejemplo, en la época de la UP. Muchos compañeros se fueron y también hicieron trabajos muy valiosos en el exterior, pero salvaron su vida. Realmente no sé cómo estoy viva, o sea, fui víctima de atentados también. Soy muy afortunada, no me pasó nada.

Yo tenía escoltas, tenía chaleco antibalas, pero también sufrí momentos demasiado difíciles de persecución física. Aquí (en Bogotá) tuve un intento de atentado en las Torres del Parque, en el que por fortuna los escoltas reaccionaron a tiempo y logré salir. Tuve que mandar a mi hija a estudiar fuera del país siendo una adolescente porque la amenazaron de muerte; eso fue muy doloroso. Duré 4 años con escoltas, con chaleco antibalas, sobreviviendo en condiciones muy duras.

Ver esa matanza tan horrible contra la UP, hizo que yo me dedicara a la paz. Yo soy irreductible, dedicada al teatro 100 %. No solo estoy en La Candelaria, trabajo con las víctimas, he trabajado con los habitantes de la calle, ahora tenemos un grupo con los y las jóvenes que sufrieron daños oculares en el estallido social⁴, a quienes les sacaron un ojo, maravillosas chicas. Trabajo con las víctimas de la Unión Patriótica, hemos hecho muchas performances en la calle con las víctimas, que a su vez son laboratorios artísticos, porque es como haber encontrado otras formas de expresión del arte también.

4. El estallido social, que se produjo a partir del 28 de abril de 2021, fue una serie de protestas masivas iniciadas en rechazo a una reforma tributaria propuesta por el gobierno. Las manifestaciones, evidenciaron el descontento social y la falta de oportunidades que tenían los jóvenes.



VPA: Esa narración íntima de la persecución que sufrí me lleva a preguntarle si el trabajo que hacía también fue perseguido.

R/: Lo más duro no era solamente estar amenazada de muerte, lo más duro era la estigmatización. Por ejemplo, el Teatro La Candelaria además de la estigmatización y de la represión directa, fue allanado; la Corporación fue allanada por el Ejército. Se llevaron las armas de utilería de plástico y de madera, ¡las armas de la utilería! Hicieron el ridículo, les hicieron muchas caricaturas, porque hicieron el ridículo.

Además, nos hicieron mucho daño porque no volvieron a sacar en medios de comunicación lo que hacíamos en el teatro. Nos quitaron los presupuestos y fueron años muy duros. Por fortuna nos acompañaba el público, porque las obras de teatro eran consideradas necesarias y la gente llegaba.



VPA: Entiendo que el activismo por la paz se produjo después de ser víctima de la persecución. Pero cuál era su postura frente a la paz cuando estaba con la Unión Patriótica.

R/: La Unión Patriótica no fue solamente un partido político, fue un movimiento, alrededor de este se unieron muchos artistas, muchos intelectuales, grandes personalidades de la cultura y de las artes, entonces hicimos muchas cosas. Yo he participado en todos los procesos de paz desde la cultura y el arte, en el primero que participé fue en el de Belisario Betancur.

Belisario nos prestó un avión Hércules donde viajamos con artistas al Caquetá, a hablar con la Iglesia y con la insurgencia para que hiciera la paz. Hacer murales, hacer teatro, hacer canciones por la paz. Todo lo contrario de lo que la gente se imaginaba y de la manera como nos estigmatizaban, porque lo que hemos hecho precisamente era trabajar por la paz de manera incansable.

Nos acusaban de hacer la guerra, nos hacían la guerra por hacer la paz; mejor dicho, eso fue muy tremendo, eso fue terrible realmente porque todo lo que construíamos lo des-

truían. Hicimos unos murales en el Caquetá hechos por grandes artistas, pero los dinamitaron. Por ejemplo, el hermano de Jaime Garzón, el de los cartones de Garzón o el mural de Pedro Alcántara, un pintor de los más importantes de este país.

VPA: Sintió que se hizo justicia cuando la Corte Interamericana de Derechos Humanos señaló que lo sucedido con la Unión Patriótica era un delito de lesa humanidad?

R/: Es responsabilidad total del Estado porque miró para otro lado; y los medios de comunicación también nos culpaban de combinar todas las formas de lucha. La gente pensaba que éramos guerrilleros o guerrilleras, entonces fueron años muy duros, era muy difícil. Yo, por ejemplo, vivía en un edificio en donde todos los inquilinos se reunieron, hicieron cartas para que yo me fuera del edificio porque era un peligro que yo viviera ahí, porque les podían poner una bomba.

VPA: ¿Cómo cree que el país debería abordar la deuda histórica con la Unión Patriótica para sanar ese daño a la nación?

R/: Son 6.000 víctimas de la Unión Patriótica, y yo estoy dentro de las personas que van a ser reparadas. Lo que más me interesa a mí no es la reparación económica, aunque sea casi insignificante, eso no es lo más importante para mí. Lo más importante es la reparación cultural. El país tiene que ser reparado, porque cometer un genocidio le hace daño a la gente de la Unión Patriótica y a sus familias, pero no es solo a la UP, es un daño a la nación, es un daño al país. Matar a miles de personas que eran necesarias para el país. Mataron dos candidatos a la presidencia, mataron muchos líderes sociales y fíjate que eso sigue: la matanza de líderes y lideresas sociales sigue en el país, así como la amenaza y la persecución.

VPA: En el año 2022 se posesionó Gustavo Petro, el primer presidente de izquierda que ha tenido Colombia, y la nombró ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes. Aunque fue un periodo corto, cree que alcanzó a hacer algo por la paz desde esa posición.

R/: Fue muy importante para mí. La cultura es una causa y fue darle continuidad. Fue muy importante porque dejamos en el Ministerio de Cultura algunas propuestas que se están llevando a cabo ahora. Por ejemplo, hay una política en este momento en el ministerio que se llama “cultura de paz”: entonces hay estímulos, hay presupuesto, hay una cantidad de actividades y actores de cultura por la paz.

La otra cosa que hicimos fue crear un centro de pensamiento porque la gente necesita debatir y pensar la paz también desde el arte y la cultura. También hicimos algo que parece que eso sí no ha continuado es “Colombia en el planeta”: cómo construir un pensamiento planetario de responsabilidades del arte y la cultura y los saberes por el planeta. Además, le cambiamos el nombre del Ministerio, antes se llamaba Ministerio de Cultura y ahora se llama Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.



VPA: ¿Todos los artistas deberían trabajar por la paz?

R/: Es muy difícil al arte asignarle una función específica porque también puede haber un artista que no quiera, o sea que no le interese. El arte es un ejercicio de la libertad humana. Entonces que el interés sea trabajar sobre la estigmatización de la población LGTBI, por ejemplo, es muy válido y muy importante. Yo no le puedo decir el arte “lo suyo tiene que ser para la paz”. No quiero estigmatizar a la gente que no lucha por la paz, eso es una elección.

Ser artista es un privilegio, pero también es una responsabilidad. No se puede hacer cualquier cosa ni se puede hacer de cualquier manera, hay que elaborar las obras para que de verdad sean arte. Hay mucha gente que hace trabajo artístico, pero no necesariamente son artistas de dedicación sistemática. Mucha gente que lo hace por hobby, porque le gusta, porque le interesa, pero no es la pasión de su vida, no es una dedicación sistemática. Entonces yo no podría decir que el arte tiene que ser por la paz.

Digo que esa es mi elección y que sí siento ya a título personal que es muy importante, que los artistas trabajemos por la paz, pero es muy distinto a decir que los artistas tienen que trabajar por la paz.

VPA: ¿Cómo ha sido la experiencia con el Festival de Mujeres en Escena por la Paz, un evento que ha cobrado relevancia internacional, y en el que usted ha sido protagonista?

R/: Cuando empezamos hace 33 años era una locura: nos insultaron, nos hicieron caricaturas de todo y hoy es uno de los festivales más importantes en América Latina. No había festivales de mujeres en América Latina y ese fue el primero

que hicimos. Ahora hay festivales de mujeres en todas partes y lo hacemos cada año. Ahorita, empezamos un festival, se llama Festival de Teatro Alternativo y también es un encuentro de los artistas por la paz.

VPA: ¿Podría darnos más detalles para dimensionar el aporte de este tipo de festivales a la construcción de paz?

R/: Se han creado organizaciones que yo he ayudado a conformar, por ejemplo, un movimiento que se llama “Mujeres por la Paz” y tenemos el Festival de Mujeres en Escena por la Paz. Entre las mujeres ha habido mucha sensibilidad para hacer obras relacionadas con el conflicto de manera doble: con el conflicto personal y el conflicto social, porque las mujeres sufren el patriarcado de manera diversa, la violencia, pero también la estigmatización. Es una forma de opresión porque eso es un sistema de pensamiento, y es muy difícil.

Yo empecé este movimiento porque en Colcultura, como se llamaba antes el Ministerio de las Artes, las Culturas y los Saberes, me encargaron hacer una lista de dramaturgos y directores de teatro. Cuando revisé esa lista, el 98 % eran hombres, y pensé: “Esto es una enfermedad”, entonces ahí empecé a hacer el festival de mujeres.

VPA: ¿Cómo ha sido la experiencia de ser directora y cabeza de este tipo de festivales?

R/: Muy bien porque son necesarios, pero muy mal económicamente, porque nosotros incluso hicimos el Festival Alternativo paralelo al Festival Iberoamericano. Sin embargo, nos quitaron toda la plata. Nosotros hacíamos el Festival Nacional de Nuevo Teatro y nos daban 25 millones, y de un día para otro nos dijeron que solo nos darían un millón. Nosotros no lo recibimos, hicimos una manifestación y fuimos a devolver todo allá.

Entonces nació el Festival Iberoamericano, y nosotros, pues estábamos estigmatizados, sin plata, sin reconocimiento. Así que participamos en el primer Festival Iberoamericano, pero no sentimos que ese festival tratara bien al teatro colombiano; entonces, estar en un sitio donde se continúe con el estigma..., no. Hicimos un rancho aparte y creamos el Festival Alternativo con muy poco apoyo, pero lo hicimos, y ahora es un hecho: ya vamos en la 17ª versión, y es cada dos años.

VPA: Pero en términos de género, ¿ha sido fácil o difícil liderar procesos de arte y paz en Colombia?

R/: Ahora hay una irrupción de mujeres en la dramaturgia y la dirección teatral. Jóvenes muy buenas en verdad en la dirección teatral y en la dramaturgia. Escriben obras de teatro y, obviamente, tienen la perspectiva de género, así no se den cuenta, pero la tienen, escriben como mujeres. También, otra de las cosas que logró el ministerio fue incluir dentro de las políticas la perspectiva de género; o sea, en convocatorias especiales.

VPA: ¿Qué experiencias relacionadas con la paz la han marcado profundamente?

R/: El trabajo con las víctimas, por ejemplo, me ha enseñado a convertir el dolor en fuerza, en resistencia. Porque tú te puedes quedar en el dolor, en la tragedia, en el drama, pero nunca en la vida lo vas a olvidar ¿El sistema mata a un hermano o a tu papá? ¿Eso cómo lo vas a olvidar? Nunca, es un dolor que lo tienes ahí. Entonces puedes vivir del dolor, por el dolor, para el dolor o transformar ese dolor. Aquí trabajamos también con algunas de las madres de los mal llamados “falsos positivos”, por ejemplo, y con ellas al prin-

cipio pasaron dos cosas muy lindas: ellas son mujeres muy humildes, en general. Para nada tenían en su cabeza el feminismo, eso es algo que no se lo habían planteado, pero por el camino de buscar la justicia para sus hijos, los padres se fueron cansando, ellos decían: “No, ya no más, llevamos tres o cuatro años, ya no más. Si quiere, siga usted, pero yo me dedico a mi trabajo”. Pero persistieron: muchas se separaron de los esposos buscando la justicia para sus hijos.

Las Abuelas de la Plaza de Mayo, con las que tuve la oportunidad de conversar, son unas heroínas tremendas, son mujeres adultas; tú les oyes un discurso político impresionante. Ellas nunca plantearon ser feministas, pero son las mujeres las que se quedan, las que nunca olvidan, las que perseveran toda la vida.

VPA: ¿Qué futuro le ve a la paz en Colombia?

R/: Pues lo primero que veo es que es una necesidad imposterable: el país ya no aguanta más guerra, más matanza. Pero estas élites también son muy..., la guerra es un gran negocio. La guerra le ha permitido a la gente pensar que siempre es entre el Ejército y la guerrilla, y no es así. Es más una guerra entre las élites y el pueblo colombiano; porque con la guerra, por ejemplo, expropiaron 9 millones de hectáreas a los campesinos. Por eso se produjo el desplazamiento de millones de personas, y lo peor es que hoy en día es un negocio, como es un desorden, entonces aprovechan el desorden. A la gente la sacaron de sus casas, un enriquecimiento por desposesión no porque produzcan la riqueza, sino porque le quitan a la gente masivamente sus tierras.



VPA: Para terminar, Patricia ¿qué diferencia encuentra entre el arte y la política?

R/: El arte llega a otros lugares distintos, a donde llega la racionalidad política. Yo soy política y soy artista, y entiendo la diferencia entre las dos cosas. En la política tú buscas consensos... en el arte no se busca consenso, se busca lo particular, lo singular y el arte indaga de manera profunda en un comportamiento, la historia de una persona puede ser arte.

AIDA
AUELLA
ESQUINEL



Este Estado está vinculado a los nuevos crímenes y es lo que más me cuesta trabajo aceptar.

Aída Avella Esquivel

Por Miguel Ángel Cruz Amaya / MACA

Los 16 años de exilio en Suiza no hicieron que Aída Avella perdiera el miedo a los espacios abiertos. Sobrevivir a 40 balazos y la explosión de un rocket tampoco le quitaron el humor negro con el que habla de la muerte. ¿En qué lista estás? Le preguntaron en una de sus visitas a la Alcaldía de Bogotá, “En la de los sicarios”, contestó riendo. Aunque no le teme a la muerte, siente la misma angustia de la señora que va a comprar la leche, el niño que va a la escuela, o aquella persona que va en un carro porque “este es un país de miedo. “Todo el mundo siente miedo, pero hemos aprendido a vivir con él”, asegura.

A sus 72 años, Aída puede definirse como líder sindical, miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991, sobreviviente del genocidio de la Unión Patriótica y, al momento de esta entrevista, senadora por el partido Coalición Lista de la Decencia. Nació en Sogamoso, Boyacá, y con una hoja de vida que refleja su incansable lucha política, confía en que son los jóvenes los que le darán esperanza a Colombia. Dice que su generación también soñó con cambiar el mundo, pero que no pudieron, que les tocó irse. “Nos sacaron, volvimos, y todavía seguimos soñando que este país se puede cambiar”.

Su cordialidad para contar la historia que le tocó vivir no le quita la firmeza para señalar al Estado como el responsable del genocidio de la Unión Patriótica. Es la misma firme-

za que se quiebra por momentos y se transforma en llanto cuando recuerda a los amigos que perdió porque los asesinaron. Su familia, que sigue exiliada en Suiza, tuvo que entender con el tiempo que ser madre, esposa e hija no le podían arrebatar aquello que la moviliza como mujer: su lucha política. Desde las oficinas de la Unión Patriótica en Bogotá, el partido que sobrevive incluso al olvido estatal, habló de por qué no pierde la fe en que Colombia pueda tener un nuevo rumbo, de la importancia de la paz, de la responsabilidad del Estado y de la necesidad de conocer la verdad para que haya reparación completa de las víctimas.

MACA: ¿Cuándo comienza a recibir amenazas?

R/: Fue en 1973. Yo hacía parte del Comité Intersindical de Trabajadores del Estado (CITE), que éramos los sindicatos reunidos. No teníamos ni federación ni nada, lo único que teníamos era una prima por vacaciones y nos la iban a quitar. Entonces nos reunimos todos los sindicatos: liberales, conservadores, gente sin partido y organizamos un paro de una hora. El Tiempo tituló en esa época: “Una hora paró la burocracia”. Y nosotros felices por esa primera página en El Tiempo. El día anterior, creo que el 18 de mayo de 1973, nos llegó una amenaza al correo (al apartado aéreo), porque no teníamos ni oficina, ni nada. Una llave la tenía Angelino Garzón, que después se torció, y otra la poseía yo. Ese día encontramos una amenaza terrible. Yo fui la que revisé la carta y llamé a Angelino:

—Oye, nos acaban de amenazar, dizque nos van a matar.

—¿Cómo va a ser?

—Sí. Porque vamos a convocar a un paro.

Esa fue la primera amenaza. Me dispararon en 1996. Es decir, después de 23 años. Siempre me amenazaban, siempre que íbamos a hacer un paro ¡pum!, la amenaza. Y coincidía siempre con el paro o con el pliego de peticiones al Gobierno. Al principio nosotros nos reíamos de las amenazas, pero cuando empezaron a matar a la gente y también a desaparecerla, ya la cosa se volvió complicada. Yo tengo una secretaria, que es muy juiciosa, y tiene toda la colección de amenazas. Porque, además, hay algunas que se repiten casi en los términos, solamente les cambian las fechas. Es decir, que eran los cuerpos del Estado.

MACA: ¿Cómo fue el atentado de 1996?

R/: Ya habían empezado las matanzas⁵. La primera impresión que tuvimos fue cuando asesinaron a Luis Carlos Galán en 1989. Ese día me acuerdo que yo iba para la casa. Cuando llegué mis hijos lloraban: “Mamá, hemos visto en la televisión cómo mataron a Galán, ¿es de tu partido? ¿A ti también te van a matar?”.

Ese día yo regresaba muy cansada, me acosté en la cama, los niños se tumbaron a cada lado mío, y cuando vimos la imagen terrible otra vez en el noticiero, yo les pregunté: “¿Qué tal si nos toca salir del país?”. Ellos no querían salir de su país, amaban su país y yo también.

Cuando atentaron contra mi vida, María es la primera que se entera. Fue un rocket y 40 balazos. No me había entrado ninguna bala ni nada. Estaba “vivita y coleando”. Solo las

5. La Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) señala que la violencia política en Colombia ha sido documentada por organismos nacionales e internacionales. En su informe de 1995, relatores de la ONU sobre tortura y ejecuciones extrajudiciales advirtieron que la disidencia política es percibida como una amenaza por sectores tradicionales, el narcotráfico y autoridades estatales, lo que ha llevado a persecución y asesinatos de opositores. (CIDH, Sentencia 27 de julio de 2022, Caso integrantes y militantes de la Unión Patriótica vs. Colombia, p. 56).

medias se me habían roto cuando me tiré al carro, a coger el teléfono, que era como una consola que teníamos los concejales. Y tenía un botón para la Alcaldía:

—Alcaldía Mayor de Bogotá...

—Señorita, ¡me están matando!

—¡Nooo! ¡Concejal!

Todo el mundo conocía mi voz porque yo llamaba mucho. Entonces pasan la llamada a la Policía Metropolitana y me contesta el mayor Arias, nunca se me olvida. Luego, empiezan a llegar las llamadas de los periodistas, el primero fue Felipe, de Caracol Radio, que cubría siempre el Concejo y estaba de segundo de Darío Arizmendi, el que siempre me censuró. Ese día me pasan en directo en la emisora y pasa Arizmendi. Yo siempre pensé que algún día me llamaría y le iba a contestar “gracias por levantarme la censura”.

Pero ese día nos silbaban las balas, las sentíamos como piedras reventando contra los vidrios. Estábamos convencidos de que nos iban a matar, yo inmediatamente pensé en mis hijos. De pronto, escuchamos una explosión ¡boom! y efectivamente abrieron un gran cráter en la tierra, el rocket cayó sobre la tierra. Nosotros, sin ninguna herida, alcanzamos a pedir una ambulancia. Fue una cosa realmente milagrosa. Nadie se puede salvar de un rocket con dos cargas, pero afortunadamente solo llegó a explotar una.

Bueno, ahí ya salgo del país, sin mis hijos. A los dos meses llegó María, y después, con los años, llegaron los dos hombres. Todos están en el exilio menos yo.



MACA: ¿Cree que su rol de mamá influyó en su postura política o por el contrario?

R/: No. Yo creo que esas son etapas propias de la vida. Fui muy feliz con mis dos hijos. Aunque, como siempre, los maridos no están muy de acuerdo con que nosotras estemos en el mundo de la política, y yo estaba dispuesta a que el matrimonio se rompiera si yo no podía participar. Pero creo que mi marido reflexionó. Tenía una madre que también era política y él era un hombre político, era militante. A regañadientes, pero accedió.

La maternidad me dio la posibilidad de entender a los niños. La posibilidad de que los niños me hicieran críticas:

—Mamá, tú vienes muy poco a esta casa, ¿por qué todas las mamás se quedan con los niños los fines de semana y tú te vas a viajar?

—Mira Mari, lo que pasa es que yo soy presidenta de un sindicato, de una federación de trabajadores.

Son reclamos que, todavía después de adultos me hacen, sobre todo mi hija. Yo les explicaba que trabajábamos por aquellos niños cuyo papá o mamá estaban desempleados y por eso no podían llevar el sueldo a la casa, entonces había que trabajar por esos niños. Era muy duro tener que explicárselo a mis hijos. Yo creo que, en el fondo, las mujeres que salimos a trabajar cargamos un sentimiento de culpa, de que no dedicamos el tiempo suficiente a nuestros hijos, pero bueno, también tenemos otras compensaciones, que es trabajar por la gente.

MACA: ¿Cómo surge la Unión Patriótica y qué significa para usted?

R/: La Unión Patriótica (UP) desde que nació representaba una esperanza para este país. Vivíamos una situación muy dramática en los años ochenta y la nación estaba ávida de paz. Yo, en ese momento, era la presidenta del sindicato del Ministerio de Educación Nacional, era la presidenta de la Federación del Estado e integraba la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC). En el 85 hay un movimiento de unidad en el país, los sindicatos nos queríamos unir, los sectores que no estábamos dentro de los partidos tradicionales también nos queríamos unir.

Y empieza desde el 84, pero se consolida en el 85, con la negociación de paz del presidente Belisario Betancur. Dentro de la negociación se incluía la posibilidad de formación de un partido político, en el cual estuvieran las FARC, porque eran ellos los que se desmovilizaban en ese instante y competían en igualdad de condiciones como cualquier ciudadano. Así es que en el 85 se crea la Unión Patriótica, fruto

del proceso de paz. Es un partido que nació para la paz. En el 86 se convocan las primeras elecciones y la gente de la guerrilla participó como cualquier ciudadano, sin ningún impedimento especial ni nada, como candidatos. Logramos 14 parlamentarios.

MACA: ¿Ahí empieza el genocidio al partido?

R/: En ese momento eran nueve representantes a la Cámara y cinco senadores. De esos matan a nueve. Fue una cosa impresionante. Era la primera vez que se salía a elecciones, se acababa de fundar la Unión Patriótica y la idea era que los insurgentes se vincularan poco a poco para que se incorporaran a la vida política y a la vida social. Entonces, ellos ingresan al parlamento, algunos se pudieron posesionar de sus cargos, otros no porque los mataron antes. Y dentro de los que lo pudieron hacer estaba Cardona, “Braulio Herrera” de Bogotá, el mejor orador del parlamento. Y estaba el compañero “Iván Márquez”, que fue representante ante la Cámara por el Caquetá, y le llovieron toda clase de amenazas. Ellos al poco tiempo se regresaron, volvieron a tomar las armas porque se sentían prácticamente asesinados. Eso fue realmente una situación dolorosa.

En esa época tan difícil y dura que empieza el genocidio; todos sentíamos que estábamos anotados en la lista negra. Aquí se crearon listas para matarnos. Y eso es lo que yo quiero que me respondan, quiénes están haciendo las listas hoy, porque hoy también hay listas para matar a los líderes sociales, es lo mismo que hicieron con nosotros.

Por eso también me interesa, no solamente el debate del parlamento, sino hablar con los protagonistas de todo esto, porque aquí ha habido gente que está en el parlamento que ayudó a elaborar esas listas. Y está la gente del parlamento

con la cual nos sacamos de pronto una foto ayer, foto muy criticada (del 19 de diciembre de 2019. En ella aparece junto a miembros del partido Centro Democrático como Álvaro Uribe y María Fernanda Cabal). Hay que hablar porque ellos saben parte de la verdad y hay que hablar porque ellos pueden parar la matanza.

Y yo vuelvo a afirmar, este Estado está vinculado a los nuevos crímenes y es lo que más me cuesta trabajo aceptar, que sigan empleando el mismo método que emplearon hace más de 30 años. Eso es doloroso. Pero también tengo mucha esperanza, porque yo creo que los jóvenes hoy están jugando un papel muy parecido al de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.

MACA: Cuando comienza el genocidio de la Unión Patriótica, ¿cuál fue la persona asesinada más cercana a usted?

R/: Fue desaparecido además Miguel Ángel Díaz (en septiembre de 1984). Él fue presidente del sindicato de Colcultura. Era químico y restaurador de arte. Se lo llevaron de Puerto Boyacá, lo desaparecieron junto con Faustino Galindo. Es muy doloroso recordar los días, pero él fue a vender una casa del partido en Puerto Boyacá, y ahí lo sacaron de la notaría con un anciano de 70 años que vivía en la casa. A los dos los desaparecieron y no sabemos dónde están. Nunca los hemos encontrado. Miguel dejó tres niñas pequeñas. Tenía 34 años, estaba empezando a vivir. Y él fue la primera persona⁶.

6. La CIDH determinó que las violaciones contra las víctimas de este caso fueron motivadas por su pertenencia a la Unión Patriótica. La violencia sistemática buscó amedrentarlos y estigmatizarlos, excluyéndolos del juego democrático y vulnerando sus derechos políticos, de expresión y reunión. (CIDH, Sentencia 27 de julio de 2022, Caso integrantes y militantes de la Unión Patriótica vs. Colombia, p. 8).

La segunda persona que me acuerdo que nos causó gran impacto fue un hombre del partido, se llamaba Darío Arango, un hombre que medía como dos metros de altura, un hombre muy fornido. Era presidente del Sindicato de Trabajadores del Río Magdalena. A él lo torturaron, se lo llevaron preso. Y cómo serían los suplicios que murió durante las torturas. Un hombre de semejante magnitud, porque si me llevan a mí que mido 1,52 de estatura eso es fácil, pero un hombre de ese tamaño... Las torturas debieron ser brutales. Ese fue un crimen cometido por el Ejército. El primer sindicalista, también cercano.

MACA: ¿Cuál ha sido la mejor experiencia que ha tenido ejerciendo política?

R/: La Asamblea Nacional Constituyente. Yo nunca pensé salir elegida. En el 90 gana las elecciones presidenciales César Gaviria. Nosotros no lanzamos candidato. Después de Bernardo Jaramillo, asesinado en marzo de ese año, quedamos con la sensación de que al que nombráramos lo mataban, entonces preferimos no poner a nadie.

En esas elecciones para el parlamento los jóvenes lanzan una papeleta (para esos comicios solo había seis papeletas establecidas) y los que no éramos tan jóvenes también estábamos de acuerdo (solicitando una nueva Constitución). Eso representó un porcentaje alto que casi llega al 30 % de la votación, entonces se vieron obligados a contar los votos. Con ese resultado, la Corte Suprema declara que hay que aceptar la Séptima Papeleta; y la Séptima Papeleta en la votación para presidente obtiene el 90 % de los votos. Era algo ganado, tenían que convocar la Asamblea Nacional Constituyente. El presidente la convoca y vamos a elecciones (para elegir a los miembros constituyentes).

Yo quedo elegida para la lista de la Asamblea Nacional Constituyente. Una sorpresa porque: primero, soy mujer y había poca posibilidad de que salieran elegidas mujeres; y segundo, porque yo no había estado en el parlamento y necesitaban una persona así. Vamos a la Asamblea donde estamos cuatro mujeres. Me alegré muchísimo al verlas ahí, Helena Herrán de Montoya del Partido Liberal, había sido gobernadora de Antioquia, una mujer muy buena que hace muy pocos años murió. Estaban dos personas por el M-19: María Mercedes Carranza, la poetisa, que se nos fue hace algunos años; y María Teresa Garcés, que todavía vive. Somos las únicas que estamos vivas. Esa era una rama de la sociedad donde prácticamente no funcionaban las mujeres. Éramos unas cosas exóticas. Fuimos las cuatro mujeres que por primera vez participábamos en la redacción de una Constitución. Los artículos sobre mujeres, familia y niños cayeron sobre nuestros hombros. En eso, todas muy unidas, fuimos personas destacadas. El único partido que no llevó mujeres a la Constituyente fue el Conservador, creo que por obvias razones.

Luego de eso la Asamblea Nacional Constituyente sesiona con el genocidio vivo. Las actas de la Constituyente están llenas de los testimonios que, por lo general, yo compartía al empezar la sesión. Me llamaban de alguna parte para informarme de que acababan de asesinar a “fulano de tal”, y tenía que introducir una moción especial para notificar del asesinato de otro compañero o compañera. Ahí me tocó anunciar la matanza de Prado en el Tolima, donde asesinan a toda una familia. Y hasta hace unos 3 años, después de más de 26 años, supimos que uno de los trabajadores de la familia Camacho era un soldado activo del Ejército y era el que había coordinado toda la matanza. Es decir, nosotros

estábamos ahí. Yo había recibido miles de amenazas de todo tipo; pensé que me matarían en la Asamblea Nacional Constituyente.



MACA: Desde su experiencia como política y también como víctima de este genocidio, ¿cree que hay prioridad en algún tipo de reparación?

R/: Sí, la política. Nosotros lo que pedimos es una reparación política. A nosotros nos asesinaron a nueve parlamentarios y esas nueve curules deben volver a la Unión Patriótica. Esa es una forma de reparar el daño que le han causado a un partido, no quitarle la personería jurídica como lo hicieron después en el año 2002. Y ahora que vuelvo, que hacemos una alianza, que soy la presidenta de la Unión Patriótica, que estoy en el parlamento, me ponen una demanda para qui-

tarme la curul porque la Unión Patriótica no tiene los votos necesarios. Por fortuna el Consejo de Estado decidió: “No señores, ellos obtuvieron sus votos, tienen la alianza, tienen una tutela de por medio y ella se queda en el parlamento”.

De todo nos han hecho. Nos han matado, nos han quitado personerías jurídicas. Nos tocó presentar el caso en el exterior, a la Comisión de Derechos Humanos. Ellos, el año pasado dictaminaron que la responsabilidad sí es del Estado. El Estado argumentó que no tiene con qué pagarnos, pero mucha gente necesita su dinero, muchos hijos que no pudieron estudiar porque mataron a su padre o a su madre.

Esas cosas tan duras. Es en lo que me he esforzado los últimos años de mi vida, en saber por qué, por qué hicieron eso con nosotros. Me esfuerzo en hablar con las personas que están comprometidas, porque necesito saber toda la verdad. Sabemos parte de la verdad, parte de los que financiaron, parte de los que organizaron, pero tenemos que llegar al fondo, para que nadie más se convierta en víctima.

MACA: ¿Cómo hacemos para que la sociedad comprenda cómo ocurrió el genocidio y así no se siga pasando por alto el asesinato sistemático actual?

R/: Los genocidios en el mundo no son espontáneos. Si tú lees sobre todos los genocidios, el que perpetraron en Turquía, el genocidio de Ruanda, pues no son sucesos casuales y ya, o cualquier loco que mata ¡no, no! Los genocidios son planificados. El Estado nunca ha sido ajeno al fenómeno del genocidio, en ninguna parte del mundo en donde han ocurrido. Preparan todo, a la prensa, a la justicia y le dan una lógica a los exterminios.

A nosotros, muchos nos decían que nos mataban por la combinación de las formas de lucha, y que nosotros éramos el brazo político de la insurgencia. Por supuesto que el partido nace para mirar que la insurgencia pudiese llegar a la actividad política. Cuando yo estuve en las Naciones Unidas, en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en todas partes, aprendí y entendí que aún la gente siendo insurgente, si la cogen en un combate, nadie tiene el derecho de asesinarla porque para eso está el Derecho Internacional Humanitario.

Cuando di el testimonio para la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el Gobierno en representación de una señora costarricense que habían contratado por 15.000 dólares para que asistiera a la audiencia, le explicó a la comisión que a nosotros nos mataban por ser el brazo político de las FARC. Y una de las magistradas le respondió:

—¿Usted está representando al Gobierno colombiano?
¿Quién es el embajador aquí?

Entonces el embajador levanta la mano, era Ospina, y ella le pregunta:

—Usted, embajador, ¿coincide con esto?

—Sí.

—De manera que ¿el Gobierno asumió que era legítimo asesinar a la gente porque ustedes suponían que era el brazo político de las FARC? ¿Estaban conscientes de eso?

Ahí el embajador guardó silencio pues quedaba claro que el Gobierno había participado en esta matanza⁷.

MACA: ¿Qué espera usted, como víctima, de la Comisión de la Verdad y la Jurisdicción Especial Para la Paz?

R/: Que se aclaren las cosas. Todo lo que haya que hacer. Yo incluso he querido hablar con ‘HH’ (Hebert Veloza), paramilitar que aún está preso, para preguntarle quién pagó por mi atentado, y qué militares en Bogotá actuaron.

No porque sea yo, sino para tener un parámetro porque sé de gente que pagó en Urabá. Lo dijo Raúl Hasbún, “Pedro Bonito”, que fue un terrateniente, un bananero que se ligó y fue director de una de las columnas del paramilitarismo en Urabá. Cuenta, en una declaración, que hace desde la cárcel en Medellín, cómo se ponían de acuerdo los administradores de las fincas, en algunos municipios de Urabá, para poner a los dirigentes sindicales y militantes de la Unión Patriótica en un bus para que la matanza fuera más rápida.

Los empresarios no solamente estuvieron dando plata, sino que estuvieron disparando. Él lo cuenta, y si lo cuenta fue porque lo hizo. Además, dice que si revelara los nombres de todos los industriales y comerciantes que participaron dando plata, se caería la economía de este país. ¿Cómo será de grave? Está en el portal Verdad Abierta, se llama “El cerebro de la paraeconomía: Raúl Hasbún”.

7. Una investigación de la Universidad de los Andes señala que el genocidio político de la Unión Patriótica, perpetrado por paramilitares, narcotraficantes y agentes del Estado, dejó más de 4.000 víctimas. Además, advierte que otros movimientos políticos, como la UNO, el PCC, A Luchar, Causa Común y el PRT, también fueron exterminados, aunque con menor visibilidad. (Mercado V., A. J., 2022). Colombia Internacional, Uniandes.

Fue un genocidio perpetrado por el Estado en coordinación con los paramilitares, y, por supuesto, hubo narcotraficantes también que financiaron nuestro exterminio⁸. Pero no solamente los narcos, también algunos empresarios. Aunque también hay empresarios buenos y militares íntegros.

MACA: ¿Usted cree en alguna religión?

R/: Yo creo en los hombres, creo en que podemos hacer mucho por este planeta. Yo me eduqué con las monjas, todo mi bachillerato lo cursé con las Hermanas de la Presentación a quienes les debo mucho. Ayudaron demasiado con mi formación, pero además en la última etapa, en cuarto, quinto y sexto grado, conocí a una monja recién salida de la Javeriana, era la hermana Francisca Emilia que después, cuando abandonó los hábitos, supimos que se llamaba María José Domínguez. Ella ejerció gran influencia también, nos llevaba a los barrios súper pobres de Sogamoso.

MACA: ¿A qué le tiene miedo?

R/: Pues a la muerte no se le tiene miedo porque al fin y al cabo todos nos vamos a morir. Voy a contar una anécdota. Un día estaba en la Unión Patriótica, en esa época difícil, y me llamó un tipo, me insultó y me dijo:

—Ahora sí la vamos a matar.

—¡Y usted también se va a morir!

8. El 27 de julio de 2022, la CIDH declaró la responsabilidad internacional de Colombia por violaciones de derechos humanos contra más de seis mil militantes de la Unión Patriótica desde 1984, calificándolo como un exterminio. (CIDH, Sentencia 27 de julio de 2022, Caso integrantes y militantes de la Unión Patriótica vs. Colombia).

El tipo me colgó. Cuando llegó mi secretaria me encontró riéndome:

—¿Qué le pasó?

—Que asusté a un sicario, ja ja ja ja.

El tipo me colgó inmediatamente. Claro se va a morir. Se va a morir de pulmonía, de diabetes, de cualquier cosa, pero también se va a morir. Pero el mayor miedo que le tengo es a los espacios abiertos. Es increíble. Alguna vez cuando estuve en la Alcaldía de Bogotá, fue cerca a las elecciones, me dijeron:

—¿Oye y en qué lista estás?

—En la de los sicarios, ja ja ja.

Siempre me gustó el humor.

MACA: Y hoy, ¿siente miedo?

R/: Como todos los colombianos. Siente miedo la señora que va a comprar leche. Siente miedo el señor que va a hacer el mercado. Siente miedo el niño que va a la escuela, porque en una de esas lo atracan o le quitan el morral. Siente miedo el que va en un carro porque se lo roban. Siente miedo con esas gafas porque son bonitas y se las van a robar. Este es un país de miedo. Todo el mundo siente miedo, pero hemos aprendido a vivir con él. Es terrible, porque pasan cosas muy duras, ¿pero qué hacemos? Tenemos que vivir con miedo, pero con esperanza de cambiar este país. Eso no se les puede olvidar a los jóvenes.

Nosotros estamos haciendo lo que podemos, esta generación que cuando tenía 20 años también soñó con cambiar el mundo. No pudimos. Salimos, nos sacaron, volvimos, y todavía seguimos soñando que este país se puede cambiar. Yo creo que debemos actuar con más inteligencia frente a la necesidad de sanear todos los frentes de violencia que existen en Colombia, incluyendo la violencia urbana. La violencia de los jóvenes que forman pandillas porque no conocen otra forma de vida. Y los jóvenes que están en este momento en la delincuencia tienen derecho a que la sociedad los escuche, los mire como a seres humanos.

MACA: ¿Sin el proceso de paz con las FARC usted seguiría en Suiza?

R/: Sí. Estaría allá. No hubiera vuelto. Es que ese proceso ha generado muchas cosas; por eso estoy en el Congreso; por eso en este momento podemos ir hacia muchas regiones del país. Los colombianos que adversan la paz tienen que darse cuenta de que están cometiendo un error. Y hay que hablar, sentarnos, discutir y mirar cómo los campesinos pueden poseer su tierra en este país, cómo les podemos brindar acceso a la educación a nuestros jóvenes, cómo les brindamos protección a nuestros niños, cómo nuestros niños no se pueden seguir muriendo de hambre en Bogotá, ni en el corregimiento, ni en la vereda.

Lo que en Colombia está mejor distribuido es la pobreza. No existe un municipio donde no haya pobreza, no hay corregimiento donde no haya pobreza. Bogotá padece infinitos problemas de pobreza. La riqueza, eso es lo que hay que desconcentrar, no es ni tan difícil. Es que manejar un país es como manejar la casa, si uno tiene 1.000 pesos de salario no le va a dar 900 a un hijo y 100 para los otros tres. Mire todo lo que tienen que hacer los jóvenes. Yo tengo unas inmen-

sas esperanzas en los jóvenes, ¡inmensas! Tal vez como las que tuvo mi abuelo en los jóvenes que no pudimos cumplir, pero ustedes sí van a cumplir.

MACA: ¿Qué mujer la inspira?

R/: María Cano. Fue fundadora de sindicatos. Siempre fue una mujer muy avezada, muy comprometida, que vivió en otra época. Pero en la parte doméstica, mi madre. Una mujer viuda a los 39 años, con 9 hijos a esa edad, le tocó muy duro.



VERA
GRABE
LOEVENHERZ



La paz no es solamente una meta ni es un acuerdo, es una nueva manera de ver la realidad.

Vera Grabe Loewenherz

Por María Camila Paladines / MCP

Cuando la revolución era un sueño, entre los años sesenta y setenta, Vera Grave encontró en el naciente Movimiento 19 de Abril (M-19), un grupo guerrillero de jóvenes en el que podría cumplir lo que anhelaba. Luchó por un cambio social y político, en tiempos de estructuras conservadoras, al lado de personajes históricos como Carlos Pizarro y Jaime Bateman. Conoce la voracidad de la guerra y la complejidad de la paz, pero con la última se siente más cómoda.

La busqué durante seis meses. La entrevisté dos veces, en tiempos de pandemia, a través de video llamadas. La primera cita fue cortés, reservada. Pensó que hablaríamos sobre el proceso de paz con las FARC. Cuando comprendió que el objetivo era conversar sobre su historia, la de una de una emblemática exguerrillera del M-19, concertamos una segunda entrevista, no sin hacerme saber que era difícil para ella recordar hechos puntuales de hace tantos años, pero que estaba dispuesta a repasar el pasado.

En la segunda conversación encontré a una mujer amistosa, simpática. Desbordada en relatos, de esos que cuentan las mujeres valientes que se atrevieron a cambiar la historia: pasó por la guerrilla, por el Congreso, por la maternidad, por el amor, por la tortura; conoce la desesperanza y la resiliencia. Es esa experiencia la que la lleva a reconocer el potencial de las mujeres en la reconstrucción de la sociedad.

En la presidencia de Gustavo Petro, su antiguo compañero de guerrilla, fue llamada para ser jefe de la delegación de Gobierno en las negociaciones con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), la guerrilla más antigua de América Latina.

MCP: ¿Cómo llegó usted al Movimiento 19 de Abril (M-19)?

R/: Yo era estudiante de antropología y formaba parte de una generación que en las décadas de los sesenta y setenta, andaba en busca de aportar para cambiar la injusticia, cambiar este mundo. Era una época en la que una de las opciones claras era la guerrilla, que es diferente a lo que pasa hoy. Antes era legítimo ser rebelde, y rebelde significaba también pensar en posibles opciones guerrilleras⁹.

El M-19¹⁰ era una opción diferente a las otras guerrillas existentes, con gente que estaba en otra búsqueda. Se estaba planeando un proyecto no sectario, de unidad, no dogmático. Sobre todo, buscaba una manera de meterle política a las armas para que tuvieran un sentido y un mensaje siempre.

Poco a poco me fui involucrando. Eso no es que uno amanece y se mete a una opción de lucha o algo así, y ya, sino que es todo un proceso de encuentro, de pensar, de buscar, y el “Eme” (M-19) estaba apenas en sus primeros años, en su etapa fundacional, estaba perfilándose. No se llamaba todavía “Eme” sino Comuneros.

9. Vera Grabe Loewenherz fue, junto con María Eugenia Vásquez, una de las dos mujeres integrantes de Comuneros, el núcleo estratégico que fundó el M-19. Fue también la primera exguerrillera en la Cámara de Representantes y, desde el 11 de diciembre del 2023, lidera la mesa de diálogos de paz con el ELN.

10. El M-19, guerrilla urbana de orientación nacionalista, inició diálogos de paz en 1989 y se desmovilizó en 1990. Sus acciones más emblemáticas fueron el robo de la espada de Bolívar (1974) y la toma del Palacio de Justicia (1985), con 111 muertos y 11 desaparecidos. (Comisión de la Verdad).

Entonces, me encontré con gente que estaba cercana, en la universidad, en los grupos culturales. Gente que vi que era distinta a las otras gentes, a los otros grupos que eran más sectarios, más cerrados, más dogmáticos, menos abiertos a permitir la participación.

MCP: ¿Cómo fue su vida mientras hizo parte del M-19?

R/: Yo seguí estudiando, me gradué de la universidad (año 1978) y a la par hacía trabajo clandestino, es decir, trabajo secreto de operatividad, trabajo propagandístico, etcétera.

Después estuve en la cárcel un año, luego de los hechos del Cantón Norte (robo de armas en 1978)¹¹. Posteriormente, viví tres años fuera del país, en la diplomacia guerrillera. Volví, estuve en el monte. Luego, fue el proceso de diálogo (en 1984). Después estuve en Antioquia, en el monte. Salí de ahí y me mantuve dos o tres años en la clandestinidad en Bogotá, antes de la firma del acuerdo (el 9 de marzo de 1990).

Obviamente, al comienzo era manejable la clandestinidad y se podía mantener la doble vida, pero ya al salir de la cárcel era una persona quemada, ya me identificaban. De manera que tenía que cuidarme mucho porque era fácil de reconocer. Me tocaba andar con mucho cuidado, con muchas medidas de seguridad, saber moverse. Todo eso.

11. La noche del 31 de diciembre de 1978, el M-19 robó más de 5.000 armas del Cantón Norte de Bogotá a través de un túnel, en la llamada Operación Ballena Azul. Aunque el Ejército recuperó las armas, la persecución contra el M-19 se intensificó, incluyendo torturas y detenciones bajo el Estatuto de Seguridad. (Comisión de la Verdad, 2022).

MCP: Desde los primeros años de la década del 70, cuando empieza a consolidarse el M-19, hasta hoy, ¿cómo se ha transformado su idea de revolución?

R/: Yo creo que la primera idea de revolución fue ver un mundo cambiante. Muchas eran las revoluciones que se habían dado en otros países, donde se habían tomado el poder para generar un sistema diferente, un sistema más justo, un sistema más equitativo. Después, el acercamiento al tema latinoamericano ¿cierto? porque todos crecimos con la imagen del Ché y eso, obviamente, marca mucho.

Los cambios revolucionarios de transformar un sistema que nos parecía, o me parecía injusto, se concreta en el “Eme”. Lo que pasa es que en el “Eme” se empieza a tener ya una conexión real, ya no es el ideal, sino es la concreción. El “Eme” va dándole una forma diferente a la revolución, la va aterrizando en cosas más posibles, empieza a hablar de democracia, empieza a hablar de paz y, obviamente, ya con la paz, con la firma de la paz, la revolución ya no es armada, es una revolución que tiene que ver, sobre todo, con cambios democráticos, con bajarse del esquema de la guerra y asumir la paz como una opción de cambio.

Eso es lo que he venido evolucionando en los últimos años porque la paz no es solamente una meta ni es un acuerdo, es una nueva manera de ver la realidad y, sobre todo, es una posibilidad de transformación en movimiento.



MCP: Y hablando de lo que significa la paz, ¿cuándo comienza usted a pensar en ese camino distinto a la guerra?

R/: Yo empecé en el año... como 88, pongamos ¿87? Pues la gente empezó a decirnos que la guerra ya no tenía sentido, que los ideales eran buenos, pero el modo no lo era. Yo empecé..., lo que pasa es que es muy difícil decir “en el momento tal”. Son cosas que aparecen a veces muy..., como sentimientos, como sin una idea clara.

Yo empecé a estudiar a Gandhi, porque Gandhi realmente no era un referente muy importante para nosotros, no crecimos con eso. Entonces, empezar a estudiar el tema de la no violencia, mirar otras opciones y, sobre todo, las preguntas: ¿yo qué sigo haciendo aquí?, ¿yo qué estoy haciendo encerrada (en un apartamento en Bogotá) todo el tiempo, mirando qué salida hay?

Es ver que se requiere de una salida diferente, que realmente toma forma cuando Pizarro (en 1989) dice “vamos a volver al tema de la paz y vamos a tomar esa decisión de fondo”.

MCP: Después de tantos años de lucha armada y de actos emblemáticos del M-19 como la toma de la embajada de República Dominicana, el robo de las armas del Cantón Norte, la toma del Palacio de Justicia, ¿queda usted en “shock” cuando Pizarro dice “vamos a la paz”?

R/: Shock, no. Es que generaba muchas preguntas porque era una decisión radical. Nunca se había planteado realmente dejar las armas sino cambiar el modo de hacer, buscar siempre salidas políticas, siempre planteando la reconciliación; pero ya una decisión de dejar las armas era algo muy nuevo, entonces generó muchas preguntas: ¿Y esto cómo es? ¿Será posible? ¿Qué alternativas hay? Porque eso nunca se había planteado. Era un camino inédito en Colombia.

MCP: De todos esos momentos y de otros, ¿cuál ha sido el más feliz?

R/: Momentos felices hay muchos, hay muchos momentos felices. La maternidad es feliz. La libertad es feliz. Salir de la cárcel es feliz. Firmar la paz es feliz. Encontrarse con los compañeros son momentos felices.

MCP: ¿Y cuál es el más impactante en el M-19?

R/: Momentos impactantes también hay muchos. Cuando te detienen. Cuando te torturan. Cuando muere un compañero. Cuando... muchos, es que es una vida completa entonces es muy difícil resumirlo todo en un solo acto ¿cierto?

Sí, así es. ¿Y uno de esos momentos que no repetiría jamás?

La detención y la tortura. Eran las cinco y media de la tarde frente al Concejo de Bogotá. “Esa es, la mona. ¡Cojan a esa hijueputa!”. Eran cuatro civiles, me agarraron, me metieron

en una camioneta blanca con el símbolo de la Cruz Roja. Me esposaron. Arrancaron a toda velocidad. Dos cosas sentí con nitidez, que no tenía escapatoria, pero que no era el final, que en esta no me quedaba.

Me pasaron a otro carro y a toda velocidad me llevaron a donde iba a parar todo el mundo, a Usaquén, a las famosas caballerizas¹². Pensé en papá, en mamá. ¿Cómo reaccionarían? ¿Qué iban a pensar? ¿Qué les iba a decir ahora?

Y empieza el ritual: me vendan los ojos, me aprietan las esposas, y me quitan toda la ropa sin otro fin que romperme a punta de frío, cansancio, dolor y humillación.

El interrogatorio es siempre lo mismo, se repite, “cómo se llama, qué hace, qué sabe, hable del M-19. Y ese nombre tan raro¹³, ¿no será falso?” Me agarran del pelo, y vienen otros a examinarlo. “¿Pero ese pelo sí es de verdad? No puede ser, mono y crespo, debe ser una peluca...”. Me preguntan por las Brigadas Rojas; y por qué esos sellos de Panamá en el pasaporte, ¿a qué fue?, yo, callada, sin abrir la boca ni para decir el nombre, y a más silencio, más rabia les da.

Con tal de que no me hagan cosquillas o me pongan cucarachas encima, pienso. Primero me quitan los zapatos, la ropa. Ni una gota de agua, ni un bocado de comida y nada de sueño. Durante los diez días que otorgaba el perverso artículo 28 de la Constitución de 1886, que tenía para disponer del detenido... Diez días con sus diez noches.

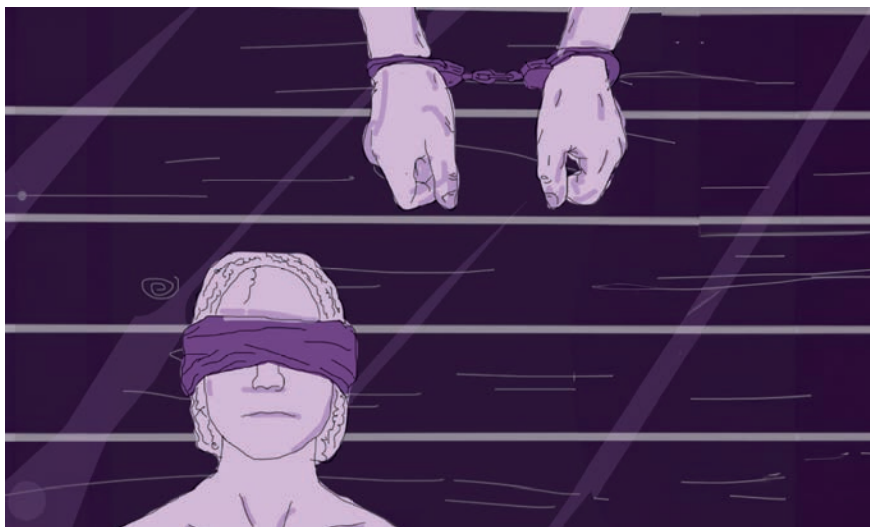
12. Las caballerizas fueron centros de tortura durante el Estatuto de Seguridad, donde se detenía e interrogaba sin órdenes judiciales. Según la Comisión de la Verdad, estas prácticas buscaban obtener información y generar temor en la población. (Comisión de la Verdad, 2022).

13. Vera Grabe Loewenherz (1951) es hija de migrantes alemanes oriundos de Hamburgo, de allí sus apellidos y su fenotipo caucásico.

En la noche de Halloween llegan dos hombres con un espantoso tufo a trago y una enorme grabadora. Bueno, acá vamos a tener nuestra propia noche de brujas, dicen. Ponen música rock a todo volumen y empiezan. Me pellizcan los senos, me abren las piernas y me golpean los genitales con una toalla mojada. Hasta que se aburren... Y vuelve. Ya debe ser mañana. Los mismos pellizcos, amenazaron con violarme, me golpean el vientre, me tiran al piso y me meten un palo en la vagina. Sangro y tengo dolores en el vientre por mes y medio. Pienso mucho en María Etty¹⁴, una compañera de diecisiete años de edad a quien violaron ocho tipos durante su detención. Una mujer violada es un ultraje para todas. Es la violación como arma de guerra.

Una noche oigo los gritos de Álvaro (Fayad “El Turco”). Está en una celda cercana. Mientras me sacan del recinto donde va a empezar la sesión nocturna, alcanzo a verlo, lo llevan de vuelta a la celda, desnudo, flaco, atrozmente golpeado. Y cuando regreso a mi celda, empiezo a cantar a toda voz, todo lo que se me atraviesa por la cabeza, canciones de mi niñez, boleros, cantos rebeldes, el himno de la alegría, para decirle a él que estoy viva, firme y bien. Y que estoy con él. Una vez más compruebo el valor de la música y les doy gracias a mis padres por haberme entregado ese tesoro.

14. María Etty Marín Cotrino, de 21 años, fue detenida arbitrariamente el 10 de mayo de 1979 en Cali y torturada en el Batallón Pichincha. Según Amnistía Internacional, sufrió agresiones físicas y violencia sexual. (Mesa de trabajo Mujer y Conflicto Armado, 2009).



MCP: Vera, ¿ya perdonó?, a los que la privaron de la libertad y la torturaron, a los que asesinaron a sus compañeros, a sus amigos...

R/: Es que yo ahí no siento rencor ni rabia ni odio. Yo siento que... nosotros nos metimos en una forma de lucha ¿cierto?, nos fuimos a la guerra, y eso obviamente trae consecuencias. Si te metes a la guerra es obvio que te van a detener y meter a la cárcel, eso no es culpa de nadie, eso es parte de, son los “gajes del oficio”. Incluso la tortura, sí, la gente a veces dice: “Uy pero usted debería tener rabia”. Cuando a uno lo detenían en esa época sabía qué le iba a pasar.

MCP: O sea, era normal todas esas violaciones de derechos.

R/: No tan normal porque no debería ser así, pero todos sabíamos que a los revolucionarios cuando los detenían, eso es una cosa histórica, los torturaban para sacarles información. Por eso, cuando yo veo a ese militar que me torturó pues... yo me esculqué y no sentí odio ni rabia.

MCP: Vera, lo más difícil y lo más gratificante del monte.

R/: Lo más difícil del monte son los bombardeos, la ropa mojada, la baja de defensas. ¿Y lo más gratificante?, la solidaridad, el compañerismo, poder compartir un tinto caliente después de una caminata de horas cuando uno está muerto del frío... Esas cosas de la vida cotidiana que la hacen mucho más agradable. Como lo estamos viviendo, creo, hoy también en esta pandemia, que empezamos a valorar cosas que antes eran tan normales, ahora sí decimos: “Uy mire, yo tengo esto, yo puedo disfrutar esto”.

En las situaciones difíciles hay cosas que uno valora mucho, sobre todo la compañía, el poder estar en grupo y, obviamente, esas cosas como un café caliente, una sopa caliente, una ropa seca, un baño en el páramo... Cosas que son una maravilla ¿no?, en ese contexto.

MCP: Es verdad que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde... como cuando estaba en la cárcel (1980). Cuénteme, ¿en ese año con qué soñaba?

R/: No, yo quería salir para seguir haciendo cosas. Yo no me planteé ahí planes personales. Los sueños de estar con mi familia ¿no?, de ver a mi mamá, de ver a mi hermana, estar con mi papá; esa cercanía, por supuesto.

Pero son sueños porque, obviamente, uno sabía que al salir de la cárcel pues tenía que volver a esconderse o irse, cosas así. Pero claro, todo el encuentro con la familia, volver a ver a la gente, los amigos, la ciudad, volver a caminar por Bogotá, viajar, todo esto.

MCP: Panamá, Cuba, Chile, Nicaragua, Ecuador, Libia y México, ¿cómo fue viajar a tantos países y tener que comunicarse con partidos políticos y gobiernos?

R/: Yo me sentía como en una misión. Me parecía muy importante porque yo era una especie de embajadora, se llamaba “Secretaría Internacional”, y como creía en lo que estábamos haciendo, porque además, después de la toma de la embajada (dominicana), el “Eme” era una organización muy prestante, con mucha acogida, con mucho respeto, entonces me sentía con legitimidad y con fuerza.

Independiente que no fuera la gran experta en la diplomacia internacional, sentía que representaba una fuerza importante y una propuesta de paz, de democracia. Tenía algo que decir, entonces me daba tranquilidad el hacerlo. Obviamente, hablar con gente de otros países siempre es un reto, pero siento que era una época donde sí había legitimidad y fuerza para decir las cosas. Me sentía orgullosa.

MCP: ¿En algún momento pensó que estaban haciendo algo opuesto a lo planteado desde el principio?

R/: Surgieron momentos muy difíciles. Después de la toma del Palacio de Justicia en 1985 hubo mucha soledad y la gente empezó a retirarnos el apoyo. Se empezó a percibir que la guerra empezaba a agotarse. En esa época se recrudeció tanto la guerra sucia, aparecieron tantos actores, y entonces ahí sí empezaron las preguntas: “Bueno, finalmente, ¿qué estamos haciendo?”.

Pero no en el sentido del descarrile, sino como del agotamiento, de que ese no era el camino, de que realmente había que replantearse ¿no? Obviamente, el tema del Palacio

fue difícil, fue difícil porque fue un error y mostró los límites de la guerra. Obligó a replantearse también el camino.

MCP: Ahora que me habla del asalto al Palacio, ¿qué significó para usted ese hecho? ¿Y qué pasó internamente en el M-19 después de él?

R/: ¿Qué significó? Lo que significó para todos, un momento muy difícil y muy doloroso tanto para la organización como para el mismo país. Se vivió con mucho dolor.

Fue una época muy penosa, una travesía en el desierto, de falta de apoyo, de tocar los límites de la guerra, del dolor que eso provocaba.

Se reconocieron, obviamente, las dificultades y lo grave que había sido, pero eso no significó fracturas. En el M-19 no se manejaban las cosas así de empezar a generar divisiones, inculparse, echar culpas. Se gestionaban de otra manera, en el diálogo, tratando de entender, tratando de comprender.

MCP: Vamos 2 años más adelante, en la Coordinadora Nacional Guerrillera, ¿había más mujeres con usted?

R/: Había mujeres en los campamentos, pero en las reuniones de los mandos yo era la única. Por supuesto... era muy masculino, pero igualmente en otras instancias había mujeres del “Eme”, de los otros lados (otras guerrillas) no se veían muchas. Es una cosa que yo le recriminaba a los de las Farc:

—¿Bueno y aquí dónde están las mujeres? Porque solo las vemos o en la cocina o por allá.

— No, es que para eso la tenemos a usted aquí.

MCP: Es decir, con usted era suficiente...

R/: Yo no sé (entre risas), es que yo creo que eso ni se lo planteaban. O sea, eso de pensar que “aquí necesitamos una cuota de mujeres”, no.

Ahora en el proceso de las Farc el tema de género ha ganado mucho espacio y existen resoluciones de la ONU, pero en esa época no. Una como mujer era parte y tenía un reconocimiento, por supuesto, pero no había la preocupación de cómo participan las mujeres en las reuniones de los demás grupos guerrilleros.

Se le aplicaba la perspectiva de género a la guerrilla colombiana para ver cuántas mujeres había, pero no se planteaba un debate, porque finalmente no eran los temas, no era lo central. No se puede medir esa época con los parámetros de hoy porque ese era otro momento histórico.

MCP: Cuénteme cómo fue el campamento de Santo Domingo, Cauca, en el que ustedes se reunieron para entregar las armas en 1990.

R/: ¡Santo Domingo fue una maravilla!¹⁵ Yo llegué por las rutas clandestinas. Era llegar a un mundo que mostraba, sobre todo, que la paz era posible. Había tanta actividad y tanto movimiento y tanta visita y tanta alegría y tanta rumba y tanta afluencia de gente y tanto peregrinaje y tanto de todo... Era un ejercicio de paz, un espacio muy muy grato, muy vital, muy movido. A mí me cambió la perspectiva. Todas las dudas que yo podía tener del proceso se me acaba-

15. Santo Domingo, Cauca, fue el lugar donde el M-19 entregó las armas el 8 de marzo de 1990. Según Vera Grabe, la decisión fue respaldada internamente y seguida por la creación de un partido político. Tras el asesinato de Carlos Pizarro, el movimiento continuó con Antonio Navarro como candidato. (Grabe, 2010).

ron ahí. O sea, con solo llegar y ver lo que estaba pasando, ver la dinámica y ver a Pizarro y a todos, eso. ¡Uy sí, esto es lo que hay que hacer!

No tanto la perspectiva de la reflexión de qué va a pasar después “y tal”, sino la sensación de que si ese era un lugar que atraía tanto, y si ese proceso tenía esa acogida que se manifestaba ahí, pues, obviamente, ese era el camino. En Santo Domingo se me despejaron todas las “cucarachas” y las dudas que tenía en la cabeza.

MCP: Entonces, definitivamente ahí sí dijo: “la paz sí es el camino”.

R/: Sí claro, sin ninguna duda. Yo creo que la mejor pedagogía de paz que pudo haber fue ese campamento.

MCP: Ese año hubo 3 días importantes: 8, 9 y 11 de marzo, con la dejación de armas y las elecciones, ¿cómo vivió usted esos días?

R/: Por un lado, el acto de dejación, que, así uno estuviera convencido, generaba cierta nostalgia estar ahí, en Caloto, donde fue. De todas maneras, dejábamos atrás una época, un acumulado de historia. Cuando uno se despide de algo le da cierta nostalgia, eso no quiere decir que quiera volver para atrás ¿cierto?

Por otra parte, era ya todo el tema de las elecciones porque fue ese acto (de dejación) y a los dos días, las elecciones. Además, yo era candidata con cero experiencia política en términos legales, de echar discursos y eso, entonces era un cambio fuerte. Pero, a la vez, esa sensación de inaugurar una nueva época que es una maravilla, y obviamente todo el tema electoral que era muy novedoso, que era muy nue-

vo, muy extraño también, para uno mismo con mayor razón siendo candidata. Con todo el susto que puede dar y después ver el resultado tan maravilloso en términos de la acogida de la gente. Dejas una cosa y al otro día amaneces en otra.

MCP: En ese nuevo camino surgió la Constitución Política de 1991, ¿cómo fueron esos cuatro meses de Asamblea Nacional Constituyente?

R/: Esa experiencia para mí, sin estar allá de constituyente, fue maravillosa. Yo estaba en la Cámara de Representantes, era parlamentaria e hicimos un grupo de parlamentarios pro-constituyente; era un clima muy intenso porque, obviamente, la vieja clase política estaba en contra.

Pero más allá de eso, de verdad, uno sentía que iba a empezar una nueva época por el ambiente que se vivía y lo que se debatía: los derechos, el tema de las mujeres, el tema de la paz. La acogida en cualquier lugar cuando llegaba una bandera colombiana; había mucho movimiento, era un momento de un entusiasmo inmenso, de una esperanza inmensa y eso era contagioso. Vivir todo eso, los debates, los temas, los desayunos, las reuniones, fue muy bello, fue muy importante, una época muy brillante y, además, de mucho encuentro, no esas polarizaciones que se viven hoy, sino la sensación de que de verdad estamos construyendo juntos algo diferente.

MCP: Para usted ¿valió la pena todo ese recorrido en el Congreso?

R/: Sí. Valió la pena porque es un aprendizaje, fue un aterrizaje, fue entender mucho las lógicas del poder. Y también para darme cuenta de que si bien es un espacio vital, que

valoro, que era importante porque gané mucho. Gané visibilidad, que creo que me ha servido de esa época hasta hoy; también me di cuenta de que eso no es lo mío. No es que no me guste la política, sino que estar sentada y echar discurso sin moverse, pues no. Además, era también de pronto por la inexperiencia, pero finalmente me di cuenta de que no era el lugar con el que yo soñaba.

A mí me pueden regalar un lugar en el Senado y no me voy para allá “ni por el chiras”. Hay gente que hace maravillas. Sí, hay gente que sueña con ser senadora toda la vida. Yo veo a todas estas mujeres y a toda esta gente ¡la maravilla!, pero, sin dejar de valorar inmensamente lo que hacen, pues yo no resueno, no me da alegría, no me da felicidad. Finalmente, la paz le permite a uno encontrarse, se reconecta con lo que uno quiere.

Además, en esa época murió Jorge Emilio (su gran amor), entonces fue también pensar: “Yo estoy aquí en función de cambiar el mundo y ¿qué? ¿Cómo quedo?”. Eso fue muy duro, eso fue durísimo.

MCP: ¿Qué significó en su vida Jorge Emilio Salazar?

R/: Jorge Emilio fue como un cuento maravilloso... En estos días le hicieron un homenaje bellissimo. Ese era el hombre con el que me hubiera gustado compartir la vida completa. Eso sí fue un amor total, así, impresionante.

MCP: Hay otros hombres también importantes en su vida. Vamos a hacer una dinámica, le voy a decir unos nombres y usted brevemente me va a decir qué significan para usted:

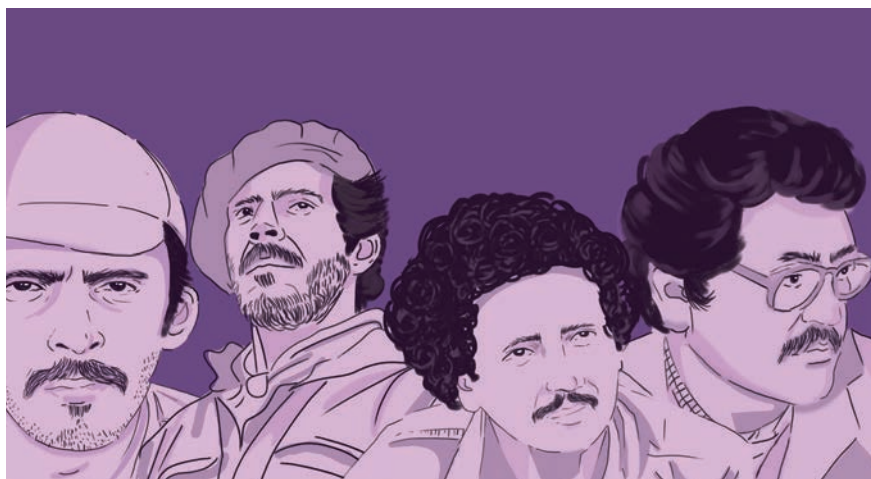
R/: Álvaro Fayad: el maestro pensante. El amigo. Compañero exigente. Cuidadoso. Respetuoso.

Carlos Pizarro: la posibilidad de la paz. El gran visionario de la paz, ni siquiera visionario, el gran revolucionario de la paz. Al que; le debemos el estar aquí.

Pepe Carrasco: un amor muy lindo, un chileno muy lindo. Un amor de viajes, de momentos muy importantes. De mucha vitalidad.

Jaime Bateman: también mucho amor y también mucho aprendizaje. El gran maestro.

Rosemberg Pabón: un compañero y un amor muy importante de una época de la vida. Es de los amores eternos y el papá de mi hija, eso es importante.



MCP: Me dijo ahora una frase que me quedó sonando: “se reconecta con lo que uno quiere”, ¿con qué se reconecta? ¿Qué quería ser o hacer cuando dejó el Congreso?

R/: Cuando abandono el Congreso no tenía muy claro qué era lo que deseaba.

En el 94 nos volvimos a presentar, perdimos las elecciones y quedamos en el aire todos. Ahí aparece la posibilidad de irme para España con otros 5 exguerrilleros. ¿Qué quería? Quería reconectarme exactamente, recuperarme yo misma. ¿En qué sentido? En ese momento no estaba claro, no había un tema ni se perfilaba ninguna área de trabajo en especial ni existía una misión, sino que quería volver a conectarme conmigo misma, darme el tiempo de ver otras carreras nuevas, de encontrar otros lenguajes, otras posibilidades.

Después lo fui encontrando, fui encontrando todo el tema de la paz, del estudio de la paz, de la educación para la paz, la escritura y todo eso.

MCP: En esa transición entre el M-19 y el Congreso surgen dos grupos de mujeres importantes de los que usted hace parte. Cuénteme sobre Mujeres de Abril.

R/: En el “Eme” siempre había momentos en los que las mujeres nos juntábamos, no para pelear contra alguien, sino para reafirmarnos nosotras mismas. Mujeres de Abril empezó en Santo Domingo. Con un combo de compañeras decidimos plantear que las mujeres debíamos cumplir un papel muy especial en la paz.

Eso no caló en todo el mundo porque había compañeras que les parecía que el tema era la democracia y la política.

Sin embargo, después se fue configurando como una organización. Nos movíamos, organizábamos acciones con velas, plantones, etcétera.

Fue un momento importante porque fue darnos un lugar en la paz específicamente configurable, con unos principios y unos objetivos, pero básicamente era buscar darle a la mujer un protagonismo en la paz.



MCP: El otro grupo era Mujeres por Colombia...

R/: Eso ya fue una cosa más amplia, muy bella y muy simbólica. Fue una iniciativa de mujeres; estaban las feministas, el movimiento de mujeres, las teatreras, y participó (el Teatro) La Candelaria; aglutinó a muchas mujeres de diferentes sectores. Yo me acuerdo que la imagen era como la de una mariposa negra que se vuelve de colores.

La iniciativa se generó cuando empezaron a matar a los candidatos (de la Unión Patriótica), entonces las mujeres dijimos: “La vida siempre está por encima de todo. No nos van a acabar aquí, no nos van a asustar”.

Empezamos a consolidar un movimiento para rodear a los candidatos, sobre todo después de la muerte de Pizarro, creo. Hicimos una marcha al revés, desde el Cementerio (hasta el centro de Bogotá), a la que yo no pude ir. En esa época me tocó guardarme porque se decía que después de Pizarro me iban a matar a mí.

MCP: En el paso de la vida armada al sector político, o en otro momento de su vida, ¿se ha sentido estigmatizada por haber sido integrante del M-19?

R/: Claro, no tanto en la época post firma del acuerdo (año 1990), sino en los últimos años. Cuando este país se polariza, a los primeros que se estigmatiza es a quienes alguna vez estuvimos en la guerrilla. Además, se establece muy poco la diferencia entre ser guerrillero y ser exguerrillero, una cosa es ser guerrillero y otra es haber tomado la opción de la paz. Pero aquí a veces eso no se diferencia, entonces hay épocas en donde “nos meten a todos en el mismo costal”; incluso se piensa que todas las guerrillas son iguales. Pero no solo eso, también hay reconocimiento y valoración. Se viven las dos cosas.

MCP: Me gustaría saber si usted piensa que las armas eran necesarias en el “Eme” para lograr una revolución.

R/: En la época mía claro que sí. Eso lo veíamos como una opción porque había eventos históricos: se había ganado la revolución cubana, la revolución nicaragüense, había guerrilla de muchas partes. Y, de alguna manera aquí se veía

que no había un espacio político plural porque funcionaban solamente dos partidos (Conservador y Liberal) y no permitían que accedieran otros; eso se reflejó también en el robo de las elecciones a la Anapo en el año 70. Hoy yo creo que las armas no son un camino, eso se agotó, pero en esa época eso no estaba en discusión.

MCP: Hablemos de actualidad, ¿qué ha pasado con usted desde el 94?

R/: En el 94 me fui a España. Fue una época muy grata. Allá me encontré con algo que me ha marcado desde entonces que es todo el tema de la investigación y la educación para la paz. Es decir, la paz ya no como acuerdo, la paz ya no como política, sino la paz como una posibilidad de estudio, de reflexión y de educación. Eso es lo que ha marcado en los últimos 20 años.

MCP: O sea, allá surgió la idea del Observatorio para la Paz.

R/: Sí. Y el dedicarme al tema educativo que es lo que me gusta porque, sin negar otros espacios, yo creo que eso de transformar mentalidades, de que la gente cambie esquemas, educar a la gente, educación no en términos de escuela obviamente, sino de verdad, de comprensión del mundo, de bajarse de los esquemas violentos, de tener consciencia de las consecuencias, yo creo que eso es lo fundamental para los procesos de transformación. Es otro nivel de la revolución, pero ya pensando en revolución de mentalidades y de cambios culturales.

MCP: ¿Qué hace en el Observatorio para la Paz?

R/: Soy miembro fundador del Observatorio, que es una organización fundada por personas que veníamos de procesos de paz de los años noventa, de organizaciones de ex-combatientes y después también de gente del Estado.

Fue el primer observatorio para convertir nuestra experiencia en un espacio de reflexión. Después, con otra gente que no tenía ni la historia mía ni la historia nuestra, organizamos un grupo para trabajar en el tema de la pedagogía de paz. Es decir, cómo desarticular las violencias en la cotidianidad, cómo trabajar y fortalecer las prácticas de paz, transformar los conflictos pensando en que si no hay cambios culturales pues tampoco habrá paz duradera. No basta con firmar unos acuerdos, hay que cambiar también las mentalidades.

Una última pregunta, de todo lo que hizo el M-19, ¿qué fue lo más importante para usted?

Todo lo que hicimos en beneficio de dejar las armas y firmar la paz.



MARINA
GALLEGO
ZAPATA



Sin las mujeres, ¿qué paz van a construir?

Marina Gallego Zapata

Por María Fernanda Carrillo Carrillo / MFCC

Marina Gallego ha dedicado tres décadas de su vida a trabajar por la paz en Colombia; a una paz con enfoque de género. La motivaron las múltiples violencias que se han cometido históricamente en la guerra contra las mujeres, sin que fuera por muchos años un tema prioritario en las agendas mediáticas y gubernamentales.

Es abogada de la Universidad de Antioquia, magíster en Derechos Humanos, Derecho Internacional Humanitario y Cortes Internacionales. Es la fundadora y coordinadora de una de las organizaciones más importantes de mujeres en Colombia: el Movimiento Ruta Pacífica de las Mujeres. El poder del Movimiento es tal, que fue parte de las organizaciones que motivaron la primera Cumbre Nacional de Mujeres y Paz desde donde se impulsó que el Acuerdo de Paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) tuviera un enfoque de género. Marina ha coordinado la primera Comisión de la Verdad de Mujeres en el país y con su liderazgo ha movilizado alrededor de 100.000 mujeres a nivel nacional.

Nuestro primer encuentro fue desde la virtualidad, al ser parte del Comité de Seguimiento y Monitoreo del Informe Final de la Comisión Especial de la Verdad sus tiempos son cortos. Comenzó advirtiéndome que solo tenía 1 hora para hablar porque tenía una reunión importante. Me hablaba sin dudar y la memoria no le falla. Tampoco falla su firmeza feminista. “Sin las mujeres, ¿qué paz van a construir? Creo

que las mujeres aportamos una lógica distinta en la construcción de las comunidades”, me dijo, y sus palabras resonaron con la fuerza que la caracteriza.

MFCC: Quisiera devolverme en el tiempo, a sus años universitarios, usted estudió derecho, ¿en qué momento se cruza el trabajo por la paz?

R/: Yo estudié Derecho, pero luego me presenté a una convocatoria en una organización que se llama Mujeres que Crean, y quedé en 1990. Entonces ahí estuve trabajando violencia contra las mujeres, derechos de la mujer y se fue conjugando el tema de la paz a través de la misma organización. Entonces digamos que mi vinculación con la paz se acercó más porque la corporación asumió el tema de la paz como una apuesta de la institución.

MFCC: ¿Qué experiencias personales influyeron en su compromiso por la paz con enfoque de género?

R/: Cuando estaba en la corporación Mujeres que Crean, trabajábamos junto con otras organizaciones en Antioquia, dentro de unas alianzas, las violencias que se daban contra las mujeres. Al tiempo, se estaba dando el desplazamiento forzado, sobre todo en el occidente de Medellín, en la parte del Urabá antioqueño. Había como muchas situaciones de conflicto armado: los paramilitares, la guerrilla, la disputa militar, el ejército. Esto generó muchísimo desplazamiento en la población en general.

Esa situación empezamos a mirarla con un lente desde el que nos preguntábamos qué le pasaba a las mujeres en esos desplazamientos. Y fuimos comprobando que las mujeres salían con sus familias y estaban sometidas a una

enorme pobreza, la pérdida de todo, el cuidado de la familia, el cuidado de los adultos, el cuidado de niños y niñas. Esto nos dio un marco para decir que había que hacer algo.

Además, en ese tiempo, en la Gobernación de Antioquia nos reuníamos con la subsecretaria de la mujer para hablar de las violencias contra las mujeres en el departamento. Ella, en una de esas reuniones, dijo que en un corregimiento que se llama Pueblo Nuevo, las mujeres habían sido abusadas por distintos actores armados en un gran porcentaje, en un 80 %. Nosotras no confirmamos esta cifra, no teníamos cómo. Pero ese hecho nos llevó a organizar una movilización hacia Mutatá, en el Urabá antioqueño. Llamamos a otras organizaciones en el país y ellas se dispusieron a desarrollar la acción. Buscamos algunos recursos y pudimos movilizarnos finalmente en el año 96.



MFCC: ¿Tiene esa movilización algún impacto en su carrera por la paz?

R/: Fue muy importante porque nos juntamos más de 1.500 mujeres con mucho entusiasmo. Fue una movilización bastante sentida y bonita, porque estaba lleno de mucho de los simbolismos que las mujeres tenemos. Ahí concurrieron todos esos simbolismos frente a la guerra, frente a la no violencia, uniendo las violencias contra las mujeres con las violencias en el conflicto armado. Entonces creo que fue como muy bonito, tanto el antes, el durante y después, que resulta justamente en juntar la Ruta.

MFCC: La movilización de 1996 es la base de lo que conocemos hoy como Ruta Pacífica de las Mujeres, ¿cómo llega usted a liderar este proyecto por la paz?

R/: Éramos parte con varias organizaciones de la Ruta y a nivel nacional decidieron que Antioquia sería el núcleo inicial para poder jalonar esa propuesta nacional, entonces ahí nos juntamos varias organizaciones. En esa época yo era directora de Mujeres que Crean, entonces participaba más como directora y como fundadora individual. En ese sentido, empezamos a fortalecer la Ruta y luego ya eventualmente la persona que estaba un poco más al frente, una de las fundadoras decidió que se retiraba. Entonces empezamos a buscar quién podía liderar en ese momento y yo venía liderando, así que comencé como coordinadora nacional.

MFCC: ¿Cuáles fueron los retos más complejos que debió afrontar desde la coordinación de la Ruta Pacífica en la década del noventa y los primeros años del dos mil con la agudización del conflicto armado?

R/: Yo creo que siempre la seguridad ha sido un problema difícil para las organizaciones que trabajaban por la paz y los derechos humanos. En los 90 y los 2000 con la Seguridad Democrática fue difícil. Otro reto fue la masividad de las víctimas. Las décadas de las que hablamos fueron los años de más victimización: masacres, todo el despojo de tierras y desplazamiento forzado. Ahí se produjeron los mayores números de víctimas.

Hoy tenemos nueve millones y medio de víctimas en el país registradas en la Unidad de Víctimas, y creo que son más, porque hay mucho subregistro. Entonces, uno podría calcular que pueden ser el doble las víctimas en el país. De 50 millones de personas donde casi el 40 %, el 37 % es víctima, este es un país que tiene que preguntarse muchas cosas.

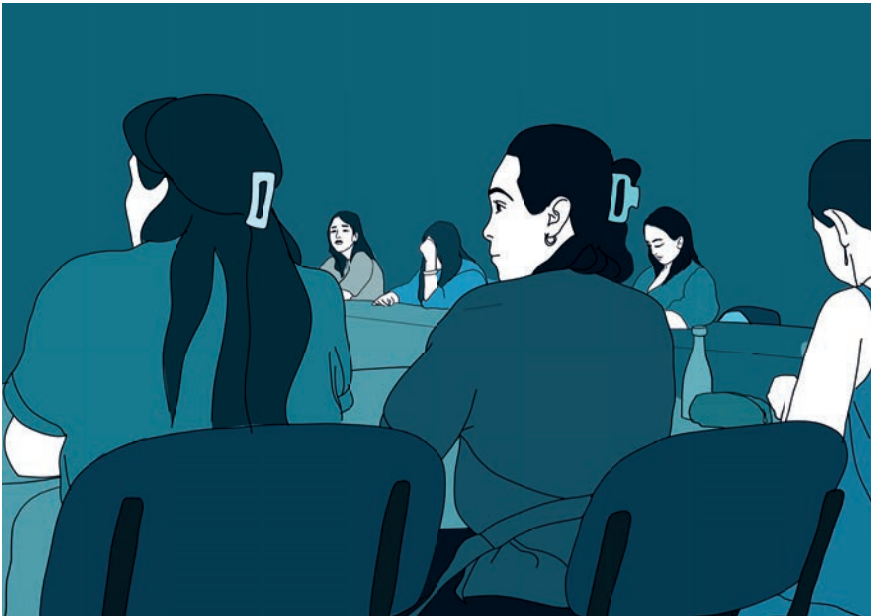
MFCC: En 2010 Ruta Pacífica desarrolla la iniciativa denominada Comisión de la Verdad de la Ruta Pacífica de Mujeres, en la que recogieron alrededor de mil relatos de mujeres víctimas del conflicto armado. ¿Esos relatos dan cuenta de las preguntas que debemos hacernos en el país?

R/: Al crear el Tribunal de Justicia y Paz en 2004 (creado durante el proceso de desmovilización con las Autodefensas Unidas de Colombia) hasta casi el 2007, las mujeres participaron en audiencias con paramilitares, pero ellas no encontraron la verdad. Los paramilitares decían que las personas que ellos habían matado eran guerrilleros. Entonces las mujeres se sintieron afectadas, porque muchos de sus familia-

res no eran guerrilleros: los paramilitares no los encontraron en un campamento de los insurgentes, no los habían matado en un combate.

Eso requiere mayor verdad. En términos de las de muchas personas desaparecidas, asesinadas, por ejemplo. También requiere respeto con las víctimas y eso no hubo en la Justicia y Paz. Entonces ellas planteaban que quizá haber estado en Justicia y Paz afectada mucho más su salud.

Hicimos una investigación de los impactos del conflicto armado en ellas y ahí salió que se habían sentido revictimizadas, que obtuvieron alguna verdad (en el Tribunal de Justicia y Paz) pero no toda. Y propusieron ellas mismas que sería muy importante que pudieran decir su verdad, no escuchar la voz de ellos (los armados), que eso es lo que quedó en Justicia y Paz. Sino que ellas, como víctimas, pudieran hablar de una verdad que no estaba completa. Ahí fue cuando decidió la Ruta Pacífica coger esta propuesta y llevarla a cabo.



MFCC: ¿Cuál es valor de ese proceso para la paz en Colombia?

R/: Nosotras lo que queríamos era recoger la subjetividad de las mujeres, por mínimo que sea, porque la guerra les desestructura la vida. Casi que todas las mujeres entrevistadas habían sufrido alrededor de seis hechos victimizantes. No era solamente que las desplazaban, no, había violencia sexual, había asesinato. Había muchas amenazas antes de que ellas salieran de sus territorios. Había hostigamientos, reclutamiento forzado, desaparición forzada, violencia sexual, por supuesto contra ellas, contra las hijas. Siempre había por lo menos seis hechos victimizantes por cada una, que es mucho.

Las documentadoras eran las mujeres de la Ruta, algunas víctimas. Nosotras no buscamos especialistas en hacer los testimonios ni nada de eso, lo trabajamos nosotras mismas. Eran círculos más de confianza. Teníamos que salvaguardar todo: la información, las personas, las víctimas, las documentadoras. Hasta que logramos en cada región documentar 100 testimonios y eso nos dio para los mil testimonios que recogimos.

MFCC: En 2012 el gobierno inicia las negociaciones de paz con las FARC-EP en La Habana. Al principio no había un espacio especial para las mujeres para comenzar la negociación, ¿por qué cree que desde un inicio no se contemplaron a las mujeres?

R/: Bueno, pues yo creo que los hombres creen que la paz es de ellos, ¿no? Así como la guerra fundamentalmente está dirigida por ellos, casi que un 90 %. Pues ellos también creen que es de ellos lo que negocian. No había una perspectiva de las víctimas. Lo que había que hacer era trabajar con la

sociedad civil, si sacaron a la sociedad civil, pues mucho menos iban a considerar a las mujeres como sujetas políticas. Yo creo que es la estructura patriarcal, la sociedad patriarcal lo cobija todo. Lo masculino es lo que prima en la sociedad y lo que se lo que se expresa.

MFCC: ¿Cómo fue esta lucha por entrar al diálogo de paz con las FARC-EP?

R/: En La Habana se empezaron a plantear unos foros para la participación de la sociedad civil, que eran los foros de los temas que ellos estaban negociando. Primero hicieron el agrario, ahí participamos, llevamos propuestas. Luego hicieron el foro participación política, hicimos lo mismo, como una manera de participar, porque no querían abrir la mesa a la sociedad civil más allá de eso. Y luego participamos en el foro de desarrollo alternativo de las drogas ilícitas.

Ellos sacaron esos acuerdos relativamente rápido. Tenían una estructura de acuerdo importante, pero ahí no estábamos las mujeres. O, mejor, aparecían como las madres, como las gestantes, las lactantes y de pronto por ahí mencionaron a las mujeres cabeza de familia y campesinas. Entonces, nosotras dijimos no, esto es una alerta grandísima, esto no fueron los aportes que hicimos en los foros.

MFCC: Claro, una visión patriarcal de las mujeres. ¿Qué hicieron entonces para salvar el acuerdo de esa perspectiva?

R/: La Ruta hizo una reunión con el Alto Comisionado que era Sergio Jaramillo. Llevamos la Comisión de la Verdad de la Ruta Pacífica de Mujeres, ya estaban los libros, ya teníamos todo. Ese era un testimonio de lo que les había pasado a las mujeres. Las mujeres tenemos derecho a los beneficios de la Paz, los tres puntos que habían acordado no tenían esto.

La foto que sacaron en todos los medios de comunicación eran 20 hombres.

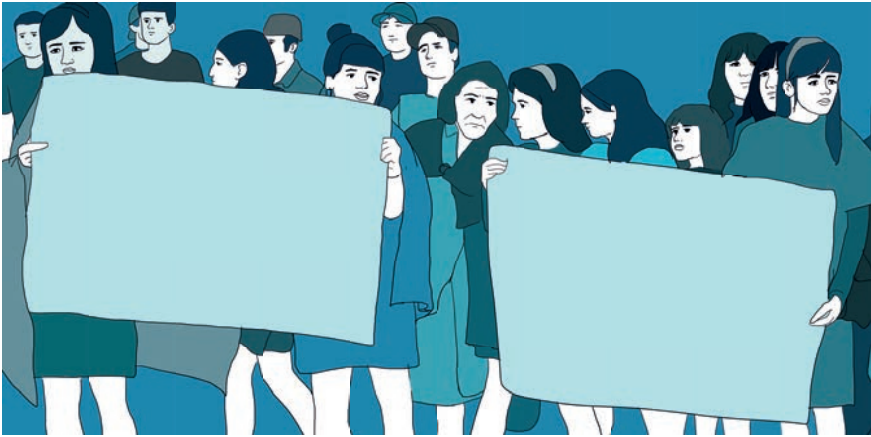
Yo creo que a él eso le llegó como algo importante, y dijo “me comprometo que el gobierno debe jalonar que las mujeres participen”. Nosotras les dijimos que, con la participación de las mujeres en las mesas, las mesas ganan, ganan así sean de un lado u otro y creo que eso también le llamó la atención. Entonces nos propuso hacer un evento así, grande, con las mujeres diversas. Aseguraba que eso tendría impacto y así lo hicimos.



MFCC: ¿Ahí nace la Cumbre Nacional de Mujeres?

R/: Hicimos la Cumbre Nacional de Mujeres, a la que fueron más de 600 mujeres de todas partes. Deportistas, empresarias, tratamos de que fuera algo más allá de lo de siempre. Y entonces mandamos las conclusiones, y creo que todo eso dio para que ellos movieran el tema. Más adelante el Gobierno creó una Comisión de Género. Luego nos llamaron a que pusieramos nuestros puntos en los acuerdos que estaban negociando. Justo estaban en el de víctimas, pero hicimos

una interlocución con ellos sobre dónde debían estar en ese texto toda la inclusión del enfoque de los derechos de las mujeres y de género. Así se fue tejiendo el proceso para que saliera las 100 medidas que incorporan perspectiva de género y la protección de derechos de las mujeres que tiene el Acuerdo de Paz¹⁶.



MFCC: Menciona algo muy importante que es la Comisión de Género. ¿Esa Comisión qué tan receptiva fue con la propuesta que ustedes llevaban?

R/: Habíamos hecho 7.000 propuestas de las mujeres de la Cumbre. Más otras propuestas que llevamos a La Habana. Nosotros llevamos una propuesta de elaboración de los tres puntos que ellos ya habían acordados, o sea, lo que dijimos fue “proponemos que se adicione esto, que se transforme esta redacción”. Y ellos tenían que hacer todo ese trabajo que era bastante. Yo creo que se acogieron entre un 80 % y 90 % de las propuestas que hicimos a los puntos ya acordados.

16. En el 2018, la Instancia Especial de Mujeres, con el respaldo de un acompañamiento internacional conformado por ONU Mujeres, la Representante del Secretario General para la Violencia Sexual en el Conflicto, la Federación Democrática Internacional de Mujeres y la Embajada de Suecia, elaboró un documento que inclusión de 100 medidas para implementar el Acuerdo de Paz con una perspectiva de género.

MFCC: ¿Qué papel ha desempeñado después del Acuerdo en el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición?

R/: Una vez se dio el Acuerdo había que hacer muchas cosas. Número uno, incidir en el *fast track*, o sea, incidir en esa aprobación del Acuerdo de Paz en el Congreso. Había que incidir en lo que iba a aprobar el Congreso para que tuviera esa perspectiva de género, porque podía quedarse en el Acuerdo, pero no en el acto legislativo. Eso fue una lucha. No fue tan sencillo. Entonces tuvimos que reunirnos con las abogadas, hacer incidencia en el Congreso, llevar allá las propuestas y lo logramos.

De otro lado, en la JEP (Justicia Especial para la Paz) tenían que quedar mujeres. Entonces incidimos en el grupo de escogencia para que la mitad de las magistradas y la mitad de las comisionadas fueran mujeres. Y a la vez presentamos el nombre de Marina Monzón para la Unidad de Víctimas de desaparecidos. El Comité de escogencia decidió. Esa propuesta quedó ahí porque la mitad fueron mujeres de todas las instancias del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición.

Y frente a la Comisión de la Verdad presentamos nuestra propuesta de metodología. Como habíamos hecho la Comisión de la Verdad de la Ruta Pacífica de las Mujeres, de la que hablamos atrás, entonces mandamos nuestra propuesta, y la Comisión decidió su metodología que tiene muchos elementos de lo que nosotras les propusimos.

La Comisión tenían una meta de testimonios alta. Nosotros les propusimos ayudar con su metodología por el acceso a los territorios. Es más fácil que las mujeres nos den a nosotros testimonios a que desde la Comisión fueran algunas

personas contratadas externas del territorio, que no conocían el territorio, la gente, la confianza. Eso tiene muchos factores que hay que tener en cuenta. Entonces, por eso acompañamos ese proceso.

MFCC: ¿Cuál es la gran lección que le ha dejado trabajar por la paz con un enfoque de género?

R/: Sin las mujeres, ¿qué paz van a construir? Yo creo que las mujeres ponemos una lógica distinta en la construcción de las comunidades, en el cuidado, en el tejido social que construimos donde vivimos o con quien estamos. Entonces quizás esa asignación cultural que nos han dado puede ser muy favorable a la paz, a la pacificación de los territorios. Las mujeres en general no quieren estar gobernadas por las armas, se siente muy inseguras, sienten que donde hay armas ellas sufren por los hijos, por ellas, por la inseguridad.

Lo otro es que las mujeres estamos muy organizadas, y la organización genera dinámicas muy importantes y cambia realmente los territorios. Tenemos una función muy importante en la educación de los hijos e hijas entonces creo que si hay mujeres más organizadas, más conscientes, hay paz. Yo sí creo que la sostenibilidad del Acuerdo está en manos de las mujeres.



LUZ
AMPARO
SÁNCHEZ



El miedo penetra tanto en los cuerpos, que incluso impide que la gente se relacione tranquilamente.

Luz Amparo Sánchez

Por Jefferson Ramírez / JR

Luz Amparo no puede sacar de su cabeza varias imágenes de la Comuna 13¹⁷, en Medellín. La primera vez que la contempló fue en un atardecer. El sol cayendo sobre las casas y formando tonos rojos resultó ser un paisaje del que quería ser parte. Años después, el 2002, el paisaje de diluyo y surgieron imágenes de miedo, muerte y dolor. “Una familia huyendo. Adelante va un niño y van con unos rostros de tanto terror. Ellos van corriendo, lo que me hace pensar que están huyendo de algo. Esa es una imagen. La otra imagen es la de montones de militares y de personas metidas en sus casas, por esos movimientos, por esa velocidad. De pronto se mueven, de pronto están quietos”, relata.

La Operación Orión ocurrió en San Javier, Comuna 13, entre el 16 y 19 de octubre de 2002, cuando el presidente de Colombia era Álvaro Uribe Vélez. La operación militar fue ejecutada por tropas de la cuarta brigada que eran comandadas por el general Mario Montoya. Cerca de mil hombres ingresaron a la comuna, entre los que se encontraban paramilitares del Bloque Cacique Nutibara. Los datos de personas asesinadas varían entre 80 y 150 personas.

Luz Amparo mantiene intactos esos recuerdos. Los reconstruyó a través de testimonios y lo que pudo ver por televi-

17. La Comuna 13 de Medellín, conformada por 19 barrios, ha sido marcada por migraciones, exclusión y desplazamiento forzado. Según el Centro de Memoria Histórica, la falta de presencia estatal facilitó su control por actores armados, clave para sus operaciones. (CNRR, 2011).

sión. Su trabajo por los derechos humanos y en la Comuna 13 ha marcado gran parte de su vida. Es una mujer que trabaja en terreno y conoce muy bien las comunidades. Por eso sabe de la vulnerabilidad de quienes habitan la Comuna 13 y cómo una guerra como la que se vivió allí dejó secuelas más allá de las físicas o las que pueden registrarse de forma oficial.

Ha tenido que soportar el dolor de las injusticias. Presenció cómo jóvenes que vivieron la Operación Orión empezaron a trabajar por la paz. Luego, empezaron a asesinarlos. Fue un momento de mucho dolor que la atravesó como si la hubieran “juntado el pecho con la espalda”. Aun con ese dolor auestas, mantiene la esperanza en la juventud. Hoy su corazón sigue con la Comuna 13, con la fe y los cantos de tantos jóvenes que creen en la no violencia.

JR: ¿Cómo comienza usted a trabajar los temas de memoria social?

R/: Soy antropóloga de la Universidad de Antioquia. Desde un principio sentí mucho interés en trabajar en los conflictos de la memoria, así que rápidamente me incliné por esa temática. Lo hacía desde los barrios de la ciudad de Medellín, en memoria cultural, pero también lo estoy haciendo desde la Corporación Región donde vengo trabajando en el acompañamiento de diferentes colectivos por el derecho a la ciudad y al territorio. He acompañado procesos con víctimas, tanto en términos de investigación como de trabajo de formación de víctimas para que también sean mediadores de sus procesos.

JR: ¿Cuál es la primera vez que usted se enfrenta a la realidad del conflicto armado?

R/: La primera vez fue cuando hice precisamente el trabajo sobre memoria a mediados de la década de los 90. Cuando llegué a la Comuna 13 me invitó el Grupo Social, antes Fundación Social, a emprender ese proyecto. Se trató de un trabajo para reconocer lo que había sido la conformación de estos barrios.

Una cosa muy interesante que alguien me enseñó sobre la Comuna 13 es que estos barrios semejan la figura de una mano abierta; si uno observa la palma de la mano derecha, es el centro; la base de la mano es El Salado; uno de los dedos es Conquistadores; el otro es Independencias I, II y III; y esto se llama Juan XXIII. Era importante ver que la Comuna 13 tiene una base, pero cada dedo era como una gran pendiente. Entonces, cada una de esas pendientes al situarse a diferentes alturas topográficas evidencia problemas de comunicación entre uno y otro sector. Así es que cuando yo me ubico en Independencias I, II o III uno no puede, necesariamente, conectarse con las personas de El Salado o con la de otros sectores y esto va a explicar, en parte, las relaciones entre ellos porque, al final de cuentas, las interacciones entre los vecinos venían condicionadas de antemano por los obstáculos de la topografía. El Estado desconoció esta parte reiteradamente y fue mucho más tarde, por una intervención que hubo de una entidad que se llamó el PRIMET, que entendió que era importante fomentar las articulaciones.

Cuando yo llego a mediados de la década de los 90, me doy cuenta rápidamente de que allí hay una presencia miliciana muy fuerte. Prácticamente, una presencia total, mientras que el Estado está totalmente ausente. Esta es la primera vez que entiendo que hay un actor armado, y que como tal

demuestra un peso decisivo allí. Que no es legal, pero que realmente logra establecer un orden, una vida cotidiana y un discurrir en esta comunidad.



JR: ¿Cómo conectó usted la investigación antropológica urbana con la investigación del conflicto armado, también urbano?

R/: Bueno, pues realmente creo que la conexión en parte fue una decisión y en parte fue el destino. Yo llegué a la Comuna 13 a mediados de los noventa con la Fundación Social a hacer un trabajo sobre memoria. Más tarde, ingresé a la Corporación Región. Esta organización, que ha estado trabajando con las víctimas, en un momento dado se le ofrece la oportunidad de preparar el estudio y de acercarse a la conflictividad de la comuna, pero en el equipo de investigadores faltaban personas que conocieran en profundidad la complejidad del sector. Ya sabíamos que una condición para trabajar allí era tener conocimientos precisos sobre esta comunidad, de su población, de su historia, entonces me hicieron la propuesta.

JR: ¿Por qué investigar la Comuna 13?

R/: Varias cosas. La primera, darme cuenta de que la Comuna 13 era un sector invisible. Cuando yo iba al principio y decía que iba a la Comuna 13, nadie sabía dónde quedaba. A mí me parece que, y lo digo desde lo profundo y me duele, que muchas áreas de la ciudad se hicieron visibles por causa de la guerra. Nadie conoció a la Comuna 13 porque allí trabajaban grandes alfareros, nadie conoció a la comuna porque en la parte alta, en la loma, convivía la Orquesta Pan y Agua que fue tan importante. No, se conoció fue por la guerra. Las primeras imágenes en los medios de comunicación mostraron la confrontación de los paramilitares contra los milicianos que estaban allí. Eso llevó a la comuna a encabezar las primeras planas de la prensa, eso llevó a que la televisión la enfocara en primer plano. Entonces, de pronto surgió en el mapa la Comuna 13.

Aquí es importante ver la Comuna 13 no solamente por el conflicto armado. En esos diarios y en el trabajo de campo me di cuenta que la comuna tiene una tradición cerámica propia, estilizada, artística y también utilitaria, una tradición muy grande de alfareros. Los suelos de la comuna tenían una particularidad por las arcillas. Era una arcilla tan pura que casi ni tenían que aplicar desengrasantes para lograr los buenos acabados de las piezas. San Michel (sector en la comuna), que después sufre muchísimo con el conflicto armado, tenía los mejores suelos, pero luego, cuando construyen esa urbanización estos suelos se pierden.

Entonces, claro, yo me di de cuenta de que era necesario develar toda la riqueza humana, social, histórica, cultural, y no únicamente el asunto de la guerra. Me comprometí el doble, porque yo ya conocía cómo había sido poblada.



JR: ¿Cómo era su vida antes de la Operación Orión?

R/: Yo en ese tiempo ya conocía y había escrito sobre la Comuna 13. Ya estaba haciendo investigación en la Corporación Región. Allí habíamos trabajado, hasta el año 2002, en una investigación sobre el miedo. Una comparativa entre Medellín, San Juan de Puerto Rico y Guadalajara de México. Y estábamos elaborando otras investigaciones con víctimas sobre desplazamiento intraurbano.

Las imágenes de la Comuna 13 por los desplazamientos migratorios eran impresionantes. Incluso, recuerdo que la prensa publicó un título que decía: “Éxodo urbano”. “Éxodo” es una palabra muy fuerte, pero “urbano” lo era mucho más porque hasta entonces, en nuestro imaginario, la guerra estaba ocurriendo solo en el campo, en las montañas y jamás en las ciudades.

En el mismo año, antes de la de Orión¹⁸, ocurrieron otras operaciones en los meses de febrero, en marzo, en mayo... En mayo fue muy fuerte la Operación Mariscal¹⁹. Ahí vemos que las personas salen huyendo con lo que tenían en sus manos o con lo primero que lograron agarrar de sus casas. Para mí, en particular, la más dura fue la del 29 de junio de 2002. Las personas cuentan que meses antes había un rumor que venía sonando en el aire: “habrá un sábado negro y un domingo de lágrimas”. Eso era como una amenaza. Cuando hay un ambiente de tensión, de miedo, esos rumores empiezan a integrarse en un ambiente de terror. Para las personas, los vecinos, es como si esa premonición se estuviera cumpliendo de verdad. En ese mes, junio, los paramilitares llegan por la parte alta, como si vinieran de la montaña para tomar posesión de El Salado. Y allí lo que hacen es que, como a las diez de la noche, según los relatos, cortan la energía; luego empieza un tiroteo donde, efectivamente, asesinan a uno de los vecinos y comienzan a encender fuego a las viviendas. Entonces, las personas empiezan a huir en medio del terror. Esto ya anunciaba las cosas muy fuertes que iban a acontecer en ese 2002.

Es la Defensoría del Pueblo la que empieza a decir que allí hay un desplazamiento, pero a las personas no las reconocen como desplazadas, porque, hasta ese momento, el desplazamiento solo se concibe como paso de frontera o de lo rural a lo urbano o de un departamento a otro. Y aquí nos encontrábamos en el interior de la misma Comuna 13.

18. La Operación Orión, la mayor acción militar urbana en Colombia, inició el 16 de octubre de 2002 y se prolongó por meses. Según la Comisión de la Verdad, incluyó detenciones arbitrarias, desapariciones y colaboración paramilitar.

19. La Operación Mariscal fue una de las doce acciones militares lanzadas en 2002 contra insurgentes en la Comuna 13. Inició el 21 de mayo con un amplio despliegue de la Fuerza Pública. Cada año, la comunidad la recuerda con una marcha de pañuelos blancos en honor a las víctimas. (Corredor Rodríguez).

Esas imágenes son muy impactantes porque estamos hablando de alrededor de 450 personas que huyen y que llegan al liceo La Independencia. Luego, vamos a observar otras imágenes de una confrontación, porque esta fue la primera llegada declarada, fuerte y armada de las AUC. ¿Qué pretenden? Llegar allí y expulsar. Se decía que había una presencia muy fuerte de milicianos²⁰ en esa parte de El Salado.



JR: ¿Cómo recuerda el día que inició la Operación Orión?

R/: Lo recuerdo muy bien. Yo estaba en la oficina, cuidaba a un compañero muy cercano a nosotros en Corporación Región. Él vivía en San Michel, que queda en la Comuna 13. Él nos empezó a contar cómo se hicieron frecuentes los tiroteos y que las personas allí ya se estaban acostumbrando a eso y a las confrontaciones, las cuales duraban alrededor de una hora. Pero que, en este caso, había durado toda la noche y toda la mañana, e iba medio día y seguía el tiroteo.

20. Las milicias en Medellín surgieron en los años ochenta como grupos híbridos entre el crimen y la política. Se legitimaron controlando delitos y abusos de la Fuerza Pública, aunque su capacidad homicida fue subestimada. (Giraldo Ramírez, y Mesa Mejía, 2013).

O sea, aquí estábamos ante algo muy distinto porque prácticamente San Michel se estaba desocupando. La gente tenía tanto temor que había empezado a abandonar el barrio.

Ese día salgo de la oficina y me allego hasta Versailles, una cafetería que solía frecuentar, y allí me encuentro con dos trabajadores que son meseros. Uno de ellos me cuenta cómo tuvo que salir en medio de la balacera. Me cuenta que había un campo, un emplazamiento para las operaciones de la Fuerza Pública, cerca de la unidad intermedia. Y que había como una especie de cordón que estaba rodeando a la Comuna 13. Que el transporte ya no era el mismo. Había muchos barrios en los que eso impedía el libre desplazamiento. Al otro día, él me dice que ya hay desabastecimiento porque ya no pueden subir los carros. Que los enfermos ya no pueden salir del hospital y llegar en carro hasta la Comuna 13 porque hay un cordón. Precisamente, ese cordón que ubican allí en la unidad intermedia que es el lugar de entrada para ascender a la comuna, pues es un lugar de control para la Fuerza Pública.

JR: ¿Tuvo contacto con personas de la Comuna que había conocido?

R/: Yo estoy en la vida cotidiana como entre la oficina y este lugar. Empiezan muchas personas que están en la Comuna 13 a contarme cómo todo ha cambiado y, sobre todo, me narran lo que sucedió en la noche. Las personas, en el horror de la noche, se escondían juntas porque les daba miedo que las balas las hirieran. Se metían a los baños, se acostaban en el piso, bajaban los colchones para que fueran como su protección, se los ponían encima. Es como una noche de terror. Las personas dicen que duró tres días. Llegaron las tanquetas y llegaron muchos hombres uniformados. Eso fue lo que marcó el cambio total.

Eso está hablando de otra magnitud. Está hablando de otra cosa. Estamos hablando de algo muy impresionante. Sin embargo, parecía que la ciudad no se enteraba o que no se quería enterar. Como que ese era un problema de allá, de la Comuna 13, pero la ciudad completa no se conmovió. Esto me parecía un contraste bastante impresionante.

JR: ¿Qué recuerdos evoca de la Operación Orión?

R/: Yo sé que en la Comuna 13 hay demasiadas viviendas. Una pegada de otra. Me impresionaba mucho porque yo sabía que, cualquier cosa, la población era muy vulnerable. ¿Cómo uno se puede pensar semejante guerra cuando hay tantas personas de por medio? Personas que van a trabajar, que suben, que bajan o que están en esos montones de viviendas.

Hay otra secuencia que es la del helicóptero. Yo ya no puedo casi diferenciar si fue la imagen que me hice en ese momento o la que me contaron tantas personas a las que yo entrevisté. Esa imagen es como aquel objeto supremo que destruye y ante el cual hay como una imposibilidad, una indefensión, es impotencia total. Aquello de la noche, el ruido del helicóptero, la iluminación roja, los tiroteos. Para mí esa fue una imagen de poder absoluto para reducir. Incluso, a muchas personas les ha quedado un daño. Esto les afectó emocionalmente por el resto de sus vidas.

El exceso, el desbordamiento en personas, militares, tanquetas, el helicóptero. Es, efectivamente, el mundo de la guerra. Yo no me lo podía imaginar. Lo estoy viendo por televisión, después me lo narran. Esto no era charlando. Eran armas muy poderosas. proyectiles que atravesaban, y allí teníamos ranchos. Era como el todo, el poder absoluto contra la indefensión de las personas. A mí eso me atravesó el cuerpo.

JR: ¿Por qué se da la Operación Orión?

R/: Ya se habían dado operaciones anteriores, pero el argumento para esta operación tiene que ver con el relato del señor Luis Pérez Gutiérrez, alcalde de Medellín en la época. Él iba a la Comuna 13 a hacer la inauguración de una obra y el carro en el que iba fue impactado. Inmediatamente llama a Uribe y le dice que eso no puede volver a ocurrir. Su planteamiento es que todos los lugares tienen que ser controlados. No puede existir ningún lugar vedado para la autoridad. Entonces pide que haya una intervención nacional. Y lo que articulan finalmente es un acuerdo para decir “vamos a recuperar este territorio”.

Y si esto lo miramos de cara a la Comuna 13, realmente, y como yo digo, en el origen de los barrios Independencias I, II y III, es ausencia total de las garantías ciudadanas y de los derechos civiles. A la gente le dijeron defiéndase como pueda. Después, el orden lo impusieron los milicianos. Luego, se da la presencia del Estado.

Esos son los argumentos que cobran fuerza. Ese es el motivo. Esa es una parte. La otra es que el Estado no recupera el territorio. Hay una situación muy grave y es que muchas personas que fueron entrevistadas... Un hecho después reconocido por las propias jefaturas paramilitares..., explicaron que no solamente se sacan a los milicianos, sino que se establece un nuevo poder. Allí se van a enseñorear los paramilitares. Durante la Operación Orión se constata y fue reconocido por ellos mismos. Lo hicieron conjuntamente. O sea, las fuerzas del Estado con los paramilitares van por esa retoma de la Comuna 13.

JR: ¿Paramilitares del Bloque Metro o Cacique Nutibara?

R/: Cacique Nutibara. Particularmente alias “Don Berna”. Él reconoce en declaraciones que esto fue planificado y ejecutado conjuntamente. La operación fue el 16 de octubre, pero vamos a encontrarnos con que no estuvo ocurriendo durante un día solo. Las personas hablan de 48 horas. Pero hablan de un post. Post Operación Orión. Viene un periodo de desapariciones. Entonces encontramos desapariciones el 25 de octubre, en noviembre, en diciembre. Las personas le dicen mucho a uno:

—Mire, después de la Operación Orión, a las personas se las llevaban.

Eran desapariciones forzadas. Incluso, en la parte alta de la Comuna 13 viene todo ese capítulo, que ya había iniciado, pero que iba a ser más fuerte: la Escombrera, la Arenera (fosas comunes). Donde se va a ajusticiar, donde se va a enterrar, donde van a ocultar a las personas que son desaparecidas, como fue reconocido por Don Berna (paramilitar) y por otros.

No hay solamente lo que se llama “matar”, sino rematar, y mandar el mensaje. O sea, hacer público que pueden eliminar personas. Que recurren a fórmulas como, por ejemplo, una que a mí no me gustaría decir... porque casi que cuando uno la dice es como si le diera audiencia... Hay relatos que hablan de desmembramientos de cuerpos y luego de exposición en las calles. Así les mandaban mensajes a los que llamaban “care trapos”, que eran los milicianos.

Esa es una dimensión del terror. Lo mismo que el rumor. Yo creo que uno tendría que pensar que ese es un momento muy duro, de mucho sufrimiento para la población, en la que la población joven es la que más va a sufrir... donde hay un máximo de control.

JR: Después de la Operación Orión, ¿cuándo vuelve usted a caminar por la Comuna y con qué se encuentra?

R/: Volví en el año 2003 cuando aconteció algo impresionante. Posterior a Orión, el primer año, el segundo año, fue como el silencio total. Hubo mucho miedo. Pero hubo un concierto: “Revolución sin muertos”. Para mí esto fue tan emocionante y tan impresionante. Era volver a ocupar la cancha, encontrarse todos a partir de la música. Un concierto en la cancha de El Salado, lugar de tanta muerte. Por supuesto que, por mi amor por la Comuna 13, pues allí estuve. Me encontré con personas de la universidad. Yo quería llorar porque sencillamente era aquello de que “la vida le gana a la muerte”. Aquello de que “queremos ganar la Comuna 13”, pero no por las armas, sino por el canto. Entonces, aquellas voces y aquel concierto fue como mirar de nuevo a unos héroes de la vida. Eso fue muy contundente para mí. Se siguió programando el concierto año tras año. Además, empezó a crecer y a recibir a visitantes extranjeros. Terminó volviéndose un concierto internacional.

Después vinieron las semanas de memoria. Precisamente, empiezan a organizarse las semanas de la memoria en octubre. Las personas dicen: “No solamente vamos a hacer memoria por Orión, sino porque ese fue un año de mucho dolor. Fueron muchas operaciones militares”.

Cuando por primera vez me entrevisto con personas con motivo de los desplazamientos, estamos hablando del 2007, encuentro un miedo tan extremo en ellas que hasta me han puesto una condición. Esta condición me pareció impresionante: “Sí le damos la entrevista, pero usted no diga que ya pasó. Tiene que decir que siguen pasando (las desapariciones)”.

Una noche, unas personas me confesaron algo. Me dijeron que habían dudado mucho en ir con nosotros a ese encuentro. Ellos imaginaban que realmente había podido ser una trampa y que nosotros nos los íbamos a llevar y que, a lo mejor, los íbamos a secuestrar, a matar o que les íbamos a hacer algo. Ellos imaginaban algo como lo que les había pasado en la Comuna 13, que les íbamos a hacer lo mismo. Y que ellos incluso les habían dicho a sus familiares: “Miren, a nosotros nos invitaron... y es esta persona quien nos invita... y vamos a tal parte”.

Es decir, es esa la dimensión del miedo. Aquí hay un asunto entre lo visible, lo tangible y lo no tangible. Para los medios de comunicación, para todos, el horror, la sangre, gritos, ¿cierto? Eso es palpable. Pero esta otra dimensión del miedo que queda en el cuerpo, en el sentimiento y que se recrudece o se reactiva, por ejemplo, cuando ellos oyen un helicóptero o cuando escuchan un disparo, se reactiva en su cuerpo el miedo; o cuando vuelven a estar en una situación que no es del todo clara y confiable. Entonces vuelve esa imagen, ese monstruo de “me puede pasar otra vez” o “me puede pasar como les pasó a otros que cayeron en una trampa, que los desaparecieron”.

Esto dejó una huella. Ya después, varias personas me contaron que estuvieron medicadas. Personas a las que, después de esas experiencias y de ese miedo, se les aceleraron sus enfermedades. Que hubo daños psicosociales. Una serie de daños que son casi intangibles o que van más allá del grito, pero que son muy profundos.

JR: ¿Qué es eso que quisiera que no se repitiera?

R/: Lo que nunca más quisiera es que se eliminaran a los jóvenes que en medio de Orión tomaron consciencia del nun-

ca más la violencia. Eso es el colmo. Eso ya es insistir en matar la vida. A mí eso me duele y me dolió profundamente.

JR: ¿Alguna vez la han amenazado por su trabajo?

R/: Sí. A ver, eso yo tiendo a olvidarlo. Claro, uno a veces pone en el olvido lo que no le gusta. Además, es la primera vez que lo voy a contar así... alguna vez iba en un transporte público. Alguien se sienta al lado y me dice:

—Yo sé que hay una investigación sobre El Salado. Me dicen que es una persona que está muy enterada. Que tiene todo el conocimiento sobre esas investigaciones y de lo contra-productores que pueden ser esas investigaciones.

Yo estoy sentada en este vehículo, en la parte de atrás. El señor está al lado y yo... pues... yo tengo mucho miedo. En estas circunstancias lo que hago es bajarme muy pronto. Me bajo en un lugar que considero me puedo encontrar relativamente segura. Por allí me escondo. Por allí me voy. Y ahí termina.

JR: De la investigación relacionada con la Operación Orión, ¿qué experiencia es la que más la marca?

R/: A mí lo que más me marcó fue encontrarme, años después, con personas que siguen sintiendo tanto miedo. Realmente es que el miedo penetra tanto en los cuerpos que incluso impide que la gente se relacione con tranquilidad y confianza.

Sostuve una conversación, un intercambio, con una investigadora que estaba en Canadá. Me contó que desde la medicina, porque ella trabaja sobre todo la medicina china, había encontrado que algunas de las víctimas de Colombia, que no solo habían vivido Operación Orión, sino la guerra

en este país, tenían problemas para nombrarlo, tenían problemas de garganta y que también otras personas habían muerto de pena moral.

Entender estas dimensiones de la muerte por las pérdidas es algo muy fuerte. Yo sé que en la Comuna 13 hay muchas madres que hablan de sus hijos que fueron desaparecidos, que están muy vinculados a Orión y a post Orión. Pienso en ellas tal vez por una afectación muy fuerte de orden moral, de sufrimiento y que eso tiene mucho que ver con sus cuerpos.



JR: ¿Cuál es el rol que cumple la mujer? En ese contexto de Orión y las madres.

R/: Yo lo voy a narrar en diferentes periodos de la Comuna 13. A la llegada y al poblamiento, en esas condiciones tan difíciles, fueron las mujeres las encargadas del rancho, de levantar a sus hijos. Luego ellas se encargaron de formalizar unos comités para que la vida no fuese de un sufrimiento individual, sino de un tejido colectivo. Yo creo que en particular AMI, la Asociación de Mujeres de las Independencias, sigue

allí como faro. Yo creo que hoy son las madres, las mujeres, quienes se hacen cargo; primero, de que esto no quede en el olvido; segundo, son ellas las que siguen clamando por la verdad y la justicia.

Tengo que reconocer, por ejemplo, a la comunidad religiosa de la madre Laura, sobre todo algunas que desde ese rol de mujeres religiosas le han apostado a acompañar en el dolor, a acompañar en la búsqueda de la verdad. Entonces, me parece que sí hay una continuidad para sobreponerse, mantener la memoria y trabajar por la verdad. A mí me parece que eso es muy significativo. Muchos de los hombres se fueron. Por lo general, víctimas de la guerra. Y las mujeres que han quedado han asumido una responsabilidad muy grande, acrisolaron ese dolor y le han dado una dimensión política.



DIANA
SÁNCHEZ
LARA



Tan pronto subió Duque, que detrás está Uribe, volvió otra vez esa cúpula militar que es amiga de toda la guerra sucia.

Diana Sánchez Lara

Por María Camila Paladines / MCP

Diana nunca tiene tiempo para hacer las cosas que le gustan, que no están en función de los demás. Leer literatura, poesía o ver una buena película se sale de su agenda diaria, porque el espíritu de lucha contra las injusticias está primero, por eso siempre se le ve apoyando labores comunitarias. Enamorada de sus dos hijos y de su compañero de vida, imagina detener todo y retirarse, dedicar su tiempo a la contemplación. A sus 55 años, esa idea todavía está aplazada, porque su esencia política y de defensa de los derechos humanos sigue siendo la guía para cumplir con el propósito de ayudar a quienes no pueden alzar su voz.

Fue directora de la Asociación para la Promoción Social Alternativa Minga, coordinadora del Programa Somos Defensores, así como vocera política de la Coordinación Colombia-Europa-Estados Unidos (CCEEU). Al cierre de la edición de este libro, encabezaba la Dirección de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario del Ministerio de Defensa bajo el gobierno de Gustavo Petro.

Al verla, la familiaridad impregna el ambiente. Es como hablar con alguien muy cercano que ha tenido que lidiar con lo más crudo del conflicto armado en Colombia. Su cabeza, que funciona a mil por segundo, la hace muy elocuente.

Por momentos, pareciera que tomara el rol de periodista, su carrera de base, y se preguntara a sí misma sobre lo que necesita contar.

Su voz aguda no deja entrever que durante mucho tiempo le costó confiar en sí misma y atreverse a hablar pese al mundo machista en el que creció y que luego enfrentó en su vida laboral. Con firmeza habla de los asesinatos extrajudiciales, nombrados popularmente como falsos positivos, porque fue una de las primeras mujeres que enfrentó el fenómeno. Sin tapujos, cuenta la dureza de la guerra y la responsabilidad del Estado en ella. Me dio la entrevista un día gris, en una vieja oficina, en la calle 19 con carrera cuarta en Bogotá, cuando aún lideraba la Minga.

MCP: ¿Vale la pena arriesgar la vida para defender los derechos humanos en Colombia?

R/: Siempre valdrá la pena, siempre y cuando uno tenga en su ADN la firme convicción de que las injusticias no pueden existir. O por lo menos, no esas injusticias tan marcadas, con tanta inequidad, con tanto desequilibrio. Mientras unas élites económicas y políticas no saben qué hacer con la plata, otros seres humanos se mueren en la pobreza, en la miseria.

Llegó un momento en el que había tanta violencia en el país, violaciones, una Fuerza Pública completamente corrompida, totalmente criminal, acabando con los movimientos políticos y sociales, asesinando sindicalistas y estudiantes que, si bien podían tener alguna identidad, relación política con las insurgencias, no daba para que los mataran de esa manera.

En lo que estoy estudiando (maestría en derechos humanos) veíamos las 19 sentencias que han salido de la Corte

Interamericana de Derechos Humanos. Diecinueve sentencias, todas diferentes, condenando al Estado colombiano porque ha sido el perpetrador de la violencia de modo directo o a través de terceros, como los paramilitares.

MCP: Sé que conoce de cerca el problema de las ejecuciones extrajudiciales, ¿cómo fue su primer contacto con este complejo fenómeno de la violencia?



R/: Eso tiene que ver con el Catatumbo, porque nosotros (en Minga) veníamos de enfrentar un periodo de posdesmovilización paramilitar. El Catatumbo fue una región totalmente sometida por el paramilitarismo y el Ejército. La guerrilla fue completamente arrinconada. La guerrilla también ha cometido atrocidades, pero lo que hizo el paramilitarismo y la Fuerza Pública fue bárbaro.

En 2005 los paramilitares, aunque se supone que se había desmovilizado, tenían presencia en el Catatumbo (subregión de Norte de Santander). Sin embargo, como eran tan-

tos hombres y tenían tan cercado el municipio, cuando entregaron las armas se sintió un poco el alivio, y eso permitió hacer un trabajo muy interesante. Pero como a mediados de 2006, luego de la desmovilización, el Ejército hizo una reestructuración que abarcó el nororiente del país, entonces hubo cambios de brigada. Por ello, se mega militarizó otra vez la región con el argumento que había que ocupar los espacios que había dejado el paramilitarismo.

Allá, la gente es muy seria, y nosotros dejamos claro que no defendemos ni guerrilleros ni milicianos, pero sí a las personas de la comunidad, a los civiles. Resulta que, a mediados del 2006, empezaron a aparecer personas muertas. Campesinos a quienes se los llegó a acusar de guerrilleros. Y otro, y otro, y otro... en todo 2007. Impresionante cómo mataban a la gente. Empezamos a ver que la situación era muy crítica, no dábamos abasto. Entonces, comenzamos a programar de modo muy espontáneo unas audiencias allá en el territorio, celebramos como unas tres. La gente convocaba a la Fuerza Pública para que explicaran por qué estaban matando a los campesinos. En El Tarra (municipio de Norte de Santander) mataron a mucha gente; también en Teorama mataron a mucha gente. Y ya era por todos lados.

MCP: ¿Quién llevaba esos casos? ¿Las audiencias?

R/: La asociación Minga y Luis Carlos Pérez, que es una ONG de Bucaramanga y Cúcuta, y otras dos organizaciones. En 2007, empezamos a entender muy bien el fenómeno y a hacer una denuncia fuertísima. Pero no era solamente allá, era en Antioquia, en todo el país. Nosotros también estamos en el Putumayo, entonces en el Putumayo también nos informaron de casos. Estábamos en el Cauca, y también allí habían cometido asesinatos. Lo mismo en Nariño, y, en Nariño

también estábamos presentes. Y empezó todo esto, sistemáticamente. Como nosotros hacemos parte de la Coordinación Colombia-Europa-Estados Unidos, creamos la Mesa sobre Ejecuciones Extrajudiciales para analizar el fenómeno. Entonces, vivimos un laberinto de diligencias, trámites y acciones judiciales, que lleve procesos, recoja información, haga denuncias, trabaje allí, pelee con... Nos dedicamos a eso. Lo más fuerte fue ese año.

Recuerdo una vez que en el Catatumbo asesinaron como a cuatro campesinos. Y yo me fui sola para El Tarra. Llegué y me encontré a la gente movilizada porque a los campesinos que habían matado los conocían en la zona. Se hizo una manifestación grande por el pueblo. Me tocó vivir una audiencia en el polideportivo (auditorio) lleno. Los asistentes clamaban que había que traer a los militares para que les explicaran por qué estaban matando a la gente. Y le tocó asistir a un coronel, finalmente se presentaron tres coroneles.

MCP: ¿Se acuerda de los nombres?

R/: No. Había uno especialmente del mando. El alcalde no estaba. El personero era todo miedoso. Estaba yo solita, con las comunidades. Los militares llegaron y rodearon todo el polideportivo con efectivos del Ejército. Y yo pensaba que ahí, en medio, debía haber guerrilla y milicianos. Eso se puso tan tenso. Fue un día entre semana, tres de la tarde, horrible ese calor. Yo miraba para todos lados. La gente se fue enardeciendo, se fue bajando de las gradas, y yo era la única que podía controlar eso porque no había ninguna otra autoridad, solamente los militares, porque el personero se había marchado dejándome allí sin más nadie.

La gente empezó a bajar uno por uno para hablar al micrófono. Bajó el papá de uno de los muertos, estaba ebrio, casi que le pega al militar, y yo conteniéndolo. El coronel llega y dice:

—Doctora, yo creo que esto ya estuvo bien.

—No coronel, hay que dejar que la gente se desahogue, hay que dejar que la gente hable.

—Pero doctora es que esto ya está muy tenso.

—No, hay que dejar que la gente hable.

Entonces cogí el micrófono y le pedí a la gente que se tranquilizara, que se devolviera a sus puestos en las gradas. En un momento llegó la mujer, una jovencita, esposa de uno de los muertos y también casi le pega a un militar, al coronel. Eso se estaba poniendo muy difícil. A mí lo que me daba miedo era que por ahí sonara un tiro, porque en lo que sonara un tiro empezaba la tragedia, todos estábamos rodeados por el Ejército.

Transcurrieron finalmente como dos horas, llegamos a un acuerdo para que nombráramos una comisión y nos reuniéramos en la iglesia, o en la Alcaldía, y empezáramos a discutir cómo íbamos a trabajar. Y ahí dijimos “hagamos una audiencia grande, ordenada, y hagámosla por fuera, en Ocaña, donde podamos invitar a todo el establecimiento: Gobierno, comunidad internacional, autoridades del Estado”. Entonces nos fuimos, convocamos una audiencia por falsos positivos y ejecuciones extrajudiciales en Ocaña para el 6 de diciembre de 2007.



MCP: ¿En ese momento qué papel desempeñaba usted en Minga?

R/: Yo era investigadora, pero mi responsabilidad estaba con el equipo del Catatumbo. Coordinaba los proyectos que tuvieran que ver con la región. No conocía sobre los falsos positivos, así que me metí mucho a estudiar el tema, me dediqué a analizarlo, a observar. En ese momento, la Vicepresidencia de la República lideraba algo que se llamaba La Bitácora, donde se analizaba el comportamiento del conflicto armado. Me puse a hacer todo un mapa para comparar los datos que mostraba la Fuerza Pública, porque era su fuente principal, lo que ellos mostraban como operaciones regulares, con las ejecuciones extrajudiciales que veíamos por otro lado. Empecé a darme cuenta de que no coincidían los registros sobre hechos de combate con todos los casos del Catatumbo de gente desaparecida. Cruzamos toda la información y concluimos en que toda la gente que mataban

por fuera no eran hechos relacionados con el reporte de los combates, es decir, era una evidencia más de que sí eran víctimas civiles a quienes les hacían todo el montaje.

En el 2007 se reúne una audiencia muy grande en el auditorio de Ocaña. Fuerte, fuerte. Salió bien. Se movilizaron los campesinos y los indígenas, alrededor de 600 campesinos. Yo hablé personalmente con los militares de alto rango y los invité a esa audiencia. El de la Brigada 30 era el general Paulino Coronado; el de la Brigada Móvil Número 15 era el coronel Santiago Herrera, un sujeto más malo que el mismísimo Caín. Él me contestaba siempre con mucha agresividad, muy antipático. El Ejército, previamente, empapeló (fijó carteles) Ocaña “contra la guerrilla”. Ellos tenían temor de que la guerrilla se fuera a tomar el pueblo. Absurdo porque para ellos todos los campesinos son guerrilleros: toditos, toditos, toditos.

Recibimos el acompañamiento de Naciones Unidas, llegó la Fiscalía, llegó el CTI (Cuerpo Técnico de Investigación), llegó todo el mundo. Santiago Herrera no fue porque estaba dizque en una comisión; él mandó matar a mucha gente. Se presentó Paulino Coronado, superior de Santiago Herrera. Y llevaron un montón de militares mutilados, con muletas y todo como para mostrar que ellos también son víctimas. Eso salió muy bien, porque desde ese entonces la Fuerza Pública supo que en el Catatumbo estaban siendo observados, vigilados, y que todos los muertos que estaban apareciendo allá no se los podían ocultar al país. Y el costo político era muy alto. Y listo, pararon los falsos positivos en el Catatumbo, aunque creo que llegó a sonar uno que otro caso.

Nosotros estábamos felices porque habían bajado las ejecuciones extrajudiciales allá, pero de repente, en el 2008, estalló lo de Soacha. Ahí es cuando la Brigada Móvil Número

15 de Santiago Herrera se lleva a todos estos muchachos de Soacha y unos de Bogotá y hacen todo esto ya por fuera del Catatumbo. Las familias de Soacha buscaron a la Alcaldía de ese entonces y nos vinieron a buscar acá en Bogotá.

MCP: ¿Por qué los buscan a ustedes?

R/: Porque ahí ya se había descubierto que a los “pelaos” de Soacha se los habían llevado para Ocaña. Entonces, cuando las familias fueron a buscar ayuda a la Alcaldía de Bogotá, allí había un abogado que trabajaba en derechos humanos y que sabía que Minga era de las organizaciones que trabajaba en Ocaña con ejecuciones extrajudiciales. Ellos inmediatamente llamaron a Minga, me llamaron, nos contaron todo lo que acontecía y respondimos que sí, que conocíamos todo eso.

Y se destapó el escándalo. Juan Manuel Santos, que era el ministro de defensa, retira del cargo a 22 militares implicados, entre esos varios oficiales. Minga, en ese momento, al conocer el modus operandi, asume algunos procesos con otras organizaciones: la CCJ (Comisión Colombiana de Juristas), el Cajar (Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo), el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos.

Cada cierto tiempo el Estado y la Fuerza Pública utilizan alguna estrategia para controlar. Nosotros entendimos que la estrategia fue que se desmovilizaban a los paramilitares, reestructuraban a la Fuerza Pública, militarizaban el Catatumbo y como ya no cuentan con paramilitares, entonces crean los falsos positivos para seguir atacando a la guerrilla, supuestamente, y para mostrar efectividad en el combate. O sea, todo fue orquestado, todo fue organizado. Pero ellos no calcularon que eso se les iba a reventar porque en

el Catatumbo había mucha organización social, había mucho trabajo, había organizaciones de derechos humanos muy activas.

MCP: Es decir ¿no es casual que otra vez surjan más casos de falsos positivos justo después del Acuerdo de Paz de 2016?

R/: No es gratis, porque es el mismo pensamiento de la Fuerza Pública que en ese momento estaba al frente, que era la de Álvaro Uribe Vélez. Juan Manuel Santos decide pactar con la guerrilla. Él tiene que cambiar toda la estrategia, poner al frente de la Fuerza Pública a militares más decentes, militares más consecuentes con un proceso de paz, más progresistas, que no se inclinen tanto hacia esa guerra sucia y se democratice un poco la Fuerza Pública.

Creo que lo logró en la medida en que se redujo el número de los combates, puesto que estaba en curso el proceso con las FARC. Las FARC asumieron una tregua unilateral. Pero también la Fuerza Pública cambió la actitud con las comunidades. Eso fue cierto, eso fue evidente. Nosotros llegamos a ir al despacho, por ejemplo, del comandante del Ejército en ese entonces, Alberto Mejía, que luego fue comandante de la Fuerzas Militares. Él aceptó la responsabilidad y estuvo en el proceso de reconocer a las víctimas de Soacha, de construirles un mausoleo a los jóvenes, negociando y concertando con las mamás y los familiares. En esa etapa estábamos cuando terminó el mandato de Juan Manuel Santos. Había una actitud distinta. Tan pronto subió Duque, que detrás de él está Uribe, volvió y ascendió otra vez esa cúpula militar que es amiga de toda la guerra sucia y de todo este accionar ilegal.

MCP: De todos los casos de falsos positivos que ha conocido, ¿recuerda uno específico?

R/: Sí, al que le llaman “Lázaro”. Ese caso es de El Tarra, sucedió más o menos en octubre de 2007. Es impresionante. Yo recuerdo que nos llamó un líder de El Tarra y nos dijo:

—Hay un caso muy complicado. A un muchacho anoche lo intentaron matar. Es un muchacho muy joven, se llama Villamil. Logró huir y está internado en el Hospital Erasmo Meoz de Cúcuta. Está vivo, pero lo pueden matar, entonces sería importante que ustedes supieran de eso.

—¿Qué hay que hacer?

—Pues... ir.

Me dieron todos los datos, cogí un avión y me fui para Cúcuta a buscarlo. Yo llegué a ese hospital, terrible como todos los hospitales. Me fui a la habitación, el “pelao” estaba custodiado y en el brazo izquierdo le vi algunas heridas.



MCP: ¿Custodiado por militares?

R/: Sí, por la Policía, pero de civil. Yo me di cuenta de que eran policías porque estaban armados. Entonces, yo les informé de que quería verlo y me respondieron que primero tenía que autorizarme alguien. Llamé al papá, me vi con los papás, unos campesinos muy humildes e inocentes, de esos que a uno se le parte el alma al verlos, que no saben qué es lo que les está pasando. Una tragedia. Les dije quién era yo, que era amiga de un líder de apellido Téllez. Entendieron. Les dije que si me permitían visitarlo. Claro. Yo entré. No me acuerdo si estaba despierto o dormido, pero no estaba mal herido, solo el brazo, de resto todo bien. Hablé con la mamá y con el papá y les pregunté qué necesitaban. Le compré una muda de ropa, una pijama, todo lo de aseo personal y se los llevé. El “pelao” no hablaba, todo tímido, todo angustiado.

Hablé con el chico. Estuve allá como dos días. Logramos que la familia nos diera la autorización, que no es fácil porque la gente no entiende, no están al tanto de lo que les está ocurriendo. Ellos no eran conscientes de que, aparte de que lo iban a matar, el “pelao” estaba preso.

MCP: ¿Cómo fue todo? ¿Cómo lo encontraron? ¿Lo engañaron?

R/: Por la nochecita hacen un retén a la salida de El Tarra, en la parte urbana, y el “pelao” vive en zona rural. Al “pelao” ya le tenían seguimiento. Por la tarde lo pararon. Él mostró su tarjeta de identidad y le dijeron:

—Ah, mire, ¿nos acompaña a tal parte?

—¿Por qué?

—No, es que mi sargento quiere hablar con varios jóvenes para el tema del reclutamiento.

Se lo llevaron del retén de día y lo tuvieron por allá en un sitio hasta que se oscureció. Por la noche lo sacaron de ahí y lo llevaron caminando al monte. Él dice, calcula, que era media noche. Sintió una cosa extraña, todo oscuro, pues eso era puro monte, cuando ¡pa pa pa! empezó a sentir los disparos. Él siente que lo mataron. En eso empezó a llover durísimo. Los militares lo vieron muerto y se relajaron. El muchacho, como era de allá, conocía el terreno muy bien y en cambio los soldados no. Se levantó y se les escapó. Caminó y caminó hasta que llegó a donde una familia. Contó lo que le había pasado. Al amanecer, la familia lo sacó hasta el pueblo buscando un carro para llevarlo a Ocaña. Ahí contaron lo que había ocurrido y se armó el escándalo, la Fuerza Pública se percató. Eso fue tenaz. A él lo apodaron “Lázaro” por el cuento de “Lázaro, levántate y anda”, pero estaba muy mal herido así que, custodiado, lo trasladaron para un hospital en Cúcuta y quedó preso sin haber cometido ningún delito, le montaron el caso de que lo iban a matar por guerrillero. Además, judicialmente de una vez lo empapelaron para inculparlo diciendo que él era un miliciano.

El “pelao” duró 3 meses hospitalizado, un tiempo preso y finalmente salió porque no tenía nada y regresó a la región. Nosotros seguimos siendo la defensa de él porque ese proceso todavía está ahí. Fue en el 2007 y todavía está ahí.

MCP: En la adolescencia militó en la Juventud Comunista Colombiana (JUCO). Luego, a los 18 años, viajó a estudiar periodismo en Bogotá y cuatro años más tarde entró al Partido Comunista. Y cuando asesinaron a Bernardo Jaramillo creó los Círculos Bernardo Jaramillo. ¿Qué vino después?

R/: Ahí salió la Constituyente. Fui la asistente de Angelino Garzón que era uno de los constituyentes de la Alianza Democrática M-19. Trabajé muy fuerte, pero me peleé con todos los sectores y no quise trabajar más ahí, porque a mí no me gusta la corrupción, no me gusta la manipulación. Finalmente, terminé trabajando con la bancada que salió del M-19 al Congreso de la República cuando fue el cambio de Constitución. Estuve 3 años como asistente de Jaime Navarro Wolf, el hermano de Antonio.

Luego, trabajé con otro representante desmovilizado de la Corriente de Renovación Socialista (CRS). Trabajé muy fuerte lo comunitario con él. Yo hacía todo el trabajo en Ciudad Bolívar. Ahí sintonicé mucho con las comunidades, conocí más a fondo la pobreza y me metí mucho por ese lado. Después, decidí tener a Santiago, mi hijo, entonces rompí con todo y me retiré.

Cuando ya tenía a mi hijo chiquito, Jorge Rojas estaba fundando CODHES (Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento) y empecé a trabajar con él. Me dediqué como unos tres, cuatro años a CODHES, pero me desencanté porque no me gustaba trabajar solamente haciendo análisis en el escritorio; me gustaba trabajar con comunidades, en campo. Ahí ya me relaciono con Minga, porque había una alianza entre esa organización, CODHES y el Cinep (Centro de Investigación y Educación Popular) para trabajar

en fronteras con refugiados. La situación en la frontera era terrible, ahí ya no me gustó trabajar con población desplazada, entonces de allá también salí y me ofrecieron trabajo en Minga. Allí estoy desde agosto del 2001.

Y luego mi hermano, que estaba exiliado en Suiza, me llevó un año a estudiar un diplomado en derechos humanos y acción humanitaria en la Universidad de Ginebra. Un año allá (2003), hice mi tesis y regresé a trabajar fuertemente otra vez en el Catatumbo, ya como un proceso de resistencia... Empezaba la desmovilización de los paramilitares. No es una búsqueda única, racional, ni decir “es que yo quiero ser esto”. Es que en Colombia por todo lo que ha pasado, por su historia, por el quehacer de la política, de la reivindicación de los derechos humanos, de la violencia, de lo humanitario, pues fácilmente uno termina metido en esto sin darse cuenta.

MCP: ¿Incide en algo ser mujer en su trabajo de militancia y en todo su trabajo político en el Congreso?

R/: Sí. Yo, como la mayoría de las mujeres en mi época, sufría del complejo de inferioridad por ser mujer, tal vez ahora ya no, pero eso yo lo viví todo el tiempo. Lo vivía hacia adentro. Es decir, lo sentía, era un complejo propio, mío, adquirido con la vida y de pronto con mi padre. Un muy buen hombre, pero muy machista y muy vertical. En mi familia siempre los hombres tuvieron más posibilidades que las mujeres.

En el fondo, yo siempre tenía ese complejo de inferioridad presente. Yo siempre creía que lo que yo decía era una tontería, que lo que yo iba a decir no tenía sentido y a veces me callaba. Siempre me movía en un mundo muy masculino, porque ahora es que hay mujeres en la política. Antes ha-

bía mujeres militando por su novio, su compañero, su esposo, claro y también las había autónomas, por su búsqueda, pero siempre el machismo era muy fuerte, muy fuerte.

MCP: ¿Alguna mujer especial para usted en el entorno de defensa de derechos humanos?

R/: Había una a la que le debo mucho. Por ella fui perdiendo esos temores de acomplejada por ser mujer o por sentirme inferior en capacidad intelectual. Fue Gloria Flórez. Cuando yo llegué a Minga, Gloria era la directora, ella fue la que me llevó allá. Era muy chévere, era una vieja loca, no le tenía miedo a nada, era impresionante.

MCP: ¿Cómo es el papel que desempeñan las mujeres en la defensa de los derechos humanos?

R/: Las mujeres vamos más allá. Nos comprometemos más allá. Inclusive, con la vida de las personas, más allá de la violencia que se ha ejercido sobre ellas. En Minga somos muchas mujeres, y la forma en que nosotras asumimos el trabajo y lo humano con las víctimas es impresionante, porque nosotras lo cogemos como nuestro. No es solamente el apoyo que se debe ejercer, sino también cómo sacar eso adelante con todas sus aristas, por ejemplo, “mira, que el niño no tiene ropa”, entonces hay que buscarle; “mira que ellos están vendiendo café”, bueno entonces hay que comprarles. Claro, no estoy insinuando que los hombres no hagan nada, pero desde el sentimiento y la acción de las mujeres es muy distinto; y también el cariño con el que se trabaja, el carisma. Somos muy distintas.



PAULA
GAVIRIA
BETANCUR



Yo creo que genéticamente debo tener una historia de sufrimiento, de privaciones, de lucha por la justicia y la igualdad. Eso está en la sangre, estoy casi segura.

Paula Gaviria Betancur

Por Valeria Arias / VA y María Angélica García / MAC

En un café, con luces tenues y mesas de madera, ubicado en el barrio La Macarena de Bogotá, Paula Gaviria Betancur espera. Las periodistas llegan puntuales a la cita. Ella les recuerda que solo tiene 30 minutos para hablar.

Gaviria, nieta del expresidente Belisario Betancur, fue la primera directora que tuvo la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Comenzó esa labor desde cero, cuando la institución era solo una idea en un papel. Fue la encargada de materializar ese gigante en el que las víctimas del conflicto armado de Colombia ponían sus esperanza, tras ser aprobada la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras en el año 2011.

El reto llegó a su vida cuando una de sus hijas tenía cuatro años, y a pesar de saber que tendría que sacrificar tiempo familiar, decidió, con el apoyo de su esposo, servir a quienes han visto la guerra de frente y esperaban que una institución del Estado se dedicara a escucharlas y a buscar garantías para su reparación.

Dirige la Fundación Compaz, creada por Juan Manuel Santos tras recibir el Premio Nobel de Paz. Además, integra el Panel de Alto Nivel de Naciones Unidas para proponer una respuesta al desplazamiento forzado en el mundo; y es consultora independiente en temas de justicia transicional, víctimas y construcción de paz.

Con una sonrisa se sumerge en su pasado, tejido por una causa: la defensa de los derechos humanos. Su vida es un trasegar complejo por la historia del país, interesante, que merece tiempo. Los 30 minutos previstos para la conversación se convirtieron en horas.

VA-MAG: Vamos unos años atrás, su primer trabajo fue en la Corte Constitucional. ¿Es ahí donde empieza a trabajar por las víctimas?

R/: Me gradué de abogada y empiezo a trabajar en la Corte Constitucional por azar, porque una amiga me dice: “Oiga, allá están haciendo prácticas”.

Después, hay una vacante en el despacho del magistrado Eduardo Cifuentes. Yo aplico y quedo seleccionada. No tenía muy claro qué quería hacer; sabía que tenía que ver con derechos humanos, con ayudar, porque desde chiquita he estado con esa obsesión de servir, pero no sabía en qué, ni dónde, ni cómo. Igual era una super escuela estar ahí. Aprendí muchísimo. Tuve los mejores maestros.

Estoy hablando del año 96, cuando la Corte está en auge, cuando era la esperanza, porque estaba materializando las apuestas de la Constitución en unas propuestas muy progresistas, muy bonitas, de libertades, de igualdad.

VA-MAG: ¿Cómo pasó de ser abogada a convertirse en la primera jefa de prensa de la Corte Constitucional?

R/: En algún momento, en ese proceso, decido empezar a estudiar periodismo, a hacer una especialización, porque siempre me ha gustado escribir. Ahí (en 1999) se da una coyuntura y es que el presidente de la Corte, que antes era mi jefe, Eduardo Cifuentes, decide proponer mi nombre para que me vuelva la jefa de prensa.

Hasta ese momento, en el 98, recordando que la Corte se creó en el 91, ningún magistrado se había dado cuenta de que tenían la potestad de crear ese cargo. Él se percató cuando fue presidente.

Me dijo: — Oiga, ¿usted no quiere ser la jefa de prensa?

—¡Perfecto! Porque está acorde con lo que estoy estudiando.

Soy la primera jefa de prensa de la Corte Constitucional. Entonces, era muy bonito porque era conectar todo lo que pasaba dentro y contárselo a la gente afuera. Pero igual era difícil porque yo no era periodista, o sea, terminé la especialización, pero no tenía la tarjeta profesional.



VA-MAG: Para ese momento se había eliminado la tarjeta profesional para periodistas

R/: ¡Ya se había caído! Carlos Gaviria había tumbado esa sentencia que es súper bonita, porque dice que no se necesita. Hay que tener unas cualidades y uno estar sirviendo a la democracia “y tal”, pero no se necesita, no es una condición tener el cartón, la tarjeta profesional, para ejercer el periodismo.

Pero me la montaron horrible. Fue difícilísimo con los periodistas que creían que yo no merecía estar ahí. O sea, una abogada qué va a estar haciendo ahí. Fue sufrido, pero súper retador y súper bonito.

VA-MAG: ¿Siempre su interés ha estado centrado en temas de conflicto, de víctimas, de restitución?

R/: Después de la Corte, donde estuve cinco años, a mi jefe lo nombraron Defensor del Pueblo, entonces yo me fui a trabajar con él. Ahí me dediqué a todo el tema de comunicaciones. Y después, en la misma Defensoría me dediqué al tema de promoción y divulgación de los derechos humanos.

Posteriormente, pasé a una organización privada que se llama Fundación Social, que en ese momento estaba logrando una incidencia en el Congreso en la discusión de la Ley de Justicia y Paz durante el proceso de desmovilización con los paramilitares. Nosotros ahí empezamos a poner la pregunta sobre las víctimas, a decirle a los congresistas: “ustedes no pueden sacar una propuesta de justicia alternativa para quienes están reintegrándose a la vida civil, sin tener en cuenta a las víctimas”. Estamos hablando del año 2005, cuando en el mundo empezaban a surgir esas preocupaciones, a salir principios internacionales sobre los derechos de las víctimas.

Durante un año se discutió la Ley que posteriormente terminó siendo archivada, como en el 2009, porque no había ambiente político, porque no había condiciones, porque el gobierno del momento (precedido por Álvaro Uribe Vélez) sentía que la Ley era fiscalmente insostenible.

A los pocos años, en ese monitoreo del Congreso identificamos que había una iniciativa para trabajar el tema de las

víctimas de la violencia. Acompañamos ese proceso desde la sociedad civil en lo que años después se convertiría en la Ley de Víctimas de 2011.

Luego, en ese mismo año, el expresidente Santos me pide que dirija la Unidad para las Víctimas.

VA-MAG: ¿Esperaba que la llamaran para un cargo tan importante el presidente de la República?

R/: Sorpresa. No me lo esperé nunca, nunca ¡lo juro! Me llama el presidente Santos y me ofrece la dirección de la Unidad para las Víctimas. Es raro, porque había gente que llegó a creer que yo ambicionaba ese puesto. Los políticos, porque obviamente se trataba de una posición muy importante.

VA-MAG: Y por primera vez, es decir, para asumir un cargo nuevo.

R/: ¡Exacto! Tenía eso de simbólico y también abría la oportunidad para hacer tantas cosas.

La Unidad, en cuanto a diseño institucional, la habíamos ayudado a nacer en ese acompañamiento que le hicimos al Congreso. Nosotros organizamos muchas mesas de expertos, trajimos gente del Perú, de España, de diferentes lugares que podían compartirnos sus experiencias en procesos similares para que nos ayudaran a pensar; obviamente, consultando a las víctimas sobre qué tipo de institución querían. Porque también había que reflexionar sobre qué institución podría ser viable, la mejor para poder implementar esa ley tan ambiciosa, y de ahí salió la Unidad para las Víctimas. O sea, la habíamos diseñado y concebido nosotros, pero no con la intención de ponernos después a dirigir la política, no era la intención. Entonces a mí sí me sorprendió.

VA-MAG: ¿Podría describirnos la escena? ¿Cómo llega esa propuesta en el año 2011?

R/: Me acuerdo que ese día mi hija había empezado el colegio y estaba en un concurso de natación. Estábamos allá, un día entre semana, y de pronto una mujer me llama y me dice: “Oye, ¿a ti esto te suena?, ¿te interesaría?”.

Me tuve que sentar (estaba sorprendida). Yo sabía qué implicaba, sabía las exigencias, los retos, dónde me estaba metiendo. Son esas cosas que en la vida a uno le pasan porque sin darse cuenta las trabajas y llegan de pronto. Entonces le pedí que mejor lo meditáramos. No le respondí que “sí” en ese momento.

Después recibí otra llamada de una persona que trabajaba en la Presidencia y que era la mano derecha de Juan Manuel Santos:

—Oiga, me están hablando de usted. Quiero saber si le interesa, para saber si nos movemos con el tema.

—Pues me siento súper honrada. Déjeme yo lo consulto en mi casa...

Entonces me senté con mi esposo, con mi mamá, con mi papá, y les conté:

—Mi nombre está sonando para esto. Lo que quiero que sepan es que si yo acepto, no lo puedo hacer sola, necesito que me rodeen, porque voy a seguir siendo la mamá de mi hija, pero voy a estar un poco apartada. Lo hago solo si cuento con el apoyo de ustedes.

Mi esposo respondió:

—Yo prefiero que cuando nuestras hijas sean grandes puedan sentirse orgullosas de su mamá. Me parece más importante poderles decir que su mamá no dejó de hacer nada por ellas, que estaba cumpliendo un sueño, que la puedan admirar; en vez de decir “no, me quedé cuidándolas en casa”.

Y un día yo estaba en la casa y recibí una llamada:

—¿Señora Paula Gaviria?

—¿Sí?

—Un segundo por favor...

Y se pone al teléfono un señor que habla muy raro, y yo pienso que me están molestando, o sea, yo pienso que me estaban tomando el pelo. En ese instante transmitían el programa Los Reencauchados (parodia política), que veía a veces y ahí lo imitaban a él, y la voz, yo la sentí igualita. Entonces yo solo me imaginaba a Los Reencauchados, mientras hablaba con él. Yo pensaba: “Esto es mentira. Alguien me está ‘mamando gallo’”.

—Hola, soy el presidente Santos, es que me han hablado mucho de usted. Yo no sabía que usted existía, pero me han hablado mucho de usted por distintos lados, y quiero invitarla a que lidere la política más importante de mi gobierno. El mundo, la humanidad, nos está mirando. Esto es un ejemplo para el mundo.

—Me siento muy honrada. Muchas gracias.

Estaba súper nerviosa, porque otra vez el destino, muy grande, hermoso, es un regalo, pero no era cualquier reto.



VA-MAG: Cómo se concreta su nombramiento de primera directora de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas

R/: Desde septiembre empecé a trabajar solita; empecé a trabajar antes de estar contratada. Eran condiciones muy precarias para mí porque no tenía quién me ayudara, no tenía equipo, no existía la Unidad, no podía ir a esas reuniones donde se iban a tomar decisiones que, eventualmente, afectarían el desempeño de la institución que yo iba a dirigir.

Incluso, tengo una anécdota: Un día recibo un correo de una persona que me dice: “Hola, soy Milena Morales, me acabo de graduar de la universidad. Vi y leí que te designaron en este cargo. Si quieres te ayudo, qué necesitas”.

Y esa niña se volvió un ángel para mí. Yo no le podía pagar porque era una voluntaria que apareció del cielo. Con ella logramos estructurar un montón de cosas. Y después, en diciembre, tocó construir la Unidad con la Función Pública.

Había un café al lado de mi casa que se llama Andante. Mi oficina era Andante. Ahí empecé a reclutar gente, a hacer entrevistas. Entrevisté a la que después fue la secretaria general, el jefe de presupuesto, la jefa de planificación, el director de una cosa, la otra. Yo tenía claro con quién iba a hacer equipo, pero diciembre transcurrió sin que me nombraran.

A todas estas, el 6 de enero de 2012 me llegó la resolución de nombramiento, fue por ventanilla porque el Presidente no estaba.

VA-MAG: En medio del proceso de creación de la Unidad de Víctimas, ¿percibió alguna molestia por el hecho de ser mujer y, de paso, la directora?

R/: Pues es que cuando hay discriminación por razón de género, a veces es muy sutil. Creo que ese es el mayor problema.

Ese cargo tenía una importancia simbólica. Lo que siento es que había una combinación de “y ¿esta señora de dónde salió?”, por ser joven y mujer. No era tan fácil negociar con otras autoridades del gobierno. La Procuraduría y la Defensoría fluyeron sin ningún obstáculo, pero con otras no era tan fácil. Con las oenegés, que eran aliadas mías en la época en la que estábamos ayudando a hacer la Ley de Víctimas, tampoco fue tan fácil, porque fue como “bueno, esta señora estuvo al final en la discusión de la Ley, pero no tiene la trayectoria”. Había celos...

VA-MAG: ¿Y algún comentario basado en discriminación de género?

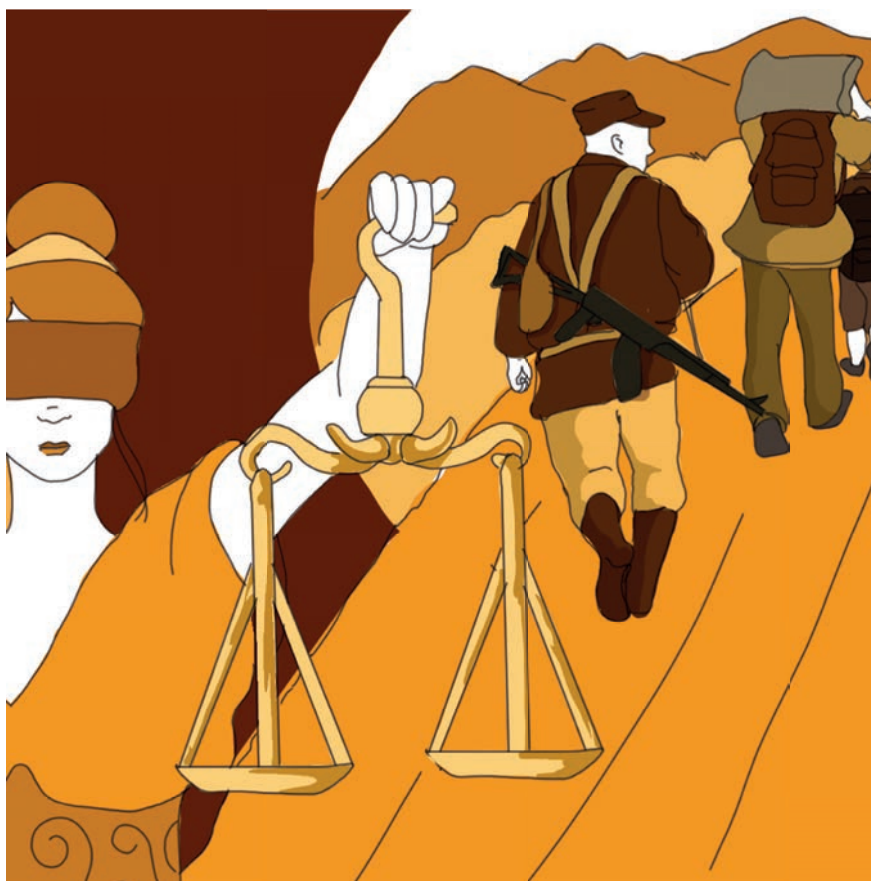
R/: No, pero no era fácil. No era fácil en el mundo de los políticos, un mundo en el que la mayoría también eran hombres, con los que pasaba todo el tiempo. No era fácil con un perfil técnico, porque yo era técnica. Hay una tendencia a que hay cargos que son más políticos, que nombran personas que tienen compromisos políticos, y yo no. Entonces, en ese punto se sentía un poquito de machismo también.

VA-MAG: ¿Considera que logró colocar a las víctimas en el centro de una institución, cuando históricamente los gobiernos no les habían dado un lugar prioritario?

R/: Para mí eso fue súper prioritario, que la gente que estuviera ahí fuera gente muy sensible. Yo les decía todo el tiempo a los funcionarios:

—El privilegio no es el de la víctima por estar acercándose a hablar con usted que es el funcionario. El privilegiado es usted que tiene la oportunidad de que una víctima le esté dando la confianza para que la atienda. Porque eso que las víctimas han vivido, esa capacidad de salir adelante, lo único que puede representar para usted, en su vida profesional, es una oportunidad. Usted no le está haciendo un favor a nadie, es la víctima la que está confiando en usted.

Había una perspectiva muy humana en ese relacionamiento. Le trabajamos mucho a eso, mucho. En comunicaciones. Y había un enfoque psicosocial en la Unidad. La mayoría del equipo directivo eran mujeres.



VA-MAG: ¿Usted decidió que la acompañaran mujeres o fue algo orgánico?

R/: El equipo que estuvo detrás de la Ley, en un 95 % éramos mujeres procedentes de organizaciones sociales. Y el equipo con el que yo trabajé en la Fundación Social estaba integrado por mujeres.

Ese equipo, que era de toda mi confianza, gente con mucha trayectoria, con mucha sensibilidad, que conocía la Ley, se volvió después el equipo directivo. De ahí salió la subdirectora de la Unidad, la directora de Nación Territorio, la directora de Retornos y Reubicaciones.

VA-MAG: ¿Fue complejo unificar la información de todas las víctimas del conflicto?

R/: Claro. Nosotros nos montamos sobre el registro que tenía Acción Social (institución que precede a la Unidad de Víctimas). Acuérdense que la Ley 387 de 1997²¹, que es la ley de desplazados, preveía que se levantara un registro y Acción Social tenía uno con cuatro millones de desplazados aproximadamente.

Entonces lo que había que hacer era integrar otros registros por secuestro, violencia sexual, desaparición, entre otros, y los registros que había dispersos en las diferentes entidades del Estado había que unificarlos en el Registro Único. Y sobre esa base empezar a buscar al resto de las víctimas. Entonces vino toda esa construcción, por ejemplo, con la Procuraduría y la Defensoría, de algo muy importante que es la puerta de entrada al Registro: el formato de la declaración de víctimas.

Porque la ley parte de una premisa importante y es la buena fe. Entonces la carga de la prueba para demostrar que una persona es víctima le corresponde al Estado; la víctima no es quien debe demostrar que ella sí fue afectada directamente por el conflicto.

La Unidad llegó a tener cuatrocientas personas dedicadas a estudiar las declaraciones.

21. Ley 387 de 1997: “Por la cual se adoptan medidas para la prevención del desplazamiento forzado; la atención, protección, consolidación y esta estabilización socioeconómica de los desplazados internos por la violencia en la República de Colombia”.

VA-MAG: Las historias de las víctimas son muy duras, ¿recuerda alguna en particular?

R/: Me acuerdo en un lugar que se llama Las Brisas, que fue donde ocurrió la masacre de Mampuján, en Montes de María. Ese fue el primer viaje que hice a territorio. Y ahí la comunidad me quiso llevar al lugar donde habían matado a los campesinos. Un señor que se llama Rafael Pozo nos narró: “Estos son los árboles de tamarindo en donde colgaron vivas a las personas que habían herido... Vengan, les quiero mostrar unos dibujos que no he mostrado antes. Unos dibujos que hice después de la masacre de cómo quedaron los cuerpos”.

Nos sentamos en una chocita en la mitad del campo, a ver esos dibujos y eran... pues eran... personas a las que se las estaban comiendo unos perros. Cuerpos que estaban siendo destrozados. Una cosa aterradora.

Se le va a uno el aire, no sabe uno qué responder ante tanta atrocidad. Se te escurre la lágrima, tragas saliva, pero te toca... eres una funcionaria que tiene que dar consuelo. Creo que hay un tema de empatía, que ellos vean que uno entiende su dolor, pero no puedo quedarme llorando ahí con ellos todo el día. Tengo un rol, tengo una respuesta que debo dar como institución.



VA-MAG: ¿Cómo enfrentó la desconfianza de la gente?, y por su puesto de las víctimas, al Estado.

R/: Por ejemplo, en Mampuján, la primera vez que fui me dijeron:

—Necesitamos que usted nos diga por qué esta vez podemos confiar en el Estado, que nos ha quedado mal durante tantos años ¿por qué en usted sí podemos confiar?

—Pues porque estoy acá. Díganme si alguien ha venido hasta aquí.

—No, no ha venido nadie.

—Pues yo estoy acá y les estoy dando la cara. Y me comprometo a cumplir.

Esa gente unos años después me dijo: “Nos cumplió. Gracias a ustedes volvimos a creer en el Estado”.

VA-MAG: Pero entendemos que las condiciones de la Unidad para las Víctimas tampoco eran las mejores. Trabajaban en medio de muchas dificultades: presupuestos limitados, personal insuficiente, tecnología muy moderada.

R/: Total. Existían barreras informativas. La información sobre las víctimas nunca era la suficiente. Recursos insuficientes, insuficientísimos. Había que planificar para que progresivamente las respuestas fueran emergiendo. Coordinar muy bien para que lo poquito que había estuviera distribuido. Y de capacidad, porque aunque éramos grandes, no podíamos estar en todas partes, no podíamos estar de manera oportuna.

Además, esto está pasando en medio del conflicto armado. Seguía la violencia, entonces había una línea de trabajo muy fuerte que era humanitaria. La Unidad se iba todos los días a recoger muertos, a atender desplazados; a la par que tenía que reparar, que atender. Era un desafío grandísimo. A veces, también es muy frustrante, pero tienes que hacer lo mejor que puedes con lo que tienes y que esa persona con la que interactúas lo sienta así.

Yo me encontraba con gente que me decía: “¡Ay, doctora!, yo le pasé mi derecho de petición y mire lo que me respondió”. Yo leía y eran unas respuestas ridículas, y yo me reprochaba: “cómo... uy, qué pena, ¿cómo le respondimos esto a esa señora?”. Claro, pero todo era tan masivo que tú tenías era como una fábrica de producción de respuestas.

VA-MAG: En 2016 el mismo Presidente Santos la nombró Alta Consejera de Derechos Humanos, ¿cómo siguió en ese cargo enfrentando la desconfianza?²²

R/: Después de haber estado en la Unidad, fuimos a Trujillo, Valle del Cauca, luego de una masacre terrible (en el año 2017), a hacer alguna cosa con la Consejería, me acuerdo que una señora al final me estaba buscando:

—Ay, doctora. Necesito hablar con usted. Quiero darle las gracias.

—¿Por qué?

22. “Después de cuatro años como Directora de la Unidad de Víctimas pasó, en abril del 2016, a ser Consejera Presidencial para los Derechos Humanos, dejando su cargo en manos del ex gobernador del Meta, Alan Jara. En ese cargo estuvo hasta el 7 de agosto del 2018, cuando terminó el gobierno Santos e Iván Duque nombró a Francisco Barbosa en su reemplazo.

—Porque usted me mandó una carta que decía que sentía mucho lo que me había pasado, y que usted reconocía que yo era víctima. Usted fue la primera persona que creyó que esto me pasó, y que creyó en mí.

VA-MAG: Paula, usted es nieta del expresidente Belisario Betancur, ¿eso ha influenciado en su lucha por las víctimas?

R/: Hay dos cosas. Una, toda la apuesta de él por la paz. Él fue candidato cuatro veces y, por lo menos, en dos de esas candidaturas su bandera fue la paz. El Partido Liberal se dividió, o sea, él estaba contra López Michelsen y después contra Galán; y cogió esos votos liberales. Votó mucha gente por él con la promesa de la paz.

Hoy tú te encuentras todavía con gente, un poquito mayor que yo, que en esa época tendría 18 años, que dicen que su primer voto fue por él. Gente que despertó la conciencia política con esas últimas elecciones, porque él hizo un llamado a la unidad nacional, al movimiento nacional, que era que todos teníamos que apostarle a la paz.

Creo que también hay una cosa que he analizado últimamente y es que él tuvo una niñez de muchísima pobreza, de extrema pobreza. Todavía no sabemos si es totalmente cierto o no, pero él decía que tuvo 22 hermanos, de los cuales murieron 17. Por lo menos 15 sí tuvo. Muchos nacían casi muertos o se morían a las horas. Otros se morían de hambre. No había condiciones médicas. Nada. Él fue una persona que “se superó”, como se dice coloquialmente, y siempre quiso que nosotros no sufriéramos lo que él sufrió. Era obsesivo con eso, y también con la justicia, con la igualdad. Yo creo que genéticamente debo tener una historia de sufrimiento, de privaciones, de lucha por la justicia y la igualdad. Yo creo que eso está en la sangre, estoy casi segura.

Y segundo, a nosotros nos marcó mucho el caso del Palacio

de Justicia (toma y retoma en el año 1985). Dividió en un antes y un después la historia familiar, nada que hacer. Nosotros estábamos en México y eso lo vivimos desde allá con muchísimo dolor, porque no podíamos estar acá con él, ni con mi abuela para solidarizarnos y acompañarlos.

Eso también partió su gobierno en dos y con todas esas re-criminaciones de “¿usted no era el pacifista?, ¿el que prometió el diálogo?, ¿por qué no dialogó?, ¿por qué metió las tanquetas?, ¿por qué los desaparecidos?”.

Entonces, yo creo que eso, sin que sea muy racionalizado, a mí me influyó en cosas de derechos humanos, no sé. Y creo que hay una última cosa que es vocación de servicio, de estar al servicio de los demás.



FRANCIA E.
MÁRQUEZ
MINA



Creo que el mayor temor para mí es que la gente siga eligiendo a los mismos perpetradores de la violencia.

Francia Márquez Mina

Por Carlos Mayorga Alejo / CMA

El primer sueño de Francia Márquez no fue gobernar a Colombia. Hubo un tiempo en el que quiso ser actriz y representar a través del teatro todo lo que ha vivido con su comunidad: el desamparo y la digna resistencia con la que se han sobrepuesto.

En su niñez logró reconocerse, a través del arte, con orgullo, como mujer negra. Esa experiencia le permite asegurar que a través del arte es posible transformar al país. De su comunidad es la mujer negra que más lejos ha llegado en el vertiginoso campo electoral, porque a ella la vida la condujo al escenario político.

Como la mayor de 11 hijos de la unión que tuvieron sus padres, Francia está acostumbrada a una “familia extensa”: creció entre primos, tíos, primos hermanos; los Mina, los Lucumí, los Balanta o los Márquez que le enseñaron a pensar en comunidad y hacer vínculos en medio del proceso organizativo y comunitario.

A los 16 años quedó embarazada de su primer hijo. Tuvo que dejar el colegio y ponerse a trabajar en una mina de La Toma, vereda del municipio de Suárez, Cauca. Sus dos hijos tienen algo en común: fueron criados solo por su madre, situación que le ayuda, entender el esfuerzo de tantas madres solteras para sacar adelante a sus familias.

Su referente femenino no es ninguna mujer famosa, es su madre: una partera que ayudó en su comunidad a cientos de mujeres que no podían acceder a la medicina occidental; una mujer luchadora. Admira su sabiduría, tanto con las plantas, el territorio, como con lo que significa tener en la comunidad a su propia familia.

Cuando fue precandidata presidencial por el Pacto Histórico le pisó con tanta fuerza los talones a Gustavo Petro, que él la llamó para que fuera su fórmula vicepresidencial. Es la primera mujer negra, víctima del conflicto y defensora del medio ambiente que llega a un cargo tan alto en el Estado por elección popular.

Esta entrevista se hizo durante la pandemia, cuando Francia Márquez apenas soñaba con ser una candidata presidencial. Durante toda la conversación — entorpecida por la distancia y la mala señal de internet — Francia Márquez no paró de reír. A ella las adversidades no le han robado la alegría.

CMA: ¿Cómo fue su niñez y su juventud?

R/: Siempre he sido rebelde, inquieta, no hacía caso, me iba para la calle, y cuando venía mi mamá me cogía y me “llenaba de látigo”. Siempre vivía alegre. Ahora a veces expreso mi alegría, pero no tanto. Pero yo sí era muy alegre, como muy cansona también. Recochera, jodía a todo el mundo, a la comunidad. Me gustaba muchísimo la rumba, me gustaba mi baile. Cuando iba a bailar me sentía libre, feliz, realizada. Entonces con mis primas nos íbamos a bailar al pueblo, y cuando llegaba a casa venían los regaños de mi mamá. Y a mis primas también, como nos criamos en la misma casa, entonces a ellas también las regañaban.

CMA: ¿Cómo fue su formación?

R/: Cuando iba a iniciar el colegio, cuando ya había terminado mi primaria, mi mamá me advirtió de que ya no me podía pagar más los estudios porque no tenía cómo. Mi mamá trabajaba en las minas y apenas, a veces, le daba para darnos de comer y también a veces se iba a trabajar en casas de familia cuando el río crecía o la mina no estaba dando. Se iba para Cali, a trabajar allá. Entonces no era tan fácil.

Pero en medio de todo eso nosotros éramos felices. Acá uno no se moría de hambre. Algo había para comer. Mi mamá, por ejemplo, cuando no tenía que comer, cogía su atarraya y se iba para el río a pescar y con eso nos daba de comer, paraba la olla, o a veces había un pez que se llama roño que se hace como en las piedras y lo iban y lo cogía con las manos, las mujeres iban a “roñar”.

CMA: ¿En qué momento se encontró con el conflicto armado por primera vez?

R/: En el territorio donde he vivido históricamente, el Cauca, ha sido un territorio muy violentamente agredido por el conflicto armado. Sin embargo, nosotros, en la comunidad, no vivíamos las violencias así directamente. Digamos que la primera vez que yo vi una situación de expresión del conflicto fue en el año 2000, cuando las guerrillas tomaron la cabecera municipal de Suárez, y ahí tiraron explosivos y murieron unas personas. Esa fue la primera experiencia que yo recuerdo. Eso no quiere decir que antes no hubiera habido hechos, pero la primera vez que yo recuerdo algo así que me haya provocado tanto temor y tanto terror de alguna manera, fue esa.

CMA: ¿Cómo empezó su ejercicio de liderazgo?

R/: Yo creo que eso se fue dando poco a poco. No fue un día que dije: “bueno a partir de hoy soy lideresa”, no, yo creo que eso no funciona así. Son las circunstancias las que lo van colocando a uno en ese camino, yo no lo escogí. Yo quería ser artista, yo quería ser actriz, bueno, como todos los sueños que acariciamos cuando aún somos niños. Pienso que un liderazgo no nace por generación espontánea, sino que uno todos los días va aprendiendo y desaprendiendo.

Yo creo que mi rebeldía, en mi caso que recibí tanto látigo, era parte de eso, de buscar ese camino, de que era muy inquieta, de que mi mamá no me entendía y entonces en vez de permitir que yo me abriese espacio, todo lo contrario, me castigaba, y de alguna manera intentaba coartar mi forma de expresar lo que yo quería hacer. Después, poco a poco fue entendiendo que esa rebeldía y esa forma de ser mía era porque yo iba a ser una persona activa en la vida cotidiana de la gente y de la comunidad.

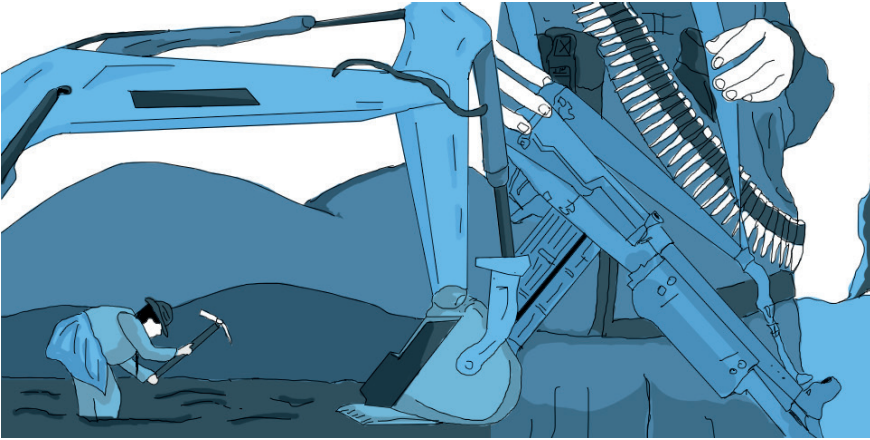
CMA: Hay un punto de su vida en el que se opone fuertemente a los intereses de privados que terminaban afectando el río de Ovejas, en Cauca, ¿cómo fue ese momento?

R/: Al principio, cuando recién llegaron hace varios años las máquinas, las retroexcavadoras, yo iba al río a “minear” detrás de la máquina porque era lo que había. La gente decía: “ellos se están llevando todo, nosotros nos estamos quedando sin nada”. Veíamos que a los lugares donde trabajábamos de manera artesanal de pronto llegaba una máquina, y lo que nosotros hacíamos en años, ese aparato lo destruía en un día. Entonces la gente pensaba: “bueno, si se lo están llevando todo, por lo menos vamos a ‘rebuscarnos’ ahí”.

Esa minería ilegal destruyó el sistema productivo natural de la comunidad. Por un lado, destruyó los lugares en donde se colocaban las barbacostas para pescar, destruyó los lugares donde las mujeres iban a hacer la minería con la comunidad; hizo que muchas de esas mujeres se fueran a trabajar a casas de familia, porque ya no encontraron un sustento en el río y por otro lado afectó el ciclo de enseñanza de producción agrícola, uno de los epicentros del sistema de vida de la gente.

Yo ahí no tenía una conciencia plena de las necesidades y del cuidado del territorio. Cuando se fueron las máquinas y empezamos a ver las consecuencias: que no había donde ir a “minear”, que ya no había finca, que ya no había qué comer, las mujeres empezaron a irse a Cali masivamente a trabajar y los niños empezaron a quedarse solos al cuidado de otra gente. Entonces ahí empezamos a darnos cuenta de las consecuencias y los impactos de esa minería de máquinas, ahí un grupo de líderes, que ya estaba antes que yo, empezó a alzar la voz.

Cuando volvieron otra vez, ya la gente se opuso a la minería por los efectos que ya había generado. Yo fui asumiendo la postura de los que decían que había que cuidar el territorio y que no se podía destruir el río. Pero mi postura más dura fue cuando iban a desalojar en 2009 a la comunidad acá en La Toma (corregimiento del municipio de Suárez). Ahí fue que yo asumí como una postura más fuerte, como que ya me enfrentaba a algunos del Gobierno, ya me enfrentaba a los mismos dueños de los títulos, para decir que con lo que había pasado con la minería ilegal, pues no podía permitir que vinieran esas multinacionales a apoderarse del territorio y acabar de destruir lo poco que nos había quedado.



CMA: ¿En qué momento su liderazgo se empieza a ver afectado por el conflicto armado²³?

R/: Fue en 2009. Yo me vi muy impactada cuando por primera vez le llegó una amenaza de muerte a mis compañeros y compañeras, y a mi tío. Entonces a varios de ellos les tocó irse del territorio. Ellos argumentaban “es que nos han colocado en unas listas y nosotros no somos ni delincuentes ni nada, y pues nosotros no tenemos por qué estar con miedo escondiéndonos, ¿por qué nos van a matar si nosotros no estamos haciendo nada malo?”. Esa fue la primera vez que sentí una sacudida tan fuerte.

A mí me impactó mucho la masacre del Naya (2001)²⁴. Cuando pasó esa masacre todos estos territorios se volvieron como con mucho miedo, la gente ya no se quería reunir. Una reunión y la gente está como escondida o muy tempra-

23. El Cauca ha sido uno de los territorios más afectados por la violencia en Colombia, con presencia de las FARC, fuerte militarización y economías ilegales, impactando a indígenas, afrodescendientes y campesinos. (Comisión de la Verdad, 2022).

24. Entre el 10 y 13 de abril de 2001, 200 paramilitares del Bloque Calima (AUC) masacraron a más de 100 personas en el Alto Naya, acusándolas de apoyar al ELN. El hecho desplazó a 3.000 personas. (Reyes Albarracín, 2018; Jimeno, *et al.*, 2010).

no buscando como irse para la casa. En términos de lo organizativo-comunitario también eso afectó. Y yo hasta escribí una canción, una letra de una canción, por eso del Naya que se llama “Colombia hambrienta de paz”.

En 2013, después de la sentencia de La Toma, mi liderazgo también se hizo más visible, sentía que habíamos ganado (la sentencia T-1045A/10)²⁵; entonces a mí me eligieron representante legal del consejo comunitario. Ya mi voz tenía, digamos, más validez, más reconocimiento, ya varias universidades estaban interesadas en conocer esa sentencia que había salido, entonces yo empecé también a ir a las universidades a hablar. Y ahí, como me hice más visible, empecé a recibir amenazas directas.

La primera amenaza que recibí fue a través de una llamada en la que me preguntaban dónde estaba, y yo respondí: “aló, ¿con quién hablo?” Entonces empezaron a decir que “sí, que sos muy ‘machita’”, que “vamos a ir por vos”, que “vamos a ir por tus hijos”. Fui a la Fiscalía y coloqué la denuncia. De todas maneras, me asusté mucho porque estaba comprometiendo la vida de mis hijos. Si algo les ocurría yo qué iba a hacer, me empecé a sentir como responsable y culpable a la vez de ver esa situación.

Después en 2014 el conflicto se tornó más complejo. Me tocó ya irme de acá porque vinieron a buscarme para matarme. Ese día nos tocó irnos a dormir a una casa ajena mientras amanecía, y cuando amaneció nos mandaron un transporte y nos fuimos con mis hijos. Para mí fue muy duro, porque yo salía apenas con un bolsito, cada uno con su ropita... irnos de acá, del territorio. Eso nos marcó la vida a todos, a mí, a mis hijos, a la comunidad también porque con las mujeres

25. La sentencia T-1045A/10 (2010) de la Corte Constitucional ordenó suspender la minería en La Toma, Suárez, para proteger a sus habitantes. Francia Márquez lideró la movilización que garantizó su derecho a participación.

habíamos logrado unas iniciativas productivas, teníamos unas parcelas que ya habíamos sembrado, y todo se fue cayendo, hasta mi propia finca donde había cultivado plátanos, hortalizas y tenía animales. Todo eso se acabó.

Vivir con miedo es difícil, es muy triste. Todo el tiempo estoy con un esquema de protección encima, no me siento libre, no me siento tranquila.



CMA: ¿Cómo es un día agitado como lideresa social en el Cauca y cómo es un día tranquilo?

R/: Para mí todos los días son agitados. A veces estoy cansada, en otras ocasiones simplemente quiero quedarme tres días en mi cama durmiendo sin levantarme. Pero por las situaciones a veces toca pararse, seguir caminando y seguir haciendo cosas. Pero es complicado, uno carga el estrés del miedo, el estrés de la preocupación, de las angustias, de la impotencia frente a un Estado que no asume su responsabilidad de detener la violencia y que el Gobierno, al contrario, promueve muchas veces la violencia en los territorios, todo eso ocasiona mucha incertidumbre.

CMA: ¿Qué enemigos tiene?

R/: Considero que no tengo enemigos, pero la realidad es que por lo que hago y por lo que hacemos siempre hay gente que nos mira como sus enemigos. Sobre todo quienes tienen intereses económicos en nuestros territorios y quienes nos ven, en lo que hacemos y en lo que decimos, como una amenaza a sus propios intereses. Y pues ahí ha habido de todo: los grupos armados que nos han declarado objetivo militar, las empresas que nos perciben como una amenaza, los intereses políticos de quienes al observarnos hablar con la gente sienten que somos un peligro para sus proyectos; y por supuesto el mismo Gobierno, que no garantiza nuestros derechos y que nos miran como un estorbo cuando demandamos derechos y garantías sociales.

CMA: ¿Cómo ve la implementación del acuerdo de paz? ¿Qué piensa hoy del proceso del que usted hizo parte en la mesa de víctimas?

R/: Esperaba que por lo menos pararan los fusiles. Esperaba que en muchos territorios la gente pudiera andar más tranquila por las calles, en el campo y también en las ciudades. Esperaba que contribuyera a lograr la paz porque lo que se firmó es un acuerdo para abrir el camino hacia la paz; pero, pues, no es la paz absoluta.

La paz implica transformaciones sociales, implica cerrar las brechas de inequidad y desigualdad e implica erradicar el racismo estructural y el patriarcado, que es lo que originó el conflicto armado. La paz implica cerrar las raíces que dieron origen al conflicto armado y de eso Colombia está muy lejos. Sobre todo porque hay una élite colombiana que sigue acaparando, que sigue violentando los derechos de la gente, que sigue con la codicia de la acumulación, que sigue

pensando en seguir “racializando” los cuerpos, en seguir usando a las mujeres como objeto, en seguir violentando los derechos de los pueblos étnicos y de no respetar la humanidad de las personas que han sido violentadas.

Yo creo que es necesario silenciar los fusiles, es necesario parar las armas, pero tristemente esas posibilidades y esos sueños y esas esperanzas, de por lo menos estar tranquilos, las han ido volviendo trizas. Un gobierno que llegó y que prometió volver trizas esos acuerdos y que eso hoy se ha visto reflejado en el territorio: en el recrudecimiento de la violencia, en el desplazamiento forzado que nuevamente empiezan a sufrir las comunidades, en el confinamiento se ha visto reflejado el asesinato de líderes y lideresas. Y también en el asesinato de exguerrilleros que decidieron dejar las armas y vincularse a la vida civil.

Entonces uno ve cómo la historia se repite con el exterminio de esos que decidieron hacer la paz. Sin embargo, yo creo que es el único camino que tenemos (el acuerdo) y la única esperanza como sociedad civil..., para que nuestros hijos y nuestros nietos no tengan que crecer en medio de tanta violencia ni de tantas injusticias.



CMA: ¿Alguna vez ha dudado de su liderazgo o se ha planteado dejarlo por los riesgos que la labor trae?

R/: Yo creo que sí. Yo creo que todos en algún momento de la vida pensamos mucho si vale la pena seguir o no. A mí algo que me afecta mucho es cuando tengo que discutir al interior con la misma comunidad. Mientras unos están diciendo: “hay que parar la minería”, otros están diciendo “no porque es el sustento”. Y aunque lo entiendo, también me frustra mucho.

Momentos cuando me veo en tantas situaciones de riesgo, sobre todo para mi familia y mis hijos, lo pienso mucho. Sé que eso es parte de la lógica para que los líderes y las lideresas se cansen: el asesinato sistemático, el exterminio que hay para propagar el terror y el miedo, y hacer que los líderes no sigan ejerciendo sus liderazgos en pro de defender los territorios.

CMA: Hablemos de la marcha de turbantes, en la que 70 mujeres salieron de La Toma hacia Bogotá, para exigirle al gobierno la titulación colectiva de tierras. Fue un acto de resistencia poderoso.

R/: Yo siempre pensé que íbamos a llegar (a Bogotá) como fuera. Y también siempre pensé que como mujeres negras íbamos a poder alzar la voz fuertemente. Todo eso surgió porque las mujeres acá se fueron al río a parar las “retros” (retroexcavadoras de empresas mineras), ellas mismas, yo era la representante legal del consejo comunitario, pero yo estaba estudiando.

Entonces fui y las acompañé, y le dije a los señores que yo era la representante legal del consejo comunitario, y que ellos no podían estar ahí, que ellos no tenían permiso. En

esa ocasión nos acompañó el secretario de Gobierno de la alcaldía, que también les dijo que no tenían permiso para estar ahí.

Ellos tenían que salir de allí. Allí ya había una sentencia que había prohibido que terceros estuvieran trabajando en este territorio, que los obligaba a consultar primero con la comunidad (la sentencia T-1045A/10)²⁶, y que si no salían les íbamos a echar a la Fuerza Pública para que los sacara con un operativo. Entonces uno de ellos nos respondió que ‘cuáles operativos’, que ellos ya sabían cómo funcionaba el operativo, que ellos no creían en eso.

Entonces nosotros denunciábamos que hay corrupción institucional y que hay corrupción en la Fuerza Pública. De allá se filtra la información de que van a hacer los operativos y por eso ellos sacan las máquinas y las dejan quietas, y entonces no pueden hacer más nada.

CMA: Entonces las mujeres se cansaron...

R/: Sí, fuimos a sacar eso y después amenazaron a varias mujeres acá. Les mandaron papeles con mensajes por debajo de la puerta, que ya sabían dónde estudiaban sus hijas, y ya empezaron con mucho temor. Llamé a la Defensoría, llamé al Ministerio del Interior, bueno yo llamé a todo el mundo y nadie sabía qué hacer. El defensor en ese momento de acá del Cauca me decía: “Francia yo he compulsado copia a la Fiscalía, hemos sacado alerta temprana, hemos sacado informe, pero nadie está haciendo nada y yo mismo ya no sé qué hacer”. Y yo reflexionaba “si esta gente me está diciendo que no saben qué hacer, ¿nosotros entonces qué?”.

26. “Antes de empezar la exploración y explotación de un proyecto minero que se encuentre en territorio de las comunidades étnicas minoritarias, se debe desarrollar la consulta previa respectiva con las comunidades que pueden ser o llegar a ser afectadas por dicho proyecto”.

Luego convoqué una reunión y le consulté a la gente sobre por qué no organizábamos una movilización de mujeres. Ellas empezaron a responder que no, que nunca han salido de acá, que no se van a hacer golpear de la Policía, que no conocen Bogotá, que ellas no van a ir por allá. Les dije “el lunes me voy pase lo que pase. Ya no aguanto más porque yo ya no sé qué más hacer”. Y entonces cuando me vieron así de decidida ya varias dijeron “no, pues nosotras la acompañamos”. Los jóvenes también dijeron: “no, pues si ustedes se van, nosotros también vamos con ustedes”.

Salimos como 15 mujeres y unos jóvenes ahí que se terminaron convirtiendo en guardianes cimarrones de aquí de la comunidad. Entonces empezamos a hacer turbantes y dijimos nos vamos. Fuimos organizando los recorridos, empezamos a llamar gente por allá en esas comunidades para que nos apoyaran cuando fuéramos. Y así fuimos haciendo una ruta, organizando todo.

Fui a Cali y le dije a varias organizaciones de mujeres que iba a salir, que íbamos a salir a hacer una movilización, entonces ya varias me dijeron que yo era muy irresponsable, que esas movilizaciones no se hacían así, que eso había que organizarlo con tiempo.

Entonces cuando me vieron decidida, varias de ellas dijeron “no, venga”. Vamos a organizar eso”. Nosotras nunca hemos organizado nada, siempre a nosotros todo nos ha tocado pelearlo como gente negra. Me ayudaron a organizar todo y ya empezamos a hablar con otras mujeres de otros municipios del norte del Cauca. Entonces en el camino nos fueron llegando más y más y más hasta que llegamos a Bogotá como 80 mujeres y como 30 jóvenes, más o menos.



CMA: ¿Cuál es el mayor temor de una lideresa social?

R/: Creo que el mayor temor para mí es que la gente deje de luchar por sus derechos; que la gente no despierte en este país y no cambie la política; que la gente siga eligiendo a los mismos perpetradores de la violencia. Eso a mí me genera mucho temor y a veces hasta siento que la esperanza muere, pero siempre cuando observo a los jóvenes, veo comunidad, veo gente movilizada y organizándose, pues eso me llena de esperanza y me levanta y me llena de alegría también.

CMA: ¿Qué fue lo primero que pensó cuando recibió la noticia del rearme de las Farc?

R/: Yo pensé en el Cauca, en los territorios del Pacífico, en quienes van a sufrir las consecuencias de eso. Me dio tristeza porque eso significaba devolverse de una posibilidad de salir y me dio rabia también con la gente que en la ciudad votó por el “No”, cerrando las posibilidades de un acuerdo para quien ha estado en regiones apartadas.

La gente en la ciudad, por egoísmo, a veces simplemente dicen no a la paz porque no han vivido en carne propia la violencia del conflicto armado y sus consecuencias. No les ha tocado estar en medio del fuego cruzado, en medio de

los bombardeos. Han visto la guerra por la televisión, pero no la han vivido en carne propia. En la ciudad también hay violencia, pero la violencia en la ciudad se expresa mucho más en los barrios marginados donde está la gente que ha salido de este pueblo.

Tenía rabia con el Gobierno porque empeñó su palabra con las comunidades y con el pueblo colombiano, y por tantos engaños, mentiras y tanta politiquería que usan las élites que han manejado el país. Terminaron desbaratando eso, terminaron no cumpliendo y terminaron haciendo que esa gente se vaya al monte otra vez y que la violencia nuevamente se recrudezca en muchos territorios.

CMA: ¿Quiénes ponen en peligro la vida de los líderes sociales después de la firma del Acuerdo?

R/: En sí todos los actores armados de alguna manera ponen en riesgo la labor de los líderes sociales. El conflicto armado en sí pone en riesgo los liderazgos en los territorios, en las comunidades, a escala nacional. Aquí hacer política y pensar una política distinta es una amenaza. Aquí en nuestro país pensar diferente es sinónimo de amenaza. Aquí no se llega a tener ni siquiera la posibilidad de discutir los pensamientos solamente, sino que “si usted no está de acuerdo conmigo hay que liquidarlo, hay que exterminarlo”, y eso es una visión muy equivocada de lo que deberíamos ser como sociedad.

Los asesinatos se convirtieron en una estadística. Parece que estamos haciendo el juego, el reality de la muerte, en el que todos jugamos y todos hemos contribuido a seguir sosteniendo ese juego que cobra la vida y que sigue profundizando las heridas.

CMA: ¿Reconoce violencias específicas contra lideresas debido a su género?

R/: Sí, yo creo que de alguna manera sufrimos la violencia. Como comunidad se sufre violencia, pero como mujeres más, cuando se es lideresa mucho más. Y cuando se es lideresa, mujer negra, pues mucho peor. No es lo mismo cuando lo amenazan a uno y uno está solo, que cuando lo amenazan a uno con sus hijos. Ahí hay una doble violencia, pero además te intimidan, pero además el mismo Estado te niega también las posibilidades y no te reconoce.

Yo no recibí ninguna ayuda de ningún Estado. Lo único que me brindó el Estado fue un esquema de protección, pero en términos de atención como víctima, yo no recibí ningún apoyo. El apoyo que yo recibí fue el de la familia, el de personas conocidas. Entonces yo vivía por un lado las presiones de la violencia física y psicológica que me ejercieron todas esas acciones, pero por otro lado era la violencia económica porque yo no podía resolver económicamente las situaciones para mis hijos.

CMA: ¿Cuál es el papel que desempeña la mujer en la construcción de la paz?

R/: Creo que como mujeres hemos contribuido a la paz, aunque ahora no por el hecho de ser mujeres se es antipatriarcal y anticapitalista y antirracista ¿no?, pero yo creo que aquí hay muchos movimientos de mujeres que han aportado a la construcción de este país, que han apostado a la paz y quizás no es la paz institucional, pero sí es la paz de la vida cotidiana. Mujeres que están resolviendo conflictos en los territorios, que han usado su amor maternal para cuidar la vida, para cuidar el territorio. Yo creo que desde ahí aportan.



NATALIA
BOTERO
DUQUE



Me empecé a preocupar porque las fotografías no se volvieran un artilugio, sino que se transformaran en un objeto de reclamación.

Natalia Botero Duque

Por Paula Valeria Gallo / PVG

Durante dos décadas Natalia Botero Duque recorrió el país retratando con su cámara de fotorreportera el conflicto armado colombiano. Masacres, tomas guerrilleras y paramilitares, desplazamientos, atentados, exhumación de cuerpos, procesos de paz; todo lo que produce una guerra lo ha visto, y ha hecho que otros lo vean a través de su trabajo en medios como la revista *Semana* y el periódico *El Colombiano*.

En el camino profesional comprendió que las imágenes del acontecimiento eran importantes, pero que no se comparaban con las que se podían lograr acompañando a las víctimas en su dolor, en la búsqueda de una verdad. En tono reflexivo asegura que “la imagen se vuelve en ese testimonio fehaciente de que sí sucedieron los hechos [...] sí hubo víctimas, sí hubo muertes, sí hay un conflicto armado. La fotografía no puede mentir”.

El cielo está despejado en su natal Medellín. Natalia está resfriada, pero ha decidido no cancelar la entrevista. Buscamos un lugar tranquilo. Decidimos pasar la tarde en un restaurante que también es librería y café. Habla sin prisa, seleccionando recuerdos de una vida hecha a pulso entre el periodismo, la violencia y los hijos.

PVG: ¿Cómo nace su amor por la fotografía?

R/: Quien me dio “la puntada” de la fotografía fue mi hermana. Yo creo que si mi hermana no me hubiera regalado la cámara que ella tenía cuando se fue a vivir a Estados Unidos, no habría sido tan fácil que yo me hubiese convertido en fotógrafa.

Me decía: “Mandame fotos en cartas y me contás a dónde fuiste, la gente que conociste”. Entonces me volví una relatora en mi cotidianidad. Y ahí fue que me “encarreté” mucho. Empecé a hacer cursos independientes con gente que sabía fotografía y que enseñaba la técnica análoga; porque, además, yo aprendí con cámara de rollo. Inclusive, heredé esa cámara en el año 83 más o menos, un Nikon F3, mecánica.

Me apasionó mucho la fotografía porque conocí el ambiente del laboratorio. Sentía que era un lugar muy íntimo donde podía crear, concentrarme, estar sola. Yo de por sí siempre he sido muy solitaria, entonces, lo disfrutaba mucho.

PVG: También disfrutaba del arte. Sin embargo, decidió estudiar periodismo ¿por qué?

R/: Es más, yo quería estudiar ingeniería mecánica porque me atraían muchísimo los aspectos racionales del mundo y de la física. Sin embargo, con mi papá descubrí la pasión por el periodismo. Mi papá era muy buen lector y escuchaba noticias todo el día.

Cuando entré a la universidad, como yo ya era fotógrafa, me hacía muchas preguntas sobre el periodismo. En esa época, el periodismo fuerte era el de la prensa escrita o el de la radio. Me angustiaba porque, a mi parecer, yo no sería capaz

de escribir como esas grandes firmas. Y pensaba: “No, yo no voy a ser capaz, yo soy muy visual. Soy más del hacer y del producir piezas”.

Me iba a retirar para matricularme en Artes en la Universidad Nacional, pero los profesores me fueron dando la confianza con la cámara y hasta me aconsejaron: “Si usted quiere, trabaje con la fotografía, escriba desde la imagen”.

PVG: ¿Cuál es el primer acontecimiento del conflicto armado al que se enfrentó en su rol de fotorreportera?

R/: Recuerdo mucho el primer trabajo que me tocó hacer como practicante en 1993 cuando era fotoperiodista de *El Colombiano*. Yo estaba de turno en el periódico cuando asesinaron a los voceros de la Corriente de Renovación Socialista²⁷. En ese momento, ellos iniciaban los procesos de diálogo con el gobierno de César Gaviria para dejar las armas.

A ellos los mataron en el monte, el Ejército. Y nosotros viajamos a Blanquicet a hablar con la gente en la zona para que nos contaran qué había pasado, y para hablar con el inspector sobre quién había practicado el levantamiento de los cadáveres. Pero nadie nos dio razón... Muy poca gente habló por miedo.

En la noche, cuando yo regresaba, nos emboscaron. Viajábamos cinco personas en un carro y de pronto nos atravesaron un camión en la vía. El periodista, desesperado, me daba instrucciones: “¡Métase los rollos, escóndase el material! Que no se los vayan a coger”.

27. La Corriente de Renovación Socialista (CRS) fue una facción del Ejército de Liberación Nacional (ELN), de tendencia marxista-leninista, que abandonó la lucha armada a principios de los años noventa tras cuestionar la eficacia estratégica de la guerra de guerrillas en el contexto colombiano.

Y escondí todos los rollos dentro de mi ropa interior, a los minutos descubrimos que la emboscada había sido del Ejército. Nos condujeron a la Brigada 17. Y entonces, empecé a comprender las complicaciones y riesgos del trabajo periodístico sobre un tema tan delicado como el conflicto armado. A partir de ese momento, creció mi interés por acercarme a las víctimas por medio de la fotografía.

Después tuve la oportunidad de conocer al grupo armado, porque me encargaron hacerle seguimiento al tema. Dentro de las familias había niños, había muchas mujeres y eso fue lo que más captó mi atención. Entendí que los alzados en armas no eran solo los hombres.

PVG: Hablando de inicios, ¿cómo fue su primer viaje sola como fotorreportera?

R/: Yo fui a cubrir el incendio que ocurrió en Machuca, eso fue en octubre del 98, unos días después del encuentro de la cúpula para la paz con el ELN (Ejército de Liberación Nacional). El ELN voló el oleoducto²⁸ y el río se incendió. La gente no pudo salvarse porque eso ocurrió durante la noche, casi todas las casas se quemaron, porque eran de madera, el incendio se propagó con velocidad y murió mucha gente.

Yo trabajaba en la revista *Semana* (desde Medellín). Por lo general, no viajábamos sin la autorización del editor. Eso ocurrió el viernes por la noche. El sábado fue todo el boom, todos los medios se fueron. Desde el domingo hablé con don Darío, mi jefe, y acordamos que el lunes por la mañana hablábamos para decidir si viajaba o no.

28. El 18 de octubre de 1998, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) dinamitó en un acto terrorista el Oleoducto Central de Colombia (Ocesa) en la parroquia de Machuca, una vereda o caserío minero con unos 2500 habitantes localizado en el corregimiento Fraguas de Segovia, Antioquia.

Y me cogió a mí un desespero porque empecé a mirar las noticias y me recriminaba: “Yo no puedo creer que yo no esté allá”.

Me fui para la oficina a las ocho de la mañana, pero el consejo de redacción solo comenzaba a las diez. Yo telefoneaba desesperada a Bogotá, quería comunicarme con Luz Adriana Gutiérrez, la periodista, pero ella no me contestaba. Entonces me fui para el helipuerto en Medellín, de donde salían los helicópteros del programa aéreo Salud y la Gobernación de Antioquia.

Allá me explicaron:

—Vea, hay un helicóptero de la Gobernación que va a ir a recoger gente, pero no llega a Machuca. Ellos tienen que hacer una entrada primero a Santa Elena a dejar a un funcionario, si quiere se va hasta allá.

—Hágale, yo voy llegando como sea.

—Me monté al helicóptero y le dije al piloto:

—Tengo 20 mil pesos, sólo me vine con eso...

—Venga, yo le doy plata y cuando usted pueda me lo paga.

Me entregó como 50 mil pesos, yo nunca volví a saber de él. Cuando íbamos en el vuelo, él recibió la orden de que aterrizara en Machuca e hiciera escala. Eso para mí fue un milagro. El piloto me dijo: “Usted es la mujer más de buenas (afortunada) del mundo, que aparte de que yo le doy mi platica también la llevo hasta Machuca”.

El helicóptero dio vueltas de reconocimiento sobre la zona donde ocurrió la tragedia, desde el aire eso se veía impresionante, el río quemado, fue tan triste. Llegué y justo iba a empezar el sepelio. Logré hacer fotografías cuando cargaban los féretros y los estaban llevando en procesión hacia el hueco que habían cavado. Logré hacer unas fotografías muy tristes, pero estéticamente muy bonitas.

Para mí, ese viaje ha sido muy importante porque logré uno de los objetivos de todo periodista, conseguí vencer esas barreras: “es que si a mí no me llevan, yo no puedo”, “es que yo, así sola, ni me atrevo”. En periodismo jamás me he encontrado en ninguna zona de confort cubriendo la noticia, me ha tocado enfrentar mis miedos.



PVG: ¿Colombia es machista cuando se trata del trabajo fotoperiodístico?

R/: Ciento por ciento. En los últimos años ha habido una gran fuerza por parte de las mujeres y, de hecho, ya hay varios colectivos femeninos. En mi época, desde 1990 hasta 2015 fueron años donde la voz masculina primó sobre la voz femenina en la fotografía periodística.

Y si vos mirás en los medios, aparte de una fotógrafa joven que lo está haciendo muy bien, no encontrarás más fotografías periodistas. Entonces, eso también es un termómetro muy alto y rojo. Siempre me he hecho la pregunta: ¿por qué no hay más mujeres fotógrafas en los medios?

Siento que en Colombia las narrativas fotoperiodísticas son masculinas y machistas de alguna manera. Porque no es solo el fotorreportero, no es solo el colega de uno. También el editor, él es quien decide cuál foto va y cuál foto se queda por fuera de la selección; se trata del cómo juzgan el trabajo de las mujeres fotógrafas, del cómo lo catalogan, se trata del quién decide si tu trabajo es mejor que el otro. Y quienes deciden..., son los hombres.

Hay un desconocimiento también muy grande del trabajo que han hecho las mujeres. Yo no soy la única, hay muchas más y con mucho talento.

PVG: Entonces, ¿cómo logró usted adquirir visibilidad en un mundo en el que primaba el trabajo masculino?

R/: Pues 've', ¿una?, el trabajo. Mi trabajo ha sido muy bueno, y logró visibilizar o rescatar fotográficamente muchas cosas que otros no fotografiaron, no publicaron. Además, porque

he sido muy persistente, no he cambiado mucho la línea a la que me he dedicado, que es la del conflicto y los derechos humanos.

Y creo que donde está el valor de mi trabajo es en que me he reinventado en el tiempo y le he dado un giro a mi mirada fotográfica. No me quedé solo esperando a que los hechos ocurrieron. Usé la fotografía como un instrumento narrativo para trabajar con las comunidades.

Los hechos violentos eran importantes y los actos violentos como las tomas²⁹, las masacres, fueron importantes desde el fotoperiodismo. Pero, en el fondo, eso no era lo vital. Lo trascendente era lo que pasaba después con las comunidades. Y yo me dediqué a eso.

PVG: Vivió una época muy entregada a los medios de comunicación, pero después se alejó de ellos, ¿cómo fue ese proceso?

R/: Decidí ser mamá. Ya tenía tres hijos muy chiquitos, y eso implicaba unas cosas como mujer y como mamá. Esa fue una de las cosas que más influyó.

Yo tuve a mis hijos en el 2005, en el 2006, y recuerdo que, en esa época en la que estaba en embarazo de los mellizos, Vicente Castaño y alias el “Mono Leche” entraron en proceso de desmovilización en el marco de un programa de erradicación de coca manual en Amalfi (departamento de Antioquia), una zona donde ellos, los paramilitares, tenían influencia. A mí me tocó cubrir esas erradicacio-

29. La toma guerrillera, de acuerdo con dejusticia.org, es un tipo de ataque armado sorpresivo y planificado contra uno o varios objetivos que pueden consistir tanto en emplazamientos territoriales como en grupos de personas civiles o no. De acuerdo con el Centro Nacional de Memoria Histórica, entre 1965 y 2013, Colombia registró 1.755 incursiones en centros poblados y cabeceras municipales.

nes. Fueron caminatas largas. Tuve que dormir en el monte... Fue muy exigente físicamente y yo con el embarazo; inclusive pensé que había perdido el bebé.

Para mí fue muy difícil y ha sido, de alguna manera, muy doloroso tomar la decisión de renunciar a cosas profesionales para darle prioridad a lo personal.

Dejar de asumir riesgos desde la profesión porque tenía tres hijos que dependían de mí. Tener familia como mujer no es un impedimento, pero sí es una limitante.



PVG: Hablemos un poco de esos acontecimientos que marcaron su carrera profesional antes de que decidiera retirarse de los grandes medios de comunicación.

R/: Para mí hay un evento que fue muy importante: la masacre de San Carlos en el 2003. Encontré, a través de Cielo — una líder comunitaria que fue asesinada muy joven— lo que significaba perseguir la muerte. Pero, también encontré la dignidad del muerto y la dignidad de nosotros como personas que sufren el conflicto. Cielo fue uno de los últimos cuerpos que recogieron las volquetas después de recuperar todos los cadáveres. Me confrontó mucho con la muerte y con la vida, me confrontó con el ejercicio fotoperiodístico.

Otro hecho que me queda en la memoria es el cubrimiento del asesinato (por parte de las FARC) de Gilberto Echeverri y Guillermo Gaviria cuando fue gobernador de Antioquia. Un día después me tocó visitar el campamento donde estuvieron secuestrados. Me impactó mucho ver las condiciones en las que estaban, saber lo que habían vivido; pero también entender el juego del Ejército en ese hecho, porque entramos por un lado muy largo y difícil, pero salimos por otro lado muy fácil. Entonces, cómo nosotros íbamos a cubrir la noticia hay una gran burla o a veces engaños de parte del Ejército.

¿Sabés también qué?, la Operación Orión y la Operación Mariscal se han quedado muy marcadas en mi memoria. ¿Cómo una ciudad a la luz de todos vive una guerra interna en un barrio, pasa lo que pasa, sacan a gente viva y la desaparecen? Una guerra perpetrada por encapuchados, por sapos y delatores, por la guerrilla, por los milicianos, por los paramilitares, por la Policía, por el Ejército, ¿y únicamente afectó a ese sector de la ciudad? No paralizó el mercado ni al comercio, no paralizó las empresas, no paralizó la indus-

tría, no paralizó las universidades, no paralizó la escuela. Y la prensa no hizo nada, simplemente, se dedicó a registrar las noticias. A mí eso me ha llamado mucho la atención. Me impactó mucho cómo a toda una comuna entera se le transformó y se le trastornó su vida por años.

Hay otro hecho que a mí me ha indignado mucho, me marcó y me hizo estar más en contra del Estado y de las Fuerzas Armadas: Bojayá. Para mí, Bojayá fue uno de los grandes ejemplos de burla a la prensa, de veto al derecho a la información, a informar bien. Bojayá me marcó mucho porque, dentro de los parámetros determinados por el Ejército y por el Estado, periódicamente fue muy difícil cubrirlo.



PVG: Ahora que hablamos sobre el tema de Bojayá, hubo un asunto que fue muy discutido en ciertos círculos académicos y periodísticos sobre un trabajo que usted estaba haciendo en ese municipio, en el año 2017; cuando se estaban exhumando a las víctimas de la masacre de mayo del 2002, y los dolientes expresaron que no querían que usted ni la periodista que la acompañaba estuvieran allá.

R/: Realmente lo que nos pasó en Bojayá fue un hecho que se salió de mi entendimiento. Las circunstancias que rodearon los hechos, las presiones que hubo por parte del Comité de Víctimas. Las amenazas, porque nos amenazaron directamente, tanto por escrito como verbalmente, y nos pusieron en una situación de indefensión absoluta en medio de la selva. Y claro, como ellos entendieron cuál era nuestra intención como periodistas, nos callaron y nos intimidaron.

Y llegar a la ciudad y enfrentarnos a una cantidad de reproches por parte de la academia, del mismo Centro Nacional de Memoria Histórica y de los periodistas, nos desconcertó aún más. En ningún momento conocieron nuestra versión, sino que le dieron prioridad al testimonio de las víctimas.

Se nos atacó mucho porque no respetamos el silencio de las víctimas. Entonces, mis preguntas son: ¿el propio Comité de Víctimas respetó el silencio de las víctimas?, ¿respetó el silencio de las familias que no querían que exhumaran los cuerpos?, ¿el Comité de Víctimas nos escuchó?, ¿nos escuchó el país? No, nadie nos escuchó, nadie quiso saber por qué nosotras estábamos allá, cumpliendo con nuestra labor periodística.

A mí eso me desconcertó mucho, pero por sobre todas las cosas me aclaró el poder que ostentan las víctimas en el

país y el poder que nosotros les estamos otorgando. Y no las estoy cuestionando, tienen derechos legítimos, pero ¿de qué forma los ejercen?

PVG: ¿Qué era lo que ustedes querían cubrir?

R/: Cuando estuvimos allá descubrimos muchas cosas, no muy chéveres, para narrar el conflicto de las exhumaciones de los 90 cuerpos en Bojayá. Era la tercera vez que se exhumaban los cuerpos y era la tercera revictimización de los dolientes frente a esas exhumaciones.

Ahora me entristece y me duele mucho el darme cuenta de cómo hicieron un show con la entrega de los cuerpos, y cómo condujeron hasta allá a tres mil personas a vivir y sufrir durante diez y hasta veinte días esos procedimientos, cuando nadie sabe el trasfondo ni la cantidad de plata que corrió por el medio, además del dolor de muchos de los familiares que no querían que fuesen exhumados sus seres queridos.

Es la única vez que me ha pasado eso. Me dejó muchos sinsabores. Eso me ha causado mucho temor y, sobre todo, me ha impedido hacer el trabajo.

PVG: ¿Cómo fueron esas amenazas del Comité de Víctimas?

R/: A mí me intentaron quitar la cámara. Nos dijeron que nuestra seguridad no nos la garantizaban. Tres días seguidos nos estuvieron amenazando Leyner Palacios y Yuber Palacios. Sobre todo Yuber, tengo entendido que ahora tiene mucha fuerza en el Comité. Me insultaba fuerte, me gritaba que “cualquier cosa” podría ocurrirme, que yo no tenía

por qué estar allá, que yo qué estaba haciendo, que ese no era un lugar seguro para nosotras, que a todos los que me estaban ayudando a hacer las fotografías les podía ocurrir “cualquier cosa” también. Inclusive, hostigaron mucho a uno de los indígenas que me dejó entrar a su casa para hacer fotografías.

Tuvimos que llamar a Bogotá, a la FLIP³⁰, nos dieron la orden de salir. La Fiscalía incluso nos dijo que no estábamos seguras allá, que nos fuéramos para Vigía del Fuerte, que ellos nos acompañaban. Luego, cuando veníamos de viaje el viernes por la mañana que logramos salir de Bojayá con el padre Antun, nos dijeron que ojalá llegáramos bien a Quibdó, que ya después de estar en Quibdó podíamos estar tranquilas.

Y cuando llegamos a Medellín nos mandaron un texto por WhatsApp en repetidas ocasiones. Siguieron las amenazas, siguió el hostigamiento y nos monitoreaban permanentemente. Inclusive impidieron mi trabajo reporteril en Medicina Legal y en la Fiscalía para seguir indagando acerca de los cuerpos recuperados y su identificación.

PVG: ¿Ha recibido otras amenazas a lo largo de su carrera?

R/: He recibido tres amenazas grandes.

30. La Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) es una organización sin fines de lucro fundada en Colombia con el objetivo de defender la libertad de expresión. Es miembro consultivo ante la Organización de los Estados Americanos (OEA), además, es integrante del Proyecto Antonio Nariño (PAN) y la plataforma Más Información Más Derechos, también de la red Intercambio Internacional por la Libertad de Expresión (IFEX) y del Global Forum for Media Development (GFMD).

PVG: ¿Cuándo fue la última vez que sintió que ejercer el periodismo en Colombia es difícil?

R/: En 2019. Yo estuve acompañando un proyecto internacional con la IWMF (International Women's Media Foundation) con periodistas que vinieron de varias partes de Iberoamérica para abordar temas sobre Medellín. En ese acompañamiento, yo era curadora y verificadora de la información que producían y, a la vez, era el enlace con las fuentes.

Hubo varias de ellas que estuvieron interesadas en el tema que yo manejo sobre desaparición forzada. En uno de los trabajos, entramos a la Comuna 13. Como yo había adelantado reportería en el sector, sentí que había posibilidades de ingresar para terminar la historia de un chico que desapareció del barrio Eduardo Santos.

Fui al barrio a hacer las fotografías, pero al rato de estar trabajando me abordaron dos hombres armados y me empezaron a interrogar. No creyeron que yo fuera de la prensa. Creían que yo era de la Policía Nacional, de la Fiscalía. Me exigieron mis documentos y los fotografiaron, se apoderaron de todos mis datos personales. Me retuvieron por 4 horas.

Se subieron a mi carro. Uno estaba armado. Uno se sentó adelante, a mi lado, el otro se sentó atrás:

—Vamos a salir del barrio.

—Ustedes necesitan que yo salga del barrio y que no vuelva. Entonces, listo, yo sé el camino, yo los dejo acá y yo sigo.

—No, usted va a seguir con nosotros. Nosotros somos los que decidimos qué hay que hacer.

Cuando me dijeron eso, yo pensé “me van a sacar de la ciudad y me van a matar, o me van a entregar a otra gente, o no sé qué van a hacer conmigo”.

No entendían qué era eso de la “prensa independiente”, ni qué era ser freelancer y no trabajar para un medio en específico. Ellos me argumentaban “si usted no tiene el carnet de *El Colombiano* o de Caracol, usted no es periodista”. Sentí que la discusión con ellos era tiempo perdido.

Yo entré al barrio a las tres de la tarde, a las cinco me sacaron. Cuando llegamos a una vía principal, les dije:

—Listo, hermanos. Aquí ya bájense porque yo ya salí del barrio.

—Bueno. Usted sabe cuál es la ruta de llegada, pero sabe también que hay una ruta de “no salida” del lugar. Entonces, si usted vuelve a ingresar, ya sabe lo que le puede ocurrir.

—Pero ustedes nunca se identificaron, ¿ustedes quiénes son?

Después supe que ellos eran integrantes del Clan del Golfo. Siempre me entró la duda sobre si se trataba de grupos armados ilegales, si eran vigilantes del barrio, o si era la misma policía con funcionarios infiltrados, que a veces los hay.

Le escribí a la IWMPF y les relaté lo acontecido, ellos me brindaron algunas recomendaciones y me dirigí luego a la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP). Tomamos la decisión de poner la denuncia en Bogotá.

La Fiscalía lo tipificó simplemente como un secuestro. El caso lo trasladaron para Medellín al tiempo que yo recibía

otras amenazas. Ellos (el grupo ilegal) enviaron correos a la casa de mi mamá, un sobre con documentación mía y con artículos que habían descargado de internet, como advirtiéndome: “Vea, es que a usted la estamos investigando”. Las nuevas amenazas y hostigamientos los consigné ante la Fiscalía, pero nunca obtuve una respuesta.

La Fiscalía nunca me quiso dar el documento de la denuncia por escrito, sino que me dio un radicado, como una nota criminalística. Y cuando la Unidad de Protección en Bogotá me empezó el proceso de protección, la Fiscalía no quiso dar la denuncia. No hemos podido entender por qué se han interpuesto tantas trabas.

Lo que me pasó fue una ratificación más de la desprotección en la que se encuentra la prensa en un país como Colombia, sobre todo las mujeres.

PVG: Además de lo que acaba de narrar, ¿hay alguna escena o imagen que nunca quisiera repetir?

R/: Yo diría que todas. Pero hay una que se me quedó clavada en el corazón. Estuve en una exhumación en La Granja, Ituango. Cuando destaparon la fosa, la mamá, a lo lejos, empezó a gritar: “Juan Carlos. Mataron a mi Juan Carlos. Te quitaron los zapatos...”.

A mí eso me impresionó tanto. Ese sonido en ese silencio del monte. Esa mamá gritando de dolor.

Yo hubiera querido, de alguna manera, no haber tenido que vivir el país en conflicto a través de la fotografía. A mí me conmueve mucho cuando algunos jóvenes dicen:

—Ay es que esa época que usted vivió de la fotografía fue tan buena, todo lo que viajó, lo que pudo hacer, conocer a los “armados” y a los jefes.

—¿“Tan bueno”? No. ¡Tan doloroso!

PVG: Tiene cierta afinidad por cubrir hechos relacionados con la desaparición forzada...

R/: Siento que acompañar el tema de la desaparición forzada es también una búsqueda personal. Inclusive, durante un tiempo sufrí un cuadro de depresión, de tristeza profunda, y fui a tratamiento psiquiátrico y psicológico. Fueron dos años de mucho miedo, preguntándome por qué yo no era capaz de encontrar eso que había perdido. Y lo encuentro, o trato de encontrarlo, a través de los familiares o de las madres que buscan a sus hijos, a sus esposos, a sus hermanos.

Asumí el tema de la desaparición forzada como un reto. En Colombia siempre se habló de los desaparecidos como un número dentro de los organismos del Estado, en Medicina Legal o de la misma Fiscalía. Pero, cuando yo me acercaba a las exhumaciones y veía la soledad de las familias y de las mamás, cómo perseguían ese cuerpo, cómo le iban trazando la ruta, cómo llevaban a los investigadores y a los fiscales a localizar el cuerpo y, también, cómo el Estado se burlaba de las familias, cómo se burlaba de las víctimas. Sentí que a través de la fotografía podía darles rostros y darles voz a los desaparecidos.

Entonces, me empecé a preocupar porque las fotografías no se volvieran un artificio, sino que se transformaran en un objeto de reclamación, en un objeto de identidad o en un objeto para transformar su cotidianidad y también su dolor.

PVG: ¿La fotografía ayuda a sanar ese dolor o, por lo menos, a evitar la repetición?

R/: Todo se demuestra a partir de la imagen. Entonces, la imagen se vuelve en ese testimonio fehaciente de que sí sucedieron los hechos, sí hubo participación de los grupos, sí hubo víctimas, sí hubo muertes, sí hay un conflicto armado. La fotografía no puede mentir, vos podés mentir muy fácil en un texto, en cambio la fotografía permanece en el tiempo y su relato es inextinguible.

En primera instancia la fotografía es un mecanismo de memoria y en aras de eso también es un mecanismo político, una herramienta también documental, una herramienta de activismo social utilizada por quienes la viven y quienes la tienen a la mano para poder trabajar con ella. Ahora, eso no garantiza la no repetición, lo que más bien garantiza la fotografía es la prueba de que los hechos sí han ocurrido.



JUANITA
GOEBERTUS
ESTRADA



El reto de convocar e inspirar a más mujeres a que se metan a la política, a que les interese, es parte de mi tarea.

Juanita Goebertus Estrada

Por Juan David Cáceres Morales / JDCM

Juanita Goebertus Estrada tiene más experiencia en temas de paz y justicia social que años. Ha sido asistente de investigación en temas de conflicto, asesora en políticas y asuntos internacionales del Ministerio de Defensa y del alto asesor de seguridad nacional. También, ha sido asesora en transiciones políticas en Sri Lanka, Gambia, Venezuela y El Salvador.

La experiencia en otros países no supera la más importante de su vida: la participación que tuvo en el proceso de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), del que hizo parte desde las conversaciones primarias, cuando nadie sabía de los acercamientos entre el gobierno de Juan Manuel Santos y el grupo guerrillero.

Integró el equipo que diseñó el Marco Jurídico para la Paz. No importaban las horas de trabajo, las semanas sin descanso; no importaba si estaba en Bogotá o en la Habana. Todo lo valía porque se sabía partícipe de un capítulo inédito de la historia reciente del país.

Joven, amable y simpática, esos fueron los conceptos con los que la definí tras recibirme en la oficina que entonces tenía en el Congreso de la República cuando era representante a la Cámara por Bogotá. Sus respuestas espontáneas y seguras convencen. Ella también interroga. No es el tipo de persona que se limita a contestar. Fui a entrevistarla, pero

también resulté entrevistado. Un juego que abrió de par en par esa puerta difícil que es la confianza. Desde el año 2022 dejó los cargos de elección popular para asumir la dirección de la División de las Américas de Human Rights Watch.

JDCM: ¿Cómo empieza a interesarse por los temas de derechos humanos?

R/: Cuando yo estaba estudiando Derecho y Ciencia Política se presentó una convocatoria a través de la universidad. Yo estudiaba en la Universidad de los Andes, y la convocatoria era para ser pasante en la Fundación Ideas para la Paz; se trataba de una pasantía para hacer seguimiento a hechos de conflicto. Concurse con varias personas y fui escogida. Mi trabajo, básicamente, era listar día a día los hechos de violencia que desembocaban en homicidios o en lesiones atribuidas a los agentes del Estado, a los paramilitares o a los grupos guerrilleros.

Durante un año trabajé en la Fundación Ideas para la Paz, y tuve contacto con una Colombia que yo no conocía desde Bogotá. Eso me hizo pensar que yo quería dedicarme a ayudar al país.



JDCM: ¿En qué momento empieza a conectar el derecho y la ciencia política, las carreras que estudió, con el ejercicio político?

R/: Cuando estaba en el colegio tenía una inclinación hacia temas de arquitectura. Mi papá es arquitecto y casi hasta el final de graduarme pensé que quería ser arquitecta. Pero constantemente la gente me decía que lo mío era pelear (risas), que yo era argumentadora, vehemente y que debía irme por el derecho. En medio de una crisis muy dura del sector de la arquitectura, en la que mi papá quebró, entre el 98 y comienzos del 2.000, decidí aceptar la recomendación de quienes insistían en que parecía tener talante para el derecho. Eso hizo que estudiara derecho y ciencia política, y desde temprano me interesó más el tema público.

La idea de hacer uso del derecho para regular las relaciones entre la ciudadanía y un Estado que debiera proveer bienes y servicios públicos básicos, que fuera posible diseñar un derecho para transformar la realidad de la ciudadanía, para luchar contra la desigualdad, para luchar contra la pobreza. Eso hizo que me interesara en el sector público y me llevó a temas como los de seguridad, justicia transicional, construcción de paz.

JDCM: ¿Fue clave en su proceso conocer a mujeres con cargos políticos como Angélica Lozano y Claudia López?

R/: Sí. Cuando era parte de la delegación de Gobierno en la mesa de conversaciones de La Habana, tenía contacto constante con el Congreso de la República, porque una de mis tareas era impulsar desde el Gobierno la legislación relacionada con el proceso de paz, como el marco jurídico para la paz, entre otros. Eso me llevó a conocer personas como An-

gérica Lozano y Claudia López, que a finales de 2017 me propusieron que me lanzara con Angélica, que iba a buscar ser senadora, como su fórmula a la Cámara de Representantes.



JDCM: Volvamos sobre la historia. Cómo termina trabajando en la mesa de negociaciones de la Habana una persona tan joven.

R/: Yo me fui a hacer mi maestría en Derecho en 2009 en la Universidad de Harvard gracias a una beca Fullbright. Cuando estaba terminando mis estudios, Juan Manuel Santos fue elegido presidente. Entonces, Sergio Jaramillo, que había sido mi jefe en la Fundación Ideas para la Paz y luego en el Ministerio de Defensa, es nombrado alto asesor de Seguridad Nacional y me llama para que trabaje con él. Desde entonces, finales de 2010, él estaba encargado de las funciones de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz a pesar de que, en propiedad, era el alto asesor de seguridad. Con él, desde finales de 2010 empezamos a construir las bases jurídicas de un proceso que apenas se gestaba. Es decir, yo integraba el pequeño grupo que estaba alistando los diálogos en esa fase secreta con las FARC.

En agosto de 2012 dimos a conocer a la opinión pública la agenda de los cinco puntos de las conversaciones de La Habana y entonces iniciamos un proceso desde Bogotá para preparar nuestros insumos para el punto cinco, que era lo que yo llevaba trabajando: el punto de víctimas y de justicia transicional. Eso me llevó a estar dos años en Bogotá alisando todo el proceso, de tal forma que, para junio de 2014, cuando iniciamos la discusión, me sumo a la delegación de Gobierno. Me fui a vivir a Cuba durante un año y medio, entre junio de 2014 y diciembre de 2015.



JDCM: ¿Qué es lo que más recuerda de ese periodo? Imagino que pasaron muchas cosas; además, el asunto de las víctimas era uno de los más delicados.

R/: Como dices, fue quizás el tema más duro de negociación. Todos fueron difíciles, pero cada uno de los otros puntos tardó seis meses mientras que el punto de víctimas nos tomó un año y medio porque era una cuestión esencial. De un lado había un compromiso, tanto de obligación jurídica

del Estado colombiano como de legitimidad del Acuerdo de Paz, frente a la ciudadanía colombiana de que tenían que ser juzgados los responsables de los crímenes más graves y representativos que habían tenido lugar durante el conflicto armado, en particular la política de secuestro, las desapariciones forzadas, los falsos positivos, los desplazamientos.

La época en la que fomentábamos los procesos de paz y se otorgaban las amnistías había quedado atrás luego del Estatuto de Roma. Además, la ciudadanía, con razón movilizada, y las organizaciones de víctimas también movilizadas, de ninguna manera iban a aceptar la impunidad en el Acuerdo de Paz. Eso se encontraba de manera existencial del otro lado, con una guerrilla que decía que “no vamos a dejar cincuenta años de lucha armada para ir a la cárcel simplemente”.

Entonces, tratar de buscar ese punto medio de una estructura que permitiera redimir cuentas, satisfacer los derechos de las víctimas, cumplir las obligaciones internacionales de Colombia, ofrecer una alternativa para que los negociadores de las FARC estuvieran dispuestos a firmar para dejar las armas, era casi que encontrar la cuadratura del círculo.

JDCM: ¿Qué significó esa experiencia para usted, una mujer tan joven?

R/: Fue un privilegio inmenso. Yo estoy muy agradecida por haber formado parte de la delegación, por el ejercicio creativo que significaba tratar de buscar fórmulas todos los días y mantener en firme nuestros principios esenciales, de que no íbamos a renunciar al resarcimiento de los derechos de las víctimas, pero también a mantenernos abiertos a las alternativas con quienes estábamos negociando.

Eso nos permitió crear un paradigma que está siendo analizado por distintos países alrededor del mundo, que es el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y Garantías de No Repetición, el cual básicamente crea cuatro mecanismos: la Comisión del Esclarecimiento de la Verdad, la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas, la Jurisdicción Especial para la Paz y fortalece el programa de reparación administrativa del programa que ya había sido creado a través de la Ley de Víctimas.

JDCM: Desde su perspectiva, ¿cuál fue el papel que representó la mujer en el proceso de paz?

R/: En el caso de la delegación de gobierno, el 60% de nosotras éramos mujeres. Yo comparto las críticas de quienes insistieron en que el grupo de plenipotenciarios, sobre todo al inicio, era todo masculino, pues apostarle a la equidad de género tenía que superar ese techo de cristal que existe en el que en el nivel técnico o en el nivel de asesoría hay más mujeres, pero que luego en los rangos de mayor jerarquía las mujeres se convierten en una minoría.

Esa presión ciudadana, en particular de organizaciones de mujeres, permitió que Nigeria Rentería y María Paulina Riveros entraran a ser plenipotenciarias de la delegación de Gobierno. Fue un paso muy importante, pero rescataría que el 60% en el equipo técnico éramos mujeres. Hicimos parte de todo lo que se propuso en la mesa de conversaciones. Yo insistiría en que este acuerdo se construyó muy de la mano con nosotras.

JDCM: ¿Cuál fue el momento más difícil durante el proceso de paz en La Habana?

R/: Diría que el que vivimos durante la fase exploratoria, entre febrero y agosto de 2012, cuando estábamos en la negociación de la agenda, en particular frente a la negociación del punto tres que es el punto del fin del conflicto. El tema más sensible era lograr en su momento que las FARC aceptaran la dejación de las armas como un elemento esencial del proceso. De hecho, durante esa fase, las FARC insisten en que el Gobierno primero debía hacer todas las transformaciones de la ruralidad: erradicar la pobreza extrema, reducir a la mitad la pobreza rural, etcétera. Y solo después abandonarían las armas.

La delegación de la que yo integraba fue muy contundente al decir que “esa era para nosotros una línea roja”, y que la única manera de que pudiéramos pasar a una fase de construcción de paz, una paz que tardaría entre 10 a 15 años, y de volcarnos sobre esos territorios, era con que al mismo tiempo de ese proceso se diera la dejación de armas.

Explicamos que, si no las dejaban, resultaba imposible garantizar un proceso de transformación sobre esos territorios. Finalmente, las FARC después de un proceso de consultas accedieron a que el proceso de dejación de armas fuera un proceso integral y simultáneo que iniciaba con la firma del Acuerdo de Paz como efectivamente sucedió. Más de trece mil excombatientes dejaron las armas luego de la firma del acuerdo final.

JDCM: Y del periodo de implementación, ¿cuál fue el momento más triste para usted?

R/: La decisión de Iván Márquez y de Jesús Santrich, entre otros, de devolverse a las armas. Es un grupo minoritario en comparación con el porcentaje de más de 92% de ex-combatientes de la FARC que dejaron las armas y que están cumpliendo.

Pero, por supuesto que el hecho de ser un nombre tan sonoro, que en su momento fue el jefe de la delegación de las FARC en la mesa de conversaciones, despierta un ruido muy duro. Le provoca mucha angustia a los excombatientes que están cumpliendo y que pueden entrar en ciertas dudas, y que no perciben que haya suficiente compromiso por parte del Gobierno (de Iván Duque) de cumplir con el Acuerdo de Paz.

La experiencia nos ha demostrado, como ocurrió en la primera fase, que es posible superar esos momentos difíciles, pero eso requiere un gobierno realmente comprometido con la implementación del Acuerdo de Paz, que no simplemente lo tenga como una nota al margen. Requiere voluntad política, recursos humanos y recursos económicos para volcarse realmente sobre esos territorios. Eso es lo que pienso que ha faltado.

JDCM: Después de su trabajo durante el proceso de paz usted se convirtió en representante a la Cámara, ¿qué ha logrado hacer desde allí para seguir ayudando en la pacificación del país?

R/: Casi que lo que más hacemos en este Congreso está relacionado con la implementación del Acuerdo de Paz, es mi prioridad y es la razón por la cual tomé la decisión de incor-

porarme al Congreso. Desde el punto de vista del control político, nosotros hacemos seguimiento constante a la implementación. Publicamos dos informes de manera multipartidista con congresistas tanto de partidos de oposición como independientes. Sacamos un primer informe luego de un año del gobierno de Duque y sacamos un segundo informe dedicado a la reincorporación con datos muy preocupantes como, por ejemplo, que entre el 70 % y el 80 % de los excombatientes que han cumplido, que dejaron las armas, no tiene acceso a proyectos productivos y por lo tanto su visión de futuro y de sostenibilidad corre riesgos y, con ello, también las garantías de no repetición.

Desarrollamos un proyecto con la Comisión de Paz que se llama del Capitolio al Territorio. Hicimos catorce visitas a distintas regiones: Putumayo, sur del Meta, sur del Tolima, norte del Cauca, Antioquia. Hemos estado en Catatumbo, Arauca, Caquetá, visitando territorios especialmente afectados por el conflicto, por la pobreza, con baja capacidad institucional, para hacer seguimiento a temas de seguridad territorial como es la reincorporación, para saber qué ha pasado con el desarrollo rural y con los cultivos de uso lícito y los procesos de sustitución.

JDCM: ¿Cuál fue su relación con la oposición en este proceso de paz?

R/: A lo largo del proceso, nosotros como Gobierno tratamos de abrir varios canales de comunicación con el Centro Democrático para intentar garantizar que ellos hicieran parte del Acuerdo de Paz. Hubo llamados del presidente Santos al entonces senador Uribe para que presentara propuestas, para que se vinculase, incluso para que viajara a La Habana.

Quizás el momento más importante de esa participación ocurrió luego del triunfo del “no” en el plebiscito. Cuando se abre el proceso de renegociación donde del total de propuestas presentadas por los sectores del “no”, el 98% fueran acogidas, muy a pesar de lo que querían las FARC, que estaban muy sorprendidas con la necesidad de hacer cambios. Entonces yo pienso que terminaron mostrando luego de un proceso muy difícil, luego del triunfo del “no”, una participación bien importante y unas modificaciones grandes al Acuerdo de Paz.

JDCM: ¿Se siente cansada de la violencia continua que vive Colombia?

R/: Sin duda. Yo soy muy hiperactiva y creo que no podemos cansarnos quienes hemos tenido las oportunidades de educación, de salud de calidad, de poder tener aquí el inmenso privilegio y la oportunidad de ayudar a hacer buena política pública en el Congreso. Pero claro que por momentos me agoto y me frustro de no poder hacer mucho más todavía.

JDCM: ¿Cuál es la escena que definitivamente no quisiera volver a vivir en el camino que ha recorrido ayudando a la construcción de paz?

R/: No quisiera volver a presenciar un país en el que gana el “no” a un Acuerdo de Paz.

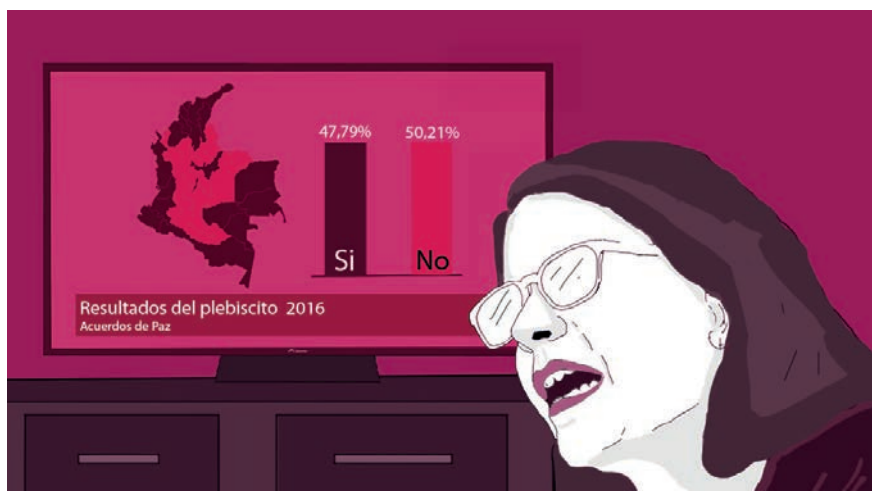
JDCM: Cómo lo recuerda, ¿nos puede dar detalles?

R/: Hubo momentos de mucho miedo. Estábamos recibiendo los resultados con todos los miembros del equipo técnico de la delegación de Gobierno y hubo momentos de mucha angustia, de llanto, de desespero, de entender qué significaba eso y cuáles eran los pasos que íbamos a dar.

Pero también siento que muy rápido asumimos que si habíamos sido capaces de ponernos de acuerdo después de 50 años de guerra con las FARC, no podía ser posible que no pudiéramos ponernos de acuerdo con personas que al final eran vecinos, primos, amigos que habían votado por el 'no', y con quienes teníamos que ser capaces de hablar para lograr unos acuerdos.

JDCM: ¿Cree que hoy el país paga las consecuencias del triunfo del no en el plebiscito?

R/: Parte del momento histórico tan difícil que lleva viviendo el país, yo creo a lo largo de los últimos tres años, es que el poder electoral se haya inmiscuido en discusiones políticas de altísimo nivel. En su momento, cuando se llega a ese acuerdo renegociado, varios de los sectores del "no" estaban muy cerca de recapacitar manifestando que se acogían al acuerdo, pero el entonces senador Álvaro Uribe Vélez lo rechaza públicamente y sobre eso se erige la candidatura y, luego, el gobierno de Iván Duque. Yo creo que al final triunfaron los objetivos electorales por encima del reconocimiento de un momento histórico para el país, independientemente de donde uno estaba ideológicamente.



JDCM: ¿Qué papel juegan las mujeres que dedicaron parte importante de sus vidas a la lucha armada y que, tras firmar la paz, hoy hacen política?

R/: El partido Fuerza Alternativa tiene mujeres en el Senado. Hay dos mujeres que han cumplido un papel muy importante en el Congreso de la República: Victoria Sandino y Sandra Ramírez. Dos mujeres muy comprometidas con los derechos de las mujeres. Muy volcadas sobre la importancia de la implementación del Acuerdo de Paz. Y ellas, como muchas de nosotras en otros sectores, están dándose la pelea dentro de su propio partido por defender los derechos de las mujeres y luchar contra las estructuras patriarcales que existen allí.

JDCM: ¿Considera que Colombia ha avanzado en la participación de mujeres en la política? ¿O cree que sigue siendo un privilegio?

R/: El camino que tenemos por delante es inmenso. Como es obvio, las mujeres somos todavía una minoría en participación política. Lograr que las mujeres asistan a mecanismos de participación como, por ejemplo, las escuelas de formación política que hemos abierto no es fácil, no solo por la repartición de los roles de cuidado, sino porque las mismas mujeres le dedicamos más tiempo al cuidado de nuestras familias.

De ahí el reto de convocar e inspirar a más mujeres para que se incorporen a la política, a que les interese, que estén dispuestas a asumir los retos y el peso que también significa hacer política. Pues esa es parte de mi tarea. Parte de la razón por la que estoy acá es apoyar a que más mujeres estén dispuestas a asumir un ejercicio de servicio público.

Si uno mira de manera comparativa realmente hay mujeres haciendo un rol extraordinario en todos los extremos ideológicos. Desde mujeres como María José Pizarro hasta una mujer como Adriana Malé Matiz en el partido conservador, son mujeres que se destacan todos los días en sus intervenciones en el Congreso.

JDCM: ¿Pensó en algún momento renunciar al trabajo que hacía durante el proceso de paz por cuenta de las exigencias familiares?

R/: Nunca, nunca. Siempre lo sentí muy duro porque era mucho tiempo lejos de la familia, muy desgastante, eran tiempos muy intensos, trabajábamos independientemente de qué día de la semana fuera. Usualmente terminábamos a las diez u once de la noche ¡todos los días! Pero sabía que hacer parte de un momento histórico para el país era un inmenso privilegio y solo manifestaba gratitud por el hecho de estar ahí y poder poner un granito de arena.



ANGELA
MARÍA
ESCOBAR



Uno no reflexiona de que fue víctima de violencia sexual. Y eso pasa porque uno se ocupa en otras cosas, por ejemplo, de sobrevivir.

Ángela María Escobar

Por Juliana Catellanos Díaz / JCD

Ángela fuma, habla, contesta llamadas, responde mensajes. La vida no la deja quieta y ella tampoco deja quieta a la vida. Empezó su camino de liderazgo gracias a su genuina capacidad de conversación y al talento para consolidar redes de solidaridad entre quienes, como ella, han padecido uno de los hechos más violentos del conflicto armado colombiano: las violaciones sexuales cometidas por grupos armados.

Habla de sí misma con orgullo y valentía. No titubea para contar su historia. Lo ha hecho muchas veces, en auditorios grandes y pequeños en Colombia y en otros 14 países, entre ellos Cuba. Viajó a esa isla para dar su testimonio cuando se desarrollaban los diálogos de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

A la entrevista llegó en una camioneta blanca, escoltada por dos hombres, un esquema de seguridad que le entregó el Estado colombiano luego de que su vida estuviera en riesgo por tratar de ayudar a una mujer víctima de violencia. Sin embargo, asegura que no siente miedo. Los hombres se quedan afuera del lugar. Estamos solas. Ángela apaga el celular.

JCD: Usted fue una de las mujeres que estuvo en La Habana, Cuba, entregando su testimonio cuando se desarrollaban los diálogos de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), ¿qué representa eso para la paz del país?

Creo que sirvió mucho que las víctimas de violencia sexual estuviéramos en La Habana, porque logramos que quedara la violencia sexual como un delito autónomo y específico que no va a tener amnistía ni indulto. Cuando uno empieza todo ese proceso, empieza a construir paz, y cuando uno construye la paz desde el corazón, y desde eso tan doloroso como es el delito de la violencia sexual empieza a hacer como un trabajo de perdón también. Porque si uno no se perdona y perdona, pues yo creo que es muy difícil construir paz.

Aunque aquí sí voy a ser crítica como buena antioqueña que soy. Hay organizaciones que dicen que por ellas quedó la violencia sexual en el Acuerdo de Paz, y eso es mentira. Eso se logró por los testimonios y, claro, por el apoyo de algunas organizaciones, pero principalmente por el testimonio de nosotras las víctimas.



JCD: ¿Por qué habla usted de perdonarse? ¿Qué debe perdonarse a sí misma una víctima?

R/: Yo creo que desde que uno entró a estos procesos, que nos organizamos digamos, después de haber conocido a otras mujeres que venían también en una lucha por el acceso a la justicia y, esto es importante, la justicia hace parte de la construcción de la paz... empecé a reconocer que uno se desentiende muchas veces del delito de violencia sexual, uno no piensa o no reflexiona que fue víctima. Y eso pasa porque uno se ocupa en otras cosas, por ejemplo de sobrevivir.

JCD: Narrar la historia, como usted lo hace ahora, es parte de reconocerse a sí misma como víctima. Lo interesante es que en La Habana usted no solo presentó su relato, también llevaba los de muchas mujeres con las que ha trabajado desde la organización Red de Mujeres Víctimas y Profesionales.

R/: Eso tiene una historia. Yo tuve la oportunidad con la Red, iniciando el año 2016, de hacer el primer Seminario Internacional: Las mujeres víctima le apuestan a la paz. En ese seminario sacamos unas postales con unas propuestas para llevar a La Habana a finales de marzo de ese año. Entonces, las coordinadoras de la Red salimos a las calles en distintas ciudades del país y le pedimos a la gente que leyera, que firmara la postal. No fue fácil, tuvimos momentos duros porque en algunas partes muchas mujeres decían “Ay, entonces uno tiene que decir que la violaron para que le den a una casa”. A pesar de situaciones como esa, fue un ejercicio muy lindo. Recogimos 4.500 firmas.

Las firmas tenían el objetivo, primero, de llevar a los Diálogos de paz las propuestas. Y, segundo, demostrar con las

firmas que las personas de la sociedad nos apoyaban en las propuestas. Con esto yo tuve la oportunidad de estar en Cuba dos veces. No sentada en la mesa principal de negociación, pero sí haciendo aportes de cómo podíamos trabajar las mujeres víctimas de violencia sexual desde la Red con las firmantes de paz. Es decir, con las mujeres de las FARC que entregarían las armas.

JCD: ¿Cómo se construyó la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales? Entiendo que en ese proceso hay un camino de búsqueda de justicia y reparación

R/: Primero yo estuve en una organización que se llama Corporación Mujer Sigue Mis Pasos. Fue una organización que conformamos a partir del suicidio de Angélica Bello, una víctima muy reconocida en el país. Su lucha se centraba en el acceso a la justicia de quienes habían padecido la violencia. Angélica fue la primera mujer que habló en público en este país de violencia sexual. Desafortunadamente se suicidó en febrero de 2013. La presión, todo, todo lo que conlleva estos liderazgos. Entonces, en mayo, conformamos la corporación para no dejar en el olvido el legado de Angélica.

Con Angélica lo que hacíamos eran encuentros a los que nos invitaba la Defensoría del Pueblo o la Unidad de Víctimas. En ese proceso conformamos un grupito de mujeres víctimas de violencia sexual. Con ellas miramos modelos de jornadas de denuncias colectivas, debido a tanta revictimización y el maltrato que nos daba la Fiscalía. En 2013, frente a la ausencia de Angélica, nos organizamos para poder avanzar y lograr vincular a más víctimas. Bueno, todo en la vida tiene un ciclo y mi ciclo en la Corporación terminó. En abril del 2015 conformamos, con algunas de las mujeres que trabajaban en la Corporación Mujer Sigue mis Pasos, la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales.

JCD: ¿Cómo pasa una mujer de ser víctima a ser líderesa? Es decir, ¿cómo se consolida ese proceso en lo íntimo y en lo social?

R/: Fui víctima de violencia sexual el 26 de septiembre del año 2000, por un comandante y dos paramilitares de las autodefensas. Al mes, cuando me dio por salir a la calle de nuevo, me dijeron que me iban a matar para que yo no contara que me habían violado. Entonces me obligaron a desplazarme. La vida de una cambia.

Yo vivía en Guatapé, Antioquia, es un pueblo, entonces pues yo soy campesina. Ya uno llegar a una ciudad de cemento, como me tocó a mí en Medellín, es duro. Aunque al principio mi familia me apoyó. Yo llegué donde una hermana, pero no funcionaron las cosas. Entonces empecé como a rodar. Estuve donde mi padre. Fui allá a escondidas para que me ayudara, porque mi situación era muy crítica.

Con mi mamá fue complejo. Recuerdo la conversación:

—¿Y usted por qué fue que la hicieron ir del pueblo?

—Ma (mamá), es que a mí me violaron.

—¡Eso fue por vagabunda!

Porque a mí me encantaba farria (ir de fiesta). Bailar era mi vida. Bueno, ese era el concepto que ella tenía. Entonces ya dejaron de ayudarme. Y vulgarmente, como digo yo, y se lo dije a mi hijo mayor, “esta mierda me la como sola”. Y ahí empezó como a voltearse la torta, como dice el dicho. Me tocó dormir en la calle, buscar en las canecas de las basuras de las plazas de mercado qué comer. También me tocó robar. Y ya a lo último tener que ejercer la prostitución.

Ya siendo prostituta me enfermé. Entonces me hicieron una cirugía porque a mí se me estranguló una úlcera por tanto consumo de licor, droga y poca comida. Y recuerdo mucho, y siempre lo voy a decir, en medio de esa cirugía le pedí mucho a mi Dios que me diera una oportunidad de vida, que yo le prometía que iba a cambiar.



JCD: ¿Y de qué manera llegó esa “segunda oportunidad” como usted lo señala?

R/: Yo vivía en un inquilinato y allá había una señora que hacía manualidades. Y uno sin plata ni nada, pues le dije a ella que si me enseñaba. Aprendí. Y desde ahí empecé como a surgir en mi vida personal. Y cualquier día conocí a una señora que venía del departamento de Chocó a poner una denuncia en la Fiscalía en Medellín, y me dijo que la acompañara. Me fui con ella. Y estando allá decidí denunciar lo que me había ocurrido. Habían pasado 10 años.

Y en la Fiscalía me atendió, como digo yo, lastimosamente una mujer. Porque cuando yo empiezo a contarle ella empieza a preguntarme:

—¿Y cuánto se demoró cada uno violándola?

—Señora en ese momento se me paró el reloj-.

—¿Y usted tenía las uñas pintadas cuando la violaron?

—Toda la vida me he pintado las uñas.

—¿Usted sabe de qué grupo armado eran?

—Sí señora. Son del Bloque Metro, porque ellos instalaron en el pueblo.

—Ay, pero es que el Bloque Metro ya no existe.

—Pues claro, le estoy contando algo que pasó hace 10 años.

Todo era en contra mía. Y ya me dio como ese desespero, y me puse a llorar y me fui.

JCD: ¿Siente esa experiencia dolorosa como una segunda oportunidad que la condujo a pasar de víctima a lideresa?

R/: Bueno es que de la Fiscalía salí para la Defensoría del Pueblo. Allá me atendió la psicóloga. Y de ahí me fui para la casa porque no paraba de llorar. A los pocos días me llamaron de la Defensoría. Yo muy asustada, porque dije “yo, yo qué hice de malo” porque uno piensa que cometió cualquier delito. Entonces fui y era para un proyecto de ayuda psicosocial a víctimas de violencia sexual en el conflicto armado, que lo había conseguido la doctora Pilar Rueda con la Embajada de Holanda. (Blanca del Pilar Rueda Jiménez, actualmente asesora de la Jurisdicción Especial para la Paz)

Y llegué allá a la Defensoría, y estaban otras 30 mujeres en un círculo. Yo decía, pero esto qué es. Cuando ya nos explicaron que eran círculos para dar apoyo psicosocial. La primera mujer que se presentó como se hace en todo, empezó a contar qué le había pasado. Y eso fue repetitivo. La otra se presentaba y contaba qué le había pasado. Yo pensaba “a mí no me pasó nada lo que le pasó a ella, ni lo que le pasó a ella, pero siempre con mi cabeza -a mí no me pasó nada, a mí no me pasó nada...”. No faltan sino sábanas y baldes para echar las lágrimas.

A partir de ese día empezamos el proceso del proyecto. Y yo me fui convirtiendo no en una líder, sino como en un apoyo para ellas (otras mujeres víctimas del mismo delito). Porque ellas me llamaban “Ay Ángela es que mire, me pasó esto”. Y yo les decía “consígase el pasaje para que baje hasta la casa, nos tomamos un tinto, nos fumamos un cigarrillo, y yo le doy el pasaje que le prestaron para que se devuelva”. Y así empecé un proceso sin pensarlo. Ya después de la Defensoría empezaron a mandarme acá a Bogotá como a conferencias; y de la Unidad de Víctimas empezaron a reconocerme. Después entonces organizamos la Corporación Mujer Sigue mis Pasos, y después la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales.



JCD: ¿Cómo está conformada la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales que usted lidera?

R/: Somos 19 coordinadoras y más o menos 850 mujeres. Estamos en el departamento de Antioquia, particularmente en Medellín y en los municipios de Barbosa, Apartadó y Chigorodó. También en todo el Bajo Cauca y en Arauca. En el departamento de Bolívar estamos en Cartagena, en María la baja y San José del Playón. En el Meta estamos como en seis municipios como Fuentes de oro, Lejanías, Granada, San Juan de Arama y Villavicencio. Además, trabajamos con cinco comunidades indígenas. Y estamos en el municipio de Soacha y en la localidad de Ciudad Bolívar en Bogotá.

JCD: En ese trayecto como lideresa, ¿no ha sentido miedo de que atenten contra su integridad? Dado los niveles de violencia que se reportan en Colombia contra quienes ejercen liderazgo social

R/: No, mira que yo no es que sea la más fuerte ni la más guapa. Pero yo ya estoy mentalizada que algún día me tengo que morir. No sé cómo, pero sé que puede que sea por una enfermedad, un accidente, un atentado, no sé, pero si tengo muy claro en mi vida que me tengo que morir. Bueno, y yo tengo mucho apoyo de mis dos hijos. El mayor sí me dice “madre qué pereza, uno no puede salir con usted a compartir porque usted siempre es con esa gente (guarda espaldas)”³¹.

31. Ángela tiene asignado por el Estado un esquema de seguridad compuesto por un carro y dos guardaespaldas.



JCD: ¿Cuáles han sido sus logros como líder desde los distintos escenarios en los que ha defendido los derechos de las mujeres víctimas de violencia sexual?

R/: Digamos haber logrado una superación personal. Yo creo que eso ha hecho también que mis hijos vivan muy orgullosos de mí. Haber logrado hablar, no solamente de una violación por grupos armados, sino dos violaciones más. Yo tuve la primera violación a los 14 años y nunca había identificado que había sido víctima de violencia sexual.

Pero mi mayor satisfacción es saber que pude, puedo y sigo ayudándole a tantas víctimas de violencia sexual en este país... de que una no deja como de pensar, es que no solamente hablamos de construcción de paz en conflicto, porque la inseguridad en este país también hace parte de una construcción de paz.

También es un logro que parte de la institucionalidad tome conciencia de que esto (la violencia sexual) es un delito, y como delito hay que tratarlo. También de que las familias tomen conciencia que no fue culpa de nosotras.

JCD: ¿Espera que desde la justicia transicional se reconozca a las víctimas de la violencia sexual?

R/: Yo siempre he dicho que a la Comisión de la Verdad le faltó tiempo. Porque uno espera en esos diálogos es la verdad de lo que pasó en el reclutamiento, en los mal llamado falsos positivos, en violencia sexual, entre otros. Uno espera la verdad, y la Comisión de la Verdad ya se acabó. Para mí, eso es una verdad a medias. Por ejemplo, a nosotras no nos tuvieron en cuenta, a la Red de Víctimas y Profesionales no nos tuvieron en cuenta.

De hecho, nosotras pasamos dos informes, uno de mujeres hetero y otro de hombres. Pero si usted mira el informe de la Comisión de la Verdad, en violencia sexual el de los hombres está como un pie de página, o sea, no tuvo importancia.

JCD: Bueno, pero en la Justicia Especial para la Paz (JEP) se abrió un macrocaso para tratar asuntos como la violencia sexual, ¿puede esto abrir el camino para la justicia que las víctimas esperan?

R/: Con la JEP uno espera justicia, verdad, reparación y garantías de no repetición, porque ese es el sistema. Y solamente le voy a hablar del caso de violencia sexual, el famoso Macro Caso 11³². Primero, es un macro caso donde, como digo yo, revolvieron manzanas con peras y limones. Y no es que no sean importantes algunos temas, obvio que son importantes. Por ejemplo, la violencia reproductiva, la

32. La Justicia Especial para la Paz (JEP)

violencia por orientación sexual... pero mezclaron distintas violencias en ese macrocaso³³, y eso complica que se haga justicia.

Para mí como víctima, y que hemos luchado tanto, donde no pase nada con violencia sexual, Colombia va a quedar muy mal parada ante el mundo, porque el mundo está esperando el resultado de esta justicia transicional y restaurativa.

Claro, porque además se ha abanderado de ser el único proceso de justicia transicional con enfoque de género del mundo

Yo me conozco 14 países del mundo, y a cada país que llego me preguntan por el Acuerdo de Paz. Qué vergüenza, porque es que falta pedagogía, porque las mujeres de muchas regiones del país no saben ni siquiera qué es la JEP ni cómo funciona. Esa es la realidad.

A partir de toda su trayectoria, ¿cuál cree que es la acción que se requiere como parte del camino hacia la paz para ayudar a las víctimas de violencia sexual?

La propuesta de la Red de Mujer Víctimas y Profesionales es la construcción de un centro especializado para atención a víctimas de violencia sexual. Esto no existe en Colombia. No es un centro de salud, ni es un ala de un hospital. Es un centro especializado para la atención a víctimas de violencia sexual. El modelo es el Hospital Panzi que lidera el doctor Denis Mukwege en la República Democrática del Congo. En el hospital Panzi no solo se ofrece atención médica física, con quirófanos y salas de recuperación, también se da apoyo emocional.

33. El macrocaso fue nombrado como "Violencia basada en género, violencia sexual, violencia reproductiva, y otros crímenes cometidos por prejuicio basados en la orientación sexual, la expresión y/o identidad de género diversa en el marco del conflicto armado colombiano".

Desde el momento en que una víctima ingresa al hospital, es recibida por “la madre”, una sobreviviente que la acompaña durante todo el proceso de recuperación. Este apoyo emocional es continuo y personalizado. Según el estado emocional de la paciente, puede permanecer en rehabilitación durante dos o tres meses, siempre acompañada.

Además, el hospital promueve la autonomía económica de las mujeres. Les enseñan artesanías y oficios, algo poco común en un hospital, pero esencial para su empoderamiento.

Así, la atención no se limita a la salud física, sino que también abarca la recuperación emocional y el desarrollo de habilidades para una vida digna y autónoma.



JCD: Ese proyecto suena muy impactante y me conduce a plantear la última pregunta, ¿es muy difícil conseguir recursos económicos para acciones que lleven a la paz en nuestro país?

R/: ¿Cómo lo explico? Yo siempre digo —me siento importante, pero pobre— (risas). La verdad es que en este ámbito, uno reconoce que han sido las agencias de cooperación internacional las que han aportado los recursos. Sin embargo, entiendo que, debido a situaciones como la guerra en Ucrania y el conflicto en Palestina, muchos de esos fondos se han desviado hacia esos países.

Obtener recursos a través de convocatorias es como el matrimonio: fe y suerte. Uno presenta los proyectos esperando que sean aprobados, pero no hay garantías. Ese es uno de los mayores obstáculos para acceder a recursos, porque si no hay proyectos aprobados, no hay fortalecimiento, ni avances. Esto nos afecta directamente.

Además, los gobiernos nacionales, que deberían asumir parte de esta responsabilidad, tampoco hacen mucho al respecto. He criticado bastante a la Unidad de Víctimas, no solo por la corrupción, sino porque, en general, no está cumpliendo con su función de manera efectiva.



DORIS
SUÁREZ
GUZMAN



Dentro de mí pensaba que simplemente eso se iba a implementar y la gente diría “qué maravilla la paz” y que la conocerían, la amarían y la defenderían.

Doris Suárez Guzmán

Por Sara Martínez Pedreros / SMP

Doris Suarez es una mujer que a primera vista no aparenta su edad. Es divertida y de expresiones físicas y verbales precisas. Suele usar jeans con botas y camisas que compra en La Casa De La Paz. Pero quizás, lo que más la identifica es la cerveza que siempre la acompaña, una forma de gozarse la vida en la nueva oportunidad que tuvo luego de La Trocha, el proyecto de cerveza que inició con cuatro firmantes del Acuerdo de Paz de 2016.

Aspira a que nadie le “joda la vida”. Ella tampoco lo hace. Su energía la enfoca en el trabajo como directora y cabeza de los dos proyectos convergentes: una cerveza artesanal y una casa que quiere que sea el escenario para narrar las vivencias del país en torno a la paz. Es un lugar que grita vientos de cambio en sus paredes, un grito que también es suyo por ser una ex-fariana.

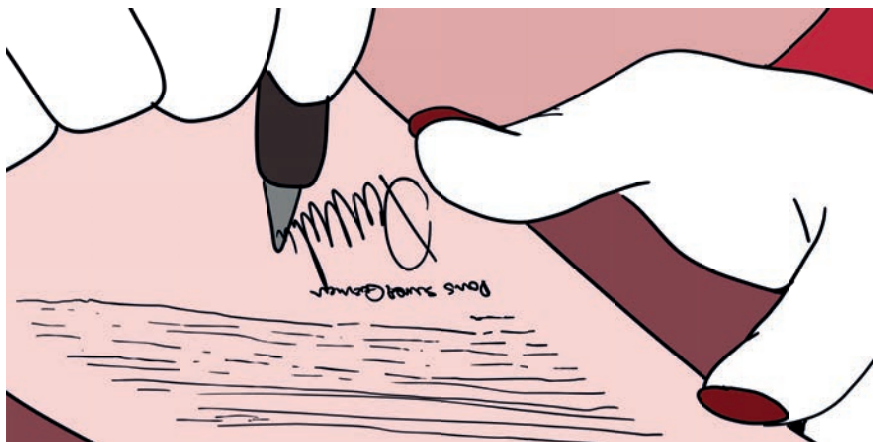
Doris es tolimense. Se describe a sí misma como una mujer nacida entre lo rural y lo urbano, pues sus padres eran campesinos, pero ella creció en la ciudad. Su vida ha estado marcada por sus ganas de cambiar las cosas: muy joven deseó y decidió pertenecer al grupo guerrillero Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Hoy trabaja a diario por generar un cambio en el país a través de oportunidades para los excombatientes de las FARC y para las víctimas del complejo conflicto armado colombiano.

SMP: ¿Cómo se define hoy, después de una década sin armas?

R/: Soy una firmante de paz, que está ahora con este proyecto colectivo que es la Casa de la Paz y La Trocha.

SMP: ¿En qué momento decidió trabajar por la paz?

R/: Nunca lo asumí como mi misión porque para nosotros, los firmantes, la paz era la implementación de los acuerdos..., en esas 300 páginas donde se concentran los puntos fundamentales de transformación social, política y económica que dieron origen al conflicto. Yo pensaba que con el Acuerdo de Paz, las personas se iban a dar cuenta de que nosotros no éramos el problema de este país, sino que el verdadero problema siempre fue la inequidad e injusticia social. Dentro de mí pensaba que simplemente eso se iba a implementar y la gente diría “qué maravilla la paz” y que la conocerían, la amarían y la defenderían. Pero al ver que no fue así solo las cosas se dieron... porque al final la Casa no fue idea nuestra, la cerveza no fue idea nuestra. Nosotros salimos de la guerrilla y de la cárcel y fue como si tu papá te dijera de la nada “ponte a hacer algo” y tú piensas qué carajos me pongo a hacer.



SMP: ¿Cómo nace la cerveza La Trocha y La Casa de la Paz?

R/: Nosotros tuvimos que empezar a buscar opciones. Confidencialmente iban a hacer jabones y traperos y yo dije “Bueno, vámonos por esa línea”, pero tuvimos la buena suerte de encontrarnos con los hermanos Hello, que tienen una cervecería en Ubaté (Cundinamarca) y ellos dijeron “Vámonos por la cerveza” y yo dije “bueno” porque a mí ¡me encanta!

Lo mismo fue con la casa, ¡tampoco fue idea nuestra!, sino que fue por una coyuntura muy particular, de confluencia de muchos sectores sociales, víctimas, madres de soldados, de policías; en donde la palabra nos permitió ver que podíamos lograr un mayor impacto, sobre todo con la respuesta de la ciudadanía. Fue un con mercadillo por la paz y en plena pandemia. Las personas no iban a mirar sino a comprar, y prácticamente se le salvó la navidad a más de un emprendimiento. Quedaron muy contentos, nos preguntaban ¿compañera, cuando lo van a volver a hacer? Y fue ahí donde se nos prendió la lucecita.

SMP: ¿Cómo ha recibido la gente este proyecto?

R/: Jamás esperé una receptividad tan grande y hermosa como la que tenemos hoy. Siento que no ha sido idea nuestra, sino que las circunstancias nos han dado a entender que podemos lograr mayores cosas y que tenemos una misión diferente a la que teníamos al principio solo con la cerveza. El mérito nuestro ha sido saber aprovechar los momentos y circunstancias, tomar decisiones y sobre todo hacerlo colectivamente, eso es lo mejor.

La población colombiana, en especial en Bogotá, han sido muy generosos con la casa, porque a pesar de no tener aviso y movernos solo por redes sociales, este proyecto ha des-

pegado mucho e incluso ha superado a muchos que tienen más antigüedad que el nuestro; y es lo colectivo lo que lo hace hermoso porque todos han aportado, desde su academia hasta un mueble, o incluso solamente con venir a la casa y no hacernos sentir tan solos..., en verdad, ha sido muy bonito.

SMP: ¿Por qué este proyecto suma a la construcción de paz en el país?

R/: No siento que estemos haciendo algo especial, pero sí algo muy importante, porque no solamente estamos liderando un emprendimiento productivo que está generando posibilidades a cuatro firmantes, que tienen contrato de prestaciones laborales y todos los beneficios de ley, sino que también está apoyando la implementación del acuerdo de paz, en el espectro de la comercialización de productos que benefician a firmantes y a víctimas del conflicto.

SMP: ¿Dónde nació la idea de apoyar a firmantes y víctimas del conflicto?

R/: Cuando inició el Acuerdo de Paz, muchos de los camaradas nuestros se dedicaron a cultivar y a producir y ¿dónde comercializaban? Entonces nosotros sentimos que era como el “talón de Aquiles” y decidimos constituirnos de una mejor forma para poder apoyar a los demás y poder dar de alguna manera lo que hemos recibido.

SMP: ¿Le produce algún miedo este proyecto de paz?

R/: Una de las preocupaciones actuales es lograr comprar esta casa, porque pagamos arriendo y al igual que otros emprendimientos de otros camaradas en áreas rurales, el problema de la tierra es una amenaza para nosotros... Y vos

ves esta casa que ya tiene mucho la impronta nuestra y ¡hacer un trasteo de esto! creo que no cabe en la cabeza imaginárselo. El miedo es que si no la tenemos en cualquier momento los dueños de la casa nos pueden decir “les damos la indemnización y hasta luego” y vivir con esa zozobra es feo, y más con todo lo que le hemos invertido a las cuestiones locativas, lo que hemos invertido en poner nuestro sello y el de muchas personas, ya la casa se ha posicionado y es un referente.

SMP: ¿Cómo es el proceso de sensibilización que hace la Casa de la Paz?

R/: Lo que nosotros más sensibilizamos es frente al Acuerdo de Paz, porque los grandes medios de comunicación lo que intentaron dar a entender era que el Acuerdo nos beneficiaba solamente a nosotros como exfarianos. En realidad, si miran el Acuerdo, está encaminado a acabar con esas causas estructurales que dieron origen al conflicto, y, si acaso, nos beneficia a nosotros en un 10 % y el resto es un beneficio para el pueblo colombiano.

Por eso, queremos desde este proyecto que las personas entiendan que el Acuerdo quiere tratar de ir cerrando un poco esa brecha de inequidad, especialmente en el campo. Entonces nosotros sensibilizamos frente a eso porque nosotros decimos, tú solamente defiendes lo que conoces, si las personas conocieran el Acuerdo de Paz lo defenderían.

También sensibilizamos frente a la Comisión de la Verdad y sensibilizamos frente a lo que somos nosotros porque estamos como esa sociedad civil; y eso es realmente positivo porque se desmienten muchas falsas ideas que se tenían.



SMP: Dentro de estos procesos, ¿cómo la Casa trabaja con las víctimas del conflicto armado?

R/: Para mí las víctimas han sido las más generosas..., porque obviamente está su dolor y la puteada hacia nosotros cuando los afectamos o hacia cualquiera de las organizaciones, pero está su parte noble, y es el querer que otras personas no sufran lo que ellas han sufrido. Es esa nobleza la que nosotros rescatamos, y los que han venido acá a la Casa han hablado de su dolor. Yo pienso que por muy dolorosa que sean las cosas hay que hablarlas, pero también hay que entender que no nos podemos engolosinar con el dolor, porque lo único que haremos será dañarnos a nosotros mismos y no haremos nada productivo por el país. Entonces, hay que mostrar ese dolor porque la idea es que se sepa realmente qué pasó.

SMP: ¿Cuál fue el momento en el que se dio cuenta de que gracias a su trabajo y el de las personas de la Casa, se estaba generando un cambio?

R/: No sé... Yo veo la participación de las personas que llegan, de diferentes sectores y edades, nosotros les facilitamos el espacio y por lo menos yo generalmente les pregunto ¿tienen plata? Y me dicen: “No, porque estamos guardando esto para un libro”. Yo le digo “No pues si no tienen plata, qué le vamos a cobrar”, porque eso no sería coherente con nosotros. Es poder ver la satisfacción de las personas al saber que aún quedan espacios donde pueden venir de manera gratuita. Es un espacio libre..., eso me parece muy bacano; o cuando vienen a hacer sus exposiciones, denuncias e incluso sus cantos de esperanza. El saber que la Casa se está convirtiendo en un referente en donde ellos sienten que su producto está siendo visibilizado, en donde pueden potenciarse comercialmente o los que vienen a parchar y a sentir la calidez de la Casa me satisface, saber que uno proporcionó ese lugar, así como dice el chavo “sin querer, queriendo”.

SMP: Tanto la cerveza La Trocha como la Casa de la Paz son dos proyectos que van de la mano: ¿cómo lograron cruzar ambos caminos?

R/: Es que si no hubiera Trocha, no habría Casa de la Paz porque La Trocha fue lo primero, pero ese proyecto parió la Casa. Hoy en día La Trocha quedó un poco atrás y lo que prevalece es la Casa con todas sus actividades culturales, su pedagogía y el apoyo a otros emprendimientos. En general, a veces prevalece La Trocha y en otras ocasiones la Casa, pero están siempre ahí pegaditas.



SMP: Hemos hablado mucho de este proyecto, pero no de quienes lo hacen realidad... ¿cuál es el equipo que fundó estos dos proyectos?

R/: Nosotros somos cuatro camaradas, la mayoría no nos conocíamos, casi todos éramos exprisioneros, entonces en la cárcel uno se conoce por cartas, así era como se conservaba el lazo fraterno que uno tenía en las FARC. Cuando salimos uno tenía camaradas que le recomendaban a otros y así fue como nos conocimos, porque de los camaradas que están acá, yo no conocía a ninguno. Nuestra relación ha sido muy buena, yo soy la única mujer del equipo y nunca ha habido

lio con que yo lidere esto, “la jefe” como dicen ellos. Y a mí no me eligieron por ser mujer sino por que vieron que en ese momento yo tenía las características que se necesitaban. De hecho, acá la mayoría que están en cargo de dirección son mujeres, aunque acá no utilizemos esos términos... La verdad es que a mí me da pena decir soy la gerente o la administradora.

Aquí las mujeres están ahí porque son buenas, son muy buenas y los hombres no tienen ningún problema en ser mandados por mujeres, de hecho, si fuera un hombre el que estuviera en alguno de esos puestos yo no tendría ningún problema.



SMP: ¿Cuales fueron esos momentos de su vida que le otorgaron las características que tienes hoy para liderar este proyecto?

R/: La cárcel fue casi una escuela para mí, pues estuve 14 años en ella. De hecho, yo estaba más preparada para morir que para estar en prisión, porque siempre que se hablaba de eso era muy tangencialmente. En las FARC a veces leíamos algunos libros de prisioneros políticos en donde se exaltaba la dignidad de los prisioneros, en donde estos se mantenían firmes a pesar de las circunstancias adversas y yo tenía como esos referentes e ideales en la cabeza. Yo llegué a la cárcel con pleno desconocimiento de cuáles eran mis derechos porque yo había sido guerrillera toda la vida. Entonces, empecé a estudiar cuáles eran las normas que regían en la cárcel y a luchar por los derechos de las prisioneras.

SMP: Hablemos de su periodo en la cárcel y cómo ese espacio la transforma

R/: A mí me capturan un 10 de mayo. Siempre estuve segura de que fue en el 2004, pero hace poco entré en duda porque creo que fue en el 2003 y eso que dicen que a uno jamás se le olvida esa fecha. Yo estaba en Medellín y fui capturada con una amiga, que su único delito fue ser mi amiga, y otra muchacha cuyo marido era miliciano. Estábamos en la taberna de una amiga, pero yo estaba en misión en Medellín y habían dado la orden de que nos recogiéramos, eso significa que volviéramos al frente otra vez. Después vino una contraorden de que regresáramos, quiere decir que no nos iban a recoger y que debíamos aguantar el chaparrón..., o sea la situación del momento. Me cogieron ahí sin cobertura y sin nada. Ese día sentí la responsabilidad de ser muy

corajuda y fuerte porque yo tenía la formación político militar y ellas no la tenían, entonces si yo me desmoronaba, ¿ellas qué pensarían de mí?



SMP: Qué efecto tiene esa experiencia en la mujer que es hoy y el proyecto de paz que lidera

R/: La verdad yo nunca pensé que me fueran a condenar a tanto tiempo. Pensé que me iban a condenar solo por rebelión y en esa época rebelión creo que eran 6 años, pero siempre supe que, si tú estás luchando contra el Estado, es un riesgo que tienes que asumir. Yo entré a la cárcel como guerrillera, como clandestina, con un discurso para pequeños grupos y allá me tocó enfrentar al INPEC y fue ahí donde aprendí a hablar en público, porque mientras estuve en la cárcel fui de derechos humanos. Entonces me tocaba enfrentarlos y para eso tenía que leer y prepararme, porque en esa época vivía en función de la normatividad para enfrentarlos a ellos. A mí me interrogaron, pero nunca fui torturada. Sin embargo, personas cercanas a mí sí lo fueron.

SMP: En su vida, antes de las FARC y la cárcel ¿cómo era su carácter y esos procesos que influyeron en su capacidad de liderazgo?

R/: Cuando yo era muy niña, tenía por ahí 12 o 13 años, vi la primera huelga en la que los obreros o trabajadores pedían apoyo, y lo único que sé desde ese momento es que los pobres toda la vida nos hemos jodido y los ricos se han beneficiado del trabajo nuestro, entonces desde ese momento yo solo sabía que eso era injusto y que por lo que ellos peleaban era justo.

Me fui de mi casa a los 18 años, de hecho, yo cumplo años un 17 de julio y me fui un 20 de julio. Ese fue mi grito de independencia, todo esto sucedió porque mi papá era muy conservador, él siempre nos dijo que cuando nosotros cumpliéramos la mayoría de edad solamente informábamos y

podíamos tener toda la libertad que quisiéramos porque ya éramos mayores de edad, pero eso no fue así, y cuando cumplimos los 18 él seguía restringiéndonos.

SMP: Después de todo lo que este proyecto ha logrado, ¿qué les queda por hacer?

R/: La exportación, pero para eso debemos poner la cerveza en lata, porque en lata sería mucho más fácil que las personas se la llevaran. Ese es el reto, pero esos retos implican dinero y no tenemos inversores, incluso debemos un poco plata, pero se la debemos a personas porque la banca casi no nos facilita esos préstamos; aparte de todo eso para mí la verdad, el reto es poder aumentar los salarios de los compañeros que nos colaboran. Me gustaría eso, mejorar las condiciones laborales de los que están aquí en la casa colaborando porque le han metido mucho.





Conclusiones

Cada conversación recogida en este libro refleja el compromiso de las mujeres con la paz desde distintos oficios, saberes y roles públicos. Al mismo tiempo, abre la posibilidad de recorrer los entramados de sus vidas públicas y privadas, que son también parte esencial de la historia del país: una historia que no siempre es vista ni escuchada.

A partir de escenas íntimas —que van desde las tensiones entre el rol de cuidadoras de sus hijos y la vida pública hasta cómo enfrentaron violaciones, torturas y atentados—, las entrevistadas plantean un debate que poco se ha dado en Colombia sobre la complejidad del trabajo por la salida a la violencia desde un enfoque de género.

Una de las particularidades de este trabajo, desde el punto de vista de las vidas de las entrevistadas, es el discurso y la acción por la defensa de los derechos humanos. Esto recuerda lo que Dustin N. Sharp (2018), experto en derechos humanos y justicia transicional, señala: si bien los derechos humanos son esencialmente multidimensionales —oscilando entre los planos moral, jurídico y político de los que extraen su poder colectivo—, cada uno de esos frentes implica posibilidades de defensa y acción. Es así como este libro da cuenta de ello desde el lado femenino.

En esa dirección, un número importante de las entrevistadas propone pensar los derechos humanos como un proyecto político orientado a intervenir en contextos marcados por múltiples violencias, y no simplemente como una plataforma de denuncia. En este marco, quienes se apropian del lenguaje de los derechos humanos pueden canalizar sus reclamos hacia la transformación social, más allá de respuestas centradas en el dolor o en la confrontación directa.

En efecto, la lectura cuidadosa de los diálogos presentados da cuenta de que, a pesar de las complejidades de algunas experiencias, las entrevistadas no se quedan en un relato victimizante: trascienden la historia de un cuerpo sufriente. Las mujeres hablan de sus luchas y logros en el arte, la política, el periodismo, el liderazgo social y la investigación académica. Queda claro que las mujeres han transitado de ser vistas únicamente como víctimas a consolidarse como actrices políticas, con capacidad de negociación, poder de convocatoria y proyectos colectivos que han incidido en las agendas nacionales e internacionales.

Las entrevistas también desmienten cualquier visión simplista que identifique a las mujeres solo con la paz. Aquí aparecen voces diversas: excombatientes que un día eligieron las armas y, después tras largas trayectorias, optaron por la reconciliación; lideresas ambientales que desafiaron a los actores armados; defensoras de derechos humanos que abrieron brechas en instituciones marcadas por el machismo; artistas que transforman la memoria en escena.

Por lo tanto, este libro confirma que no existe un único camino femenino hacia la paz, sino una pluralidad de voces y experiencias que son parte de la historia del país. Al visibilizar esas trayectorias, el proyecto busca disputar las narrativas predominantemente masculinas, rescatar memorias invisibilizadas y dejar en claro que las mujeres han sido parte sustancial de la búsqueda de la paz en Colombia desde orillas diversas.